REFERENCIAS EN LA OBRA DE LACAN 23

Escuela de la
BIBLIOTECA
N° 7747
Orientación Lacaniana

ISSN 1514-0768

Referencias en la obra de Lacan

"Referencias en la Obra de Lacan" es una publicación cuatrimestral, propiedad de la Fundación Casa del Campo Freudiano.

ISSN 1514-0768

Directora Responsable
Verónica E. Carbone

Directora Editorial
Diana Etinger de Alvarez

Directora Adjunta
Diana V. de Indart

Comité Editorial y de Redacción
Alicia Bendersky (Coordinación General)
Maite Garzo
Ana Meyer
Delfín Leguizamón (Coordinación Operativa)

Diseño:
Horacio Wainhaus

Producción Editorial
Factoría Sur
N. Repetto (ex Añasco) 818
1405 Buenos Aires, República Argentina
T.E. 431-3757
e-mail: wainhaus@interlink.com.ar

Correspondencia
Riobamba 911 PB
Buenos Aires
República Argentina
e-mail: etinger@sinectis.com.ar
http://www.russell.com.ar/referlac.htm

"Referencias en la Obra de Lacan", Año VII, Número 23, octubre 1998.

Permitida la reproducción parcial del contenido, previa autorización por escrito de la dirección de la publicación. Siendo de interés el intercambio con publicaciones periódicas de carácter científico, rogamos a las instituciones o personas interesadas dirigirse a la dirección de la publicación.

Tapa: San Marcos Evangelista. Rusia, S. XVII

Para el analista, el estudioso o simplemente el lector de la obra de Lacan, la consulta de los textos que cita en sus Escritos y Seminarios es una parte ineludible de ese ejercicio, apasionante, que es trabajar con la teoría lacaniana.

Lacan toma todo lo que la obra cultural y científica del hombre le ofrece, no sólo para ejemplificar o proporcionar modelos, sino también para construir distintos tramos de su teoría, y suele suceder que sólo una vez localizada la referencia puede uno darle su justo valor. Esta búsqueda no es tarea sencilla (por supuesto, tampoco es imposible).

El Campo Freudiano en la Argentina, a través de esta publicación, ha abordado, como una de sus tareas, la recolección de textos que a veces, muy pocas, son inhallables, y otras, la mayoría, nos obligan a largos y complicados recorridos. Cada referencia va acompañada de una nota que ubica el lugar de la obra de Lacan en que es mencionada, pero no siempre hemos podido localizar todos los lugares en que éstas son utilizadas.

En alguna ocasión incluiremos textos que no siendo referencias de Lacan constituyen una guía para la ubicación de ciertos conceptos.

23

Indice

Iconos *11*

Si Dios ha muerto *15*
Fedor Dostoievski

Dios ha muerto *71*
Martin Heidegger, Friedrich Nietzsche

Ilusiones de los enamorados *87*
Molière, Lucrecio

Las despiojadoras *117*
Arthur Rimbaud

Iconos

"Es evidente que los iconos —el Cristo triunfante de la bóveda de Dafnis o los admirables mosaicos bizantinos— tienen el efecto de mantenernos bajo su mirada. Podríamos detenernos aquí, pero entonces no percibiríamos realmente por qué se le pide al pintor que realice ese icono, ni de qué sirve el que se nos presente el icono. Hay allí mirada, por supuesto, pero viene de más lejos. El valor del icono estriba en que el Dios que representa también lo mira. Se supone que complace a Dios. A este nivel, el artista opera en el plano sacrificial —pues cuenta con que existen cosas, imágenes en este caso, que pueden suscitar el deseo de Dios."

La cita pertenece a El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, *apartado "De la mirada como objeto* a *minúscula", capítulo "¿Qué es un cuadro?", donde Lacan desarrolla el tema de la mirada como objeto* a *en el campo escópico, refiriéndose al caso especial de los iconos, para ejemplificar el funcionamiento del* a *en su repercusión social.*
Ya en Le Séminaire, Livre VIII, Le Transfert, *Lacan había mencionado a los iconos, en el capítulo denominado "Agalma"; allí donde justamente comienza a articular este concepto, central en su teoría de la transferencia. Dice: "Cada vez que encuentren agalma, presten atención. Aunque parezca tratarse de las estatuas de los dioses, si miran de cerca, se apercibirán de que siempre se trata de otra cosa .(...) Les doy la clave de la cuestión diciéndoles que es la función fetiche del objeto la que siempre está acentuada." Y agrega: "El fetiche es en sí mismo totalmente otra cosa que una imagen o un icono, en tanto que sería reproducción.*

Ese poder especial del objeto permanece en el fondo de la costumbre de la cual, aún para nosotros, el acento todavía se conserva en los términos ídolo o icono."

Referencias... *incluye en este número reproducciones de los iconos mencionados por Lacan en* Los Cuatro Conceptos... *; el Cristo Triunfante de la bóveda de Dafnis*, y uno de los mosaicos bizantinos.*

Historia General de la Pintura, *Colección dirigida por Claude Schaeffner, Vol.5, Pintura Bizantina y Rusa. Texto de Kostas Papaioannou, Aguilar, S.A de Ediciones, Madrid, 1938.*

*Cristo Triunfante de la bóveda de Dafnis o Pantocrator. Pantocrator es un epíteto que en el arte bizantino se aplica de forma especial a las representaciones de Cristo en busto, en las que aparece, con todo su poder, en las cúpulas o ábsides de las iglesias. La iglesia de Dafnis, se encuentra situada en la vía trazada entre Atenas y Eleusis, y fue edificada para convento en el Siglo XI. Sus mosaicos exponen la madurez del estilo clásico en Bizancio. En ella se encuentra el busto colosal del Pantocrator, que representa una de las creaciones más excelsas del arte bizantino.

IC
XC

Nota de Referencias

> *"El bienaventurado no es solo San Lucas, sino cuantos representan y tratan de mostrar los milagros, los retratos sagrados del Señor, de la Madre de Dios y de otros santos; porque este arte es agradable a Dios y El lo ve con buenos ojos"*
>
> Del *Tratado de Dionisio*, monje de Furna Agrafa

Icono: Del griego, imagen. En la tradición cristiana oriental, representación de personajes sagrados o acontecimientos en pintura mural, mosaicos o madera.

En momentos en que Roma sucumbía ante los bárbaros, Constantinopla fue, así mismo, la "nueva Roma". Al decir de Jean-Clarence Lambert, esta "nueva Roma" preserva la herencia de la Antigüedad y la fusiona con las fuerzas revolucionarias surgidas del Oriente Medio, de las cuales la más decisiva será el cristianismo. De allí surgirá la elaboración de una visión inédita del Universo y una nueva concepción del hombre, que no ha cesado de constituir el patrimonio común del mundo cristiano.

Para abordar aquello que caracteriza a los iconos, se debe tomar el término "imagen" en el sentido más concreto. Como lo explica el historiador K. Papaioannou, el icono no es una creación arbitraria de la imaginación del pintor. Por el contrario, de estar "correctamente" pintado, es decir, si reproduce modelos cuya autenticidad está garantizada por la tradición, el icono se convierte en "reflejo" de su prototipo divino, y participa de su santidad.

En ciertos pasajes de las epístolas de San Pablo, éste dice que Cristo es: "... la imagen de Dios invisible " (Colosenses, 1, 15), y en quien "...habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad " (Colosenses, 2, 9). Estos pasajes, en los cuales Cristo aparece como el "icono" de Dios en la tierra, siempre se han citado en la misa ortodoxa de la consagración de iconos, y constituyen la base doctrinaria para su adoración.

También fueron la base de la nueva teología del icono que se generó luego de la controversia iconoclasta de los siglos VIII y IX, que discutió la función religiosa y el significado de los iconos.

La Iglesia oriental formuló así la base doctrinaria para su veneración: si Dios había asumido la forma material en la persona de Jesucristo, él también podía ser representado en imágenes.

La controversia iconoclasta mencionada fue la disputa sobre el uso de las imágenes religiosas en el Imperio Bizantino en los siglos VIII y IX. Los Iconoclastas (los que rechazan imágenes) objetaban la adoración de las imágenes por varios razones, incluida la prohibición del AntiguoTestamento contra las imágenes en los diez mandamientos. Los defensores de la adoración de los iconos insistían en la naturaleza simbólica de las imágenes y de la dignidad de la materia creada.
La iglesia temprana se oponía a la producción y veneración de retratos de Cristo y Santos. El uso de iconos, sin embargo, ganó en popularidad en las provincias del este del Imperio Romano. En 726 el emperador Bizantino Leo III tomó una posición contra los iconos y en 730 su uso fue oficialmente prohibido. Hasta el siglo IX, los sucesivos emperadores fueron tomando partido por uno u otro bando, en una lucha encarnizada que se cobraba vidas humanas provocó la destrucción de valiosísismas piezas de iconografía.
Para la ortodoxia bizantina, la crisis fue la prueba que determinó a los grandes pensadores ortodoxos, como San Germán y San Juan Damasceno, a elaborar la nueva teología del icono, lo que anuncia el arte monumental del período clásico de Bizancio.

Esta nota fue preparada con material de la Enciclopedia Británica, y del escrito con el que Jean-Clarence Lambert introduce el ensayo sobre pintura bizantina de Kostas Papaioaonnu.

BIBLIOTECA

Si Dios ha muerto...
Fedor M. Dostoievski

"La muerte del padre. En efecto, todos lo saben, parece que aquí está la clave, el punto culminante de lo que se enuncia, y no sólo a título mítico, de todo aquello de lo que se ocupa el psicoanálisis.
Marie-Claire Boons, (...) nos daría a entender incluso que muchas cosas se derivan de la muerte del padre, y en particular ese no sé qué que supuestamente haría que el psicoanálisis nos liberara de la ley.
Gran esperanza ésta. Sé muy bien, en efecto, que en este registro es donde una referencia libertaria podría vincularse con el psicoanálisis.
Creo que no se trata de eso, y éste es todo el sentido de lo que llamamos el reverso del psicoanálisis.
La muerte del padre, en tanto se hace eco de este enunciado que tiene un centro de gravedad nietzscheano, de este anuncio, de esta buena nueva, que Dios ha muerto, no me parece, ni mucho menos, de naturaleza tal que deba liberarnos. (...) ...hace mucho tiempo ya, advertí que frente a la frase del anciano padre Karamazov, Si Dios ha muerto, entonces todo está permitido, *la conclusión que se impone en el texto de nuestra experiencia, es que a* Dios ha muerto *le corresponde* ya nada está permitido."
Estas palabras pertenecen a El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis, *capítulo VIII, "Del mito a la estructura".*
Encontramos otras referencias al padre Karamazov en El Seminario, Libro 2..., *capítulo XI, "La censura no es la resistencia" y en* El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, *vuelve sobre el mito del origen de la ley y el asesinato del padre, tema que desarrolla en los capítulos XIII, XIV, XV.*

Asimismo, en "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología" (Escritos I), *cuando se refiere al surgimiento del concepto de superyó en la obra de Freud, Lacan evoca a Karamazov: "Una figura moderna del hombre se revelaba (...) figura tanto irrisoria para las ilusiones alimentadas por los libertarios, como para las inquietudes inspiradas en los moralistas por el franqueamiento de las creencias religiosas y el debilitamiento de los lazos tradicionales. A la concupiscencia que relucía en los ojos del viejo Karamazov, cuando aseveraba a su hijo: "Dios ha muerto, entonces todo está permitido", ese hombre, aquel mismo que sueña con el suicidio nihilista del héroe de Dostoievski o que se esfuerza en soplar en la tripa nietzscheana, responde con todos sus males como con todos sus gestos: "Dios ha muerto, ya nada está permitido "*

Para aquel lector que en la búsqueda de esta referencia de Lacan vuelve una vez más a Los Hermanos Karamazov, Referencias... *ha localizado los lugares en los que en la obra de Dostoievski se encuentran los enunciados y las soluciones de los distintos personajes al* Dios ha muerto.

Dostoievski, Fedor M. (1821-1881) Los Hermanos Karamazov. *Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980. Traducción Heber Cardoso y Julio Perez Millán.*

TOMO I, LIBRO SEGUNDO

(...)

CAP. VI

¿Para qué vive un hombre así?

Dmitri Fédorovich, joven de veintiocho años, de mediana estatura y rostro agradable; parecía, sin embargo, tener mucha más edad. Era musculoso y se podía adivinar en él una fuerza física considerable, pero en su rostro delgado, de mejillas sumidas y de un color amarillento malsano había algo de enfermizo. La mirada de sus ojos sombríos, bastante grandes y saltones, era vaga, aunque aparentemente reflejara una firme tenacidad. Aún cuando estaba exaltado y hablaba con irritación, su mirada parecía no corresponder a su estado de ánimo, ya que expresaba otra cosa y a veces no concordaba en absoluto con el momento. "Es difícil saber en qué piensa", decían a veces sus interlocutores. En ocasiones, algunas personas que veían en sus ojos algo de pensativo y melancólico, eran sorprendidas por su risa repentina, prueba de que sus pensamientos, en ese mismo momento, eran alegres y joviales. Por otra parte, cierto aspecto enfermizo de su rostro podía explicarse en aquellos momentos: todos conocían personalmente o de oídas la vida extremadamente agitada de juerguista que llevaba entre nosotros en estos últimos tiempos, al igual que era conocido por todos el grado de extrema exasperación al que había llegado en las querellas con su padre a propósito del dinero en litigio. Diversas historias circulaban ya en la ciudad a este respecto. Por cierto que era de naturaleza irritable, *un espíritu brusco e irregular*, según la pintoresca expresión con que lo había pintado en una reunión nuestro juez de paz, Semión Ivánovich Kachálnikov. Estaba vestido con impecable elegancia, con levita abotonada, guantes negros, un sombrero de copa en la mano. Como un oficial recientemente retirado, llevaba bigotes y con la barba afeitada. Sus cabellos castaños habían sido cortados cortos y los peinaba echándolos hacia las sienes. Caminaba a grandes zancadas, con aspecto decidido, como un militar. Permaneció un momento detenido en el umbral y después de echar una mirada a la reunión, fue directamente hacia el *starets** adivinando en él al dueño de casa. Le hizo un profundo saludo y le reclamó la bendición. El *starets* se levantó de su asiento y lo bendijo:

Dmitri Fédorovich le besó respetuosamente la mano y dijo en medio de una extraordinaria agitación, casi con irritación:

—Perdóneme por haberlo hecho esperar. Pero a mi apremiante pregunta sobre la hora de esta reunión, el criado Smerdiákov, enviado por mi padre, me respondió por dos veces y con el tono más categórico que había sido fijada para la una. Ahora, de pronto me entero...

—No se preocupe —lo interrumpió el *starets*— . No tiene ninguna importancia; se ha retrasado un poco, no tiene nada de malo eso...

—Le quedo enteramente reconocido y no podía esperar menos de su bondad. Diciendo esto con tono cortante, Dmitri Fédorovich se inclinó una vez más y luego, volviéndose súbitamente hacia su padre le hizo el mismo saludo respetuoso y profundo. Se veía que había premeditado aquel gesto y lo había maquinado de buena fe juzgando que era su deber marcar de aquel modo su respeto y sus buenas intenciones. Aunque tomado un poco por sorpresa, Fédor Pávlovich se las arregló rápidamente, a su modo: como respuesta al saludo de Dmitri Fédorovich se incorporó casi de un salto y respondió con uno semejante a su hijo. Su rostro revistió repentinamente una expresión grave y solemne la que, sin embargo, lo hizo parecer totalmente maligno. Luego de hacer un saludo general a todos los presentes, Dmitri Fédorovich se dirigió a grandes zancadas hacia la ventana, se sentó en la única silla disponible, no lejos del padre Paisii, e inclinándose hacia delante se dispuso de inmediato a escuchar la continuación de la conversación que él había interrumpido.

La aparición de Dmitri Fédorovich no había demorado más de dos minutos y la conversación no podía dejar de ser retomada. Pero ahora, ante la pregunta urgente y casi irritada del padre Paisii, Piotr Alexándrovich no se sintió obligado a responder.

—Permitidme eludir el tema —dijo con una cierta indolencia mundana— . Además es delicado. Vea como sonríe Iván Fédorovich mientras nos mira; debe de tener algo que decir. Diríjase a él.

—No, no tengo nada de particular para decir, a no ser una pequeña observación —respondió de inmediato Iván Fédorovich— , y es que el liberalismo europeo en general e incluso nuestro "dilettantismo" liberal ruso confunden a menudo, y desde hace mucho tiempo, los resultados finales del socialismo con los del cristianismo. Esta conclusión extravagante es, por cierto, característica. Por lo demás, ocurre que en muchos casos confundir el socialismo con el cristianismo no es potestad exclusiva de los liberales y "dilettantes" solamente, sino que lo mismo le ocurre a la policía, claro está

que a la del extranjero. Su anécdota parisina es bastante ilustrativa, Piotr Alexándrovich.

De todos modos, les pido nuevamente permiso para abandonar el tema —dijo Piotr Alexándrovich— y de inmediato, señores les voy a contar otra anécdota sobre el propio Iván Fédorovich, algo muy interesante y también ilustrativo. No hace más de cinco días en una reunión integrada principalmente por damas, declaró solemnemente, en medio de una discusión, que no hay sobre la tierra ninguna ley de la naturaleza que obligue a los hombres a amar a sus semejantes, que no existe ninguna ley de la naturaleza que obligue al hombre a amar la humanidad y que si hubo y todavía hay amor en la tierra no es en virtud de una ley natural, sino únicamente porque los hombres creían en su inmortalidad. Iván Fédorovich agregó, entre paréntesis, que en eso consiste toda la ley natural, de modo que si se destruye en la humanidad la fe en la inmortalidad, esto haría agotar en ella no solamente todo amor, sino también toda fuerza viva que permita continuar la vida del mundo. Más todavía: no habrá entonces nada que sea inmortal, todo estará permitido, la antropofagia incluida. Pero esto no es todo: terminó afirmando que para todo individuo, tal como nosotros en este momento, por ejemplo que no crea ni en Dios ni en su inmortalidad, la ley moral de la naturaleza debe transformarse de inmediato en el contrario absoluto de la vieja ley religiosa y que el egoísmo llevado hasta la maldad debe no solamente ser permitido al hombre sino también ser reconocido como una salida indispensable, la única razonable y casi la más noble de esa situación. Según semejante paradoja pueden juzgar, señores, todo lo demás que proclama y que quizá tenga la intención de proclamar ahora nuestro estimado, excéntrico y amante de paradojas, Iván Fédorovich.

—Permítame —exclamó Dmitri Fédorovich de un modo inesperado—, para que no haya malentendidos: "¡la maldad debe ser no solamente permitida, sino hasta reconocida como la salida más indispensable y más sensata de la situación de todo ateo!", ¿es así?

—Exactamente —respondió el padre Paisii.

—Lo recordaré.

Después de decir esto, Dmitri Fédorovich calló tan súbitamente como había interrumpido la conversación. Todos lo miraron con curiosidad.

—¿Es posible que realmente tenga esa convicción acerca de las consecuencias de la desaparición en los hombres de la creencia en la inmortalidad del alma? —preguntó de pronto el *starets* a Iván Fédorovich.

—Sí, sostuve eso. No hay virtud si no hay inmortalidad.

—Es usted feliz si cree eso o bien muy desdichado.
—¿Por qué desdichado? —preguntó Iván Fédorovich sonriendo.
—Porque según todas las apariencias usted no cree ni en la inmortalidad de su alma ni tampoco en lo que escribió sobre la Iglesia y sus problemas.
—¡Quizá tenga razón!... Sin embargo, no bromeaba del todo... —confesó de manera súbita y extraña Iván Fédorovich, mientras se ruborizaba vivamente.
—Es cierto; no bromeaba del todo. Esa idea aún no se ha resuelto en su corazón y lo atormenta. Pero al mártir a veces le gusta divertirse a costa de su desesperación, porque está desesperado, precisamente. Por ahora usted también se divierte por desesperación con artículos de revistas y discusiones mundanas, sin creer en su propia dialéctica de la que se burla amargamente, riéndose para sus adentros... Este problema no está resuelto en usted y en eso consiste su gran sufrimiento, pues el problema exige imperiosamente una solución...
—Pero ¿puede resolverse en mí? ¿Resolverse en sentido positivo? —preguntó de modo extraño Iván Fédorovich que continuaba mirando al *starets* con una sonrisa inexplicable.
—Si no puede ser resuelto en sentido positivo, nunca lo será negativamente: usted conoce esa propiedad de su corazón y ahí está la fuente de su tormento. Pero agradezca al Creador por haberle dado un corazón elevado, capaz de experimentar semejante tormento, de "meditar sobre las cosas celestiales y, de buscarlas, pues nuestra morada está en los cielos". ¡Que Dios le conceda que su corazón encuentre la solución aún cuando esté en la Tierra y que bendiga sus caminos!
El *starets* alzó la mano y quiso, desde donde estaba, hacer el signo de la cruz sobre Iván Fédorovich. Pero éste, poniéndose bruscamente de pie, se acercó a él, recibió su bendición y luego de besarle la mano volvió en silencio a su lugar. Tenía un aspecto firme y grave. Este gesto, así como toda su conversación con el *starets*, inesperada por parte de Iván, sorprendieron a todos por cierto matiz enigmático e incluso por una cierta solemnidad, aunque todos guardaron silencio por un momento mientras el rostro de Alioscha reflejó casi terror. Pero Miúsov se encogió de hombros en tanto Fédor Pávlovich saltó de su silla.
—¡Divino y santísimo *starets*! —exclamó señalando a Iván Fédorovich—. Es mi hijo, la carne de mi carne, mi carne bienamada. Es, por así decirlo, mi muy respetuoso Karl Moor y éste, mi hijo Dmitri Fédorovich, que acaba de entrar y contra quien reclamo justicia ante usted, es el irrespetuoso Frantz

Moor, los dos de *Los bandidos*, de Schiler: en ese caso, yo soy el *Regierender Graf von Moor*. ¡Júzguenos y sálvenos! Necesitamos no solamente sus plegarias, sino también sus profecías.

—Hable sin hacer payasadas y no empiece por insultar a los suyos —respondió el *starets* con voz débil y agotada—. Evidentemente se sentía cada vez más fatigado y perdía las fuerzas.

—¡Es una comedia indigna que ya presentía al venir hacia acá! —exclamó Dmitri Fédorovich indignado, mientras él también se ponía de pie—. Perdóneme, Reverendo Padre —dijo al *starets*— , soy un hombre inculto ni siquiera sé cómo llamarlo, pero lo han engañado y usted ha sido demasiado bueno al permitirnos que nos reunamos en su casa. Mi padre sólo tiene necesidad de escándalo. ¿Por qué? El sabrá. Siempre está maquinando algo. Pero ahora creo saber el porqué.

—¡Todos me acusan, todos ellos! —gritaba por su lado Fédor Pávlovich— . Piotr Alexándrovich también. ¡Usted me acusa, Piotr Alexándrovich, usted me acusa! —agregó volviéndose hacia Miúsov aunque éste no parecía dispuesto a interrumpirlo— . Me acusan de haber ocultado el dinero de los niños en las botas y de haber duplicado la suma, pero permítanme ¿acaso no existen tribunales? Allí calcularán, Dmitri Fédorovich, según sus propios recibos, cartas y arreglos cuánto poseía, cuanto ha gastado y lo que le queda. Piotr Alexándrovich, ¿por qué se abstiene de dar su opinión? Dmitri Fédorovich no es un extraño para él. Todos se ponen en contra de mí cuando al fin de cuentas es a mí a quien Dmitri Fédorovich debe aún dinero, y no tonterías sino varios miles de rublos deuda de la que poseo toda la documentación. Toda la ciudad resuena con el estrépito de sus francachelas. Y donde cumplía su servicio militar pagaba mil y hasta dos mil rublos por seducir jóvenes honradas; lo sabemos, Dmitri Fédorovich, conocemos hasta los más secretos detalles y lo probaré... Muy santo padre, ¿podría usted creer? Se hizo amar por la más noble de las jóvenes, que pertenecía a una excelente familia, con fortuna, la hija de un ex jefe, un intrépido coronel condecorado con la cruz de Santa Ana, por los servicios prestados a la patria; comprometió a la joven ofreciéndole matrimonio y ahora ella está aquí, ya huérfana, es su prometida y ante sus propios ojos él frecuenta a una amante. Pero aunque esta amante haya vivido, por así decirlo, en unión libre con un hombre respetable, es de carácter independiente, es una fortaleza inexpugnable para todos, es como una esposa legítima ¡pues ella es virtuosa! ¿Sí, Reverendos Padres, ella es virtuosa! Entonces Dmitri Fédorovich quiere abrir esa fortaleza con una llave de oro y es por eso que me desprecia ahora, quiere sacarme

dinero pero, mientras espera, ya lleva dilapidados miles de rublos con esa seductora; es por eso que no deja de pedir préstamos, y a propósito ¿a que no saben a quién? ¿Se puede decir, Mitia?

—¡Silencio! —gritó Dmitri Fédorovich— . Espere a que me haya retirado; no tiene derecho a ensuciar en mi presencia a la más noble de las jóvenes... Que sólo se atreva a mencionarla es ya un deshonor para ella... ¡No lo permitiré!

Se ahogaba.

—¡Mitia, Mitia! —exclamó Fédor Pávlovich con voz lamentable y tratando de arrancar lágrimas de sus ojos— . ¿Y la bendición paterna? ¿Qué harás? Si te maldigo, ¿qué sucederá?

—¡Impúdico farsante! —rugió Dmitri Fédorovich con toda su fuerza.

—¡Es de su padre de quien habla, de su padre! ¿Qué dirá entonces de los demás? Señores, figúrense; existe un hombre pobre pero respetable a cargo de una familia numerosa, es un capitán jubilado que tuvo una desgracia y fue pasado a disponibilidad, pero no ostensiblemente, no por un juicio, sino, por el contrario, conservando su honor intacto. Pues bien, hace tres semanas, en una taberna, nuestro Dmitri Fédorovich lo agarró de la barba, lo arrastró hasta afuera y en la calle, públicamente, lo molió a golpes y todo eso debido a que era mi hombre de confianza en un cierto negocio.

—¡Todo eso es mentira! Parece verdad, pero en el fondo todo son mentiras —respondió Dmitri Fédorovich temblando de rabia— . Padre, no justifico mi conducta; sí, lo confieso públicamente: me comporté como un bruto con ese capitán, ahora me arrepiento y lamento mi ira bestial; pero su capitán, su hombre de confianza, fue a buscar a esa dama que usted trata de seductora y le propuso en nombre de usted el endoso de los documentos míos que usted tiene, para así estar en condiciones de poder entablar querella de modo de mandarme a la cárcel si yo le molesto demasiado con el asunto del arreglo de nuestras cuentas. ¡Y es usted quien se reprocha ahora tener una cierta debilidad hacia esa dama, cuando fue usted mismo quien la indujo a que me atrajera! Es ella quien cuenta esto sin ambages. ¡Llegó a contármelo mientras se burlaba de usted! por lo que si quiere mandarme a la cárcel, el motivo no es otro que los celos, ya que fue usted quien comenzó a asediar a esa mujer con sus requerimientos, esto también lo sé, y sólo consiguió que ella se le riera en la cara ¿lo oye?; aún hoy cuando lo cuenta, no puede dejar de reírse. Así son los hechos. Reverendos Padres, así es este hombre ¡este padre que hace reproches a su hijo depravado! Señores, ustedes que son testigos, disculpen mi ira, pero presentía que este pérfido viejo los había convocado

a todos aquí para hacer un escándalo. Venía con la intención de perdonarlo si me tendía la mano, perdonarlo y pedirle perdón. Pero como acaba de ofenderme, y no solamente a mí sino además a la más noble de las jóvenes cuyo nombre por veneración no me atrevo a pronunciar en vano, me decido a desenmascararlo públicamente, por más padre mío que sea...

No pudo continuar. Sus ojos echaban chispas y respiraba con dificultad. Todos los que se encontraban en la celda estaban emocionados. Todos, excepto el *starets*, se había puesto de pie, inquieto. Los religiosos manifestaban severidad, pero sin embargo esperaban conocer la voluntad del *starets*. Este último había palidecido, no por la emoción sino por el agotamiento que le provocaba la enfermedad. Una sonrisa suplicante erraba por sus labios; por momentos levantaba la mano como para detener a quienes se habían alterado y seguramente un solo gesto de su mano habría sido suficiente para poner fin a la escena; pero incluso él parecía esperar y observar atentamente como si buscara comprender algo que hasta entonces no había podido captar. Finalmente, Piotr Alexándrovich Miúsov se sintió definitivamente humillado y ultrajado.

—Todos somos responsables de este escándalo que acaba de ocurrir —dijo fogosamente— , pero aún sabiendo con quienes estamos tratando, no pude llegar a imaginar esto... Hay que acabar de inmediato. Su Reverencia, créame que no conocía exactamente todos los detalles revelados aquí, me negaba a creer y sólo ahora los conozco en toda su magnitud... El padre está celoso del hijo por causa de una mujer de mala vida y él mismo quiere entenderse con esa despreciable criatura para mandar a su hijo a la cárcel... Y es con esa compañía que me obligaron a venir aquí... Me han engañado, declaro ante todos que he sido engañado, al igual que los demás...

—¡Dmitri Fédorovich —vociferó de pronto Fédor Pávlovich con una voz que de algún modo no era la suya—, si solamente no fueras mi hijo, en este mismo momento te retaría a duelo... a pistola, a tres pasos, con los ojos vendados, separados por un pañuelo; por un pañuelo! —concluyó pataleando.

Suele ocurrir con los mentirosos viejos, con aquellos que toda la vida han hecho teatro, que pasan por momentos en que llegan a temblar y llorar de emoción, aunque en el mismo momento, o un instante después, puedan decirse: "Mientes, viejo impúdico, incluso ahora estás haciendo teatro, a pesar de toda tu 'santa' cólera y 'el santo momento' de cólera".

Dmitri Fédorovich se puso extremadamente sombrío y miró a su padre con un inexpresable desprecio.

—Pensé... —dijo en voz baja y con reserva— , pensaba regresar a mi región natal con el ángel de mi alma, mi prometida, para mimar su vejez y me encontré con un lujurioso depravado y un vil comediante.

—¡Te desafío a duelo! —vociferó nuevamente el viejo sofocándose y salpicando de saliva a cada palabra que pronunciaba—. Y usted, Piotr Alexándrovich Miúsov, sepa, señor, que en toda su raza quizá no haya una mujer más noble y más honrada —me entiende: más honrada— que esa "despreciable criatura", como se atrevió usted a llamarla. Y usted, Dmitri Fédorovich, fue por esa "despreciable criatura" que cambió a su prometida, usted mismo juzgó que su prometida no vale la suela de sus zapatos, de esa llamada "despreciable criatura".

—¡Es vergonzoso! —dejó escapar bruscamente el padre Josif.

—¡Es vergonzoso e infame! —gritó con su voz juvenil y temblando de emoción Kalganov, quien durante todo el tiempo se mantuvo en silencio aunque su rostro se fue tornando rojizo.

—¿Para qué vive un hombre así? —rugió sordamente Dmitri Fédorovich fuera de sí y alzando tan altos los hombros que pareció jorobado— . Verdaderamente, díganme, ¿puede dejársele que siga deshonrando la tierra? —Recorrió con la mirada a todos los presentes mientras su índice señalaba al viejo. Hablaba lentamente y con tono mesurado.

—¿Lo oyen, monjes, lo oyen al parricida? —exclamó Fédor Pávlovich dirigiéndose al padre Josif— . Esa es la respuesta a su "Es vergonzoso". ¿Qué es lo vergonzoso? Esa "despreciable criatura", esa "mujer de mala vida" es quizá más santa que ustedes, señores religiosos que cuidan vuestra salvación. Quizás ella creyó en su juventud, víctima del medio, pero "amó mucho" y el mismo Cristo perdonó a aquella que amó mucho...

—No fue por un amor de ese tipo que Cristo perdonó —dejó escapar en medio de su impaciencia el dulce padre Josif.

—¡Sí, fue por un amor de ese tipo, por un amor así, por eso, monjes! ¡Ustedes buscan aquí la salvación comiendo repollos y se creen justos! Comen gobios, uno por día ¡y creen que van a comprar a Dios con gobios!

—¡Es inadmisible, inadmisible! —se oyó surgir de todos los rincones de la celda.

Pero toda esa escena, que se había vuelto odiosa, concluyó del modo

más inesperado. De pronto el *starets* se puso de pie. Alioscha, a quien el miedo por él y por los demás le había hecho casi perder la cabeza, tuvo, sin embargo, tiempo de sostenerlo por el brazo. El *starets* se acercó a Dmitri Fédorovich hasta casi tocarlo y se arrodilló ante él. En un principio Alioscha creyó que la debilidad lo había hecho caer; pero no era así. Una vez arrodillado, el *starets* se prosternó ante Dmitri Fédorovich con un saludo profundo, preciso, consciente, llegando a tocar el piso con la frente. Alioscha estaba tan estupefacto que ni siquiera atinó a sostenerlo mientras se incorporaba... Una desvaída sonrisa flotaba, casi imperceptible, en los labios de *starets*.

—¡Perdón! Perdonen todos —dijo dirigiéndose a sus huéspedes.

Dmitri Fédorovich se quedó por algunos instantes como petrificado. ¿Qué significaba prosternarse ante él? Finalmente exclamó:

—¡Oh, Dios mío!

Y cubriéndose el rostro con las manos se lanzó fuera de la habitación. A continuación los demás visitantes se agolparon en la puerta, sin siquiera pedir permiso ni saludar a su anfitrión. Unicamente los monjes fueron hacia él para recibir otra vez la bendición.

—¿Por qué se arrodilló ante él? ¿Eso es símbolo de algo? —Fédor Pávlovich, inesperadamente calmado, trataba de retomar la conversación sin atreverse, por lo demás, a hablarle a nadie en particular. En aquel momento todos franqueaban el cercado de la ermita.

—No respondo por un manicomio ni por sus locos —replicó de inmediato y con odio Miúsov—. Pero en compensación voy a librarme de vuestra compañía, Fédor Pávlovich y créame que lo hago para siempre. ¿Dónde está ese monje?

Pero "ese monje", es decir el que los había invitado a almorzar con el superior no se hizo esperar. Se reunió con los visitantes apenas éstos bajaron la escalera, a la salida de la celda del *starets*, como si los hubiera estado esperando durante todo aquel tiempo.

—Sería usted tan amable, honorable padre, de transmitir al padre superior mi más profundo respeto y de presentar a su Reverencia mis excusas personales por no poder, de ningún modo, como consecuencia de circunstancias imprevistas y a pesar de mi más sincero deseo, aceptar el honor de compartir su almuerzo —dijo Piotr Alexándrovich con tono irritado al monje.

—La circunstancia imprevista soy yo —replicó de inmediato Fédor Pávlovich. ¿Se da cuenta padre, de que Piotr Alexándrovich no quiere

permanecer en mi compañía? De otro modo, iría con gusto. Pero usted irá Piotr Alexándrovich, tenga la bondad de dirigirse hacia donde lo espera el Padre Superior y ¡buen provecho! Sepa que soy yo quien se retira y no usted. A casa, a casa, comeré en casa; aquí me sería imposible, Piotr Alexándrovich, mi muy querido pariente.

—¡No soy pariente suyo ni nunca lo he sido, vil individuo...!

—Lo he dicho a propósito, para hacerlo encolerizar porque usted reniega de ese parentesco, pero no por eso es menos pariente mío, haga lo que haga para negarlo, y puedo probarlo con el calendario eclesiástico. A ti, Iván Fédorovich, te enviaré el coche a tiempo, quédate si quieres. En cuanto a usted, Piotr Alexándrovich, incluso las apariencias le ordenan ahora presentarse ante el Padre Superior; es necesario que nos excusemos por lo que hicimos ahí dentro...

—¿Es cierto que se va? ¿No miente?

—Piotr Alexándrovich, ¿cómo podría hacerlo después de lo que pasó? Me dejé arrebatar, discúlpenme, señores, me dejé arrebatar. ¡Y además me sentí completamente trastornado! Siento vergüenza. Señores, algunos tienen el corazón de Alejandro de Macedonia y otros el de la perrita Fidelka. Yo tengo el de la perrita Fidelka. Tengo miedo. ¡Cómo ir a comer después de este despropósito, cómo comer los guisos del monasterio! Siento vergüenza, no puedo ir, discúlpenme.

"Sólo el diablo sabe qué hay dentro de su cabeza, si es que ahora miente" —pensó Miúsov, mientras detenido, indeciso, seguía con mirada perpleja al bufón que se alejaba. Este se volvió y al ver que Piotr Alexándrovich lo observaba le envió un beso con la mano.

—¿Usted viene a almorzar con el Padre Superior? —preguntó Miúsov a Iván Fédorovich con tono seco.

—¿Por qué no? Además, ayer fui especialmente invitado por el Padre Superior.

—Desgraciadamente me siento casi en la obligación de ir a ese maldito almuerzo —prosiguió Miúsov con la misma irritación amarga, sin prestar atención al monje que escuchaba—. Por lo menos tendríamos que pedir disculpas por el escándalo y explicar que no tenemos nada que ver con él... ¿Qué piensa usted?

—Sí, hay que explicar que no tenemos nada que ver con eso. Por lo menos mi padre no estará presente —observó Iván Fédorovich.

—¡Sólo faltaría que su padre estuviera ahí adentro! ¡Ese maldito almuerzo! Y, sin embargo, todos fueron. El monje escuchaba en silencio. Al atravesar

el bosque, se limitó a hacer notar que el padre superior esperaba desde hacía mucho tiempo ya que ellos estaban retrasados en más de media hora. Nadie le respondió. Miúsov miró a Iván Fédorovich con odio:
"Almorzaré como si no hubiera pasado nada", pensó; "¡frente de bronce y conciencia de Karamázov!"

TOMO II, LIBRO QUINTO

(...)

CAP. V
El gran inquisidor.

—Aquí también es imposible prescindir de una introducción, es decir de una introducción literaria. ¡Puaf! —dijo Iván riendo—, ¡imagina qué clase de literato soy! Mira, la acción transcurre en el siglo XVI y en esa época, debes haberlo aprendido en tus tiempos de estudiante, en las obras poéticas se acostumbraba hacer bajar a las potencias celestiales a la tierra. No te hablo de Dante. En Francia, los clérigos que se desempeñaban como letrados así como los monjes de los monasterios realizaban verdaderas representaciones en las que ponían en escena a la Madona, a los ángeles, a los santos, a Cristo y hasta al propio Dios. En ese entonces todo esto era muy ingenuo. En *Notre Dame de París* de Víctor Hugo se ofrece al pueblo en el Palais de Justice, en presencia de Luis XI, una representación edificante y gratuita en honor al nacimiento del Delfín de Francia; esa representación se llamaba *Le bon jugement de la très sainte et gracieuse Vierge Marie* [1] y en ella ésta aparece en persona y dicta su *bon jugement*. Entre nosotros, en Moscú antes de Pedro el Grande solía haber de tanto en tanto representaciones dramáticas casi idénticas, tomadas sobre todo del Viejo Testamento; pero además de esas representaciones, circulaban numerosos "poemas" y leyendas a lo largo y a lo ancho del mundo, en los que figuraban, según las necesidades, los santos, los ángeles y todas las potencias celestiales. Entre nosotros, en los monasterios, también se ocupaban de traducir, de copiar y hasta de

componer semejantes poemas y todo eso en qué época, bajo el yugo tártaro. Existe, por ejemplo, un poemita monástico (tomado del griego, por supuesto): *Tránsito de la Virgen de los tormentos*, cuyas imágenes y audacia no tienen nada que envidiar a las de Dante. La Virgen visita el infierno y el arcángel Miguel le sirve como guía "a través de los tormentos". Ve a los condenados y cómo sufren. Hay entre otras, una categoría de condenados muy curiosa en el estanque de fuego: son los que se hunden en ese estanque y ya no pueden volver a salir; a ellos "desde ese momento Dios los olvida", expresión de una profundidad y una fuerza extraordinarias. Y he aquí que la Virgen, consternada y llorosa cae de rodillas ante el trono de Dios y pide clemencia para todos los que están en el infierno, para todos los que ha visto, sin excepción. Su conversación con Dios es prodigiosamente interesante. Implora, no se desanima y cuando Dios le muestra los pies y las manos clavadas de su Hijo y le pregunta: "¿Cómo podría perdonar a sus verdugos?" ella ordena a todos los santos, a todos los mártires, a todos los ángeles y arcángeles que junto a ella se echen a sus Pies y que con ella imploren clemencia para todos sin distinción. Termina por conseguir que Dios suspenda las torturas todos los años, del viernes santo al domingo de Pentecostés y los condenados en el infierno dan gracias a Dios y claman: "Tienes razón, Señor, por haber actuado así". Pues bien, mi poemita habría sido de esa especie si hubiera nacido en esa época. En mi composición Él aparece en escena; es cierto que no dice nada en todo el poema, sólo aparece y pasa. Han transcurrido quince siglos desde que prometió volver a Su reino, quince siglos desde que Su profeta escribió: "Volveré pronto". "Con respecto al día y a la hora, el propio Hijo los ignora y tan sólo los conoce mi Padre celestial", tal como él mismo lo anunció sobre esta tierra. Pero la humanidad lo espera con la misma fe y el mismo fervor. Incluso con mayor fe, pues quince siglos transcurrieron desde que el cielo dejó de dar testimonios al hombre:

Cree en lo que dice tu corazón,
El cielo no dará testimonios.

¡Y sólo queda la fe en lo que dice el corazón! Claro que entonces había muchos milagros. Había santos que realizaban curas milagrosas; la propia Reina del Cielo se aparecía a ciertos justos, tal como se lee en sus biografías. Pero el diablo no duerme y la humanidad comienza a dudar de la autenticidad de esos milagros. Justamente entonces una nueva y terrible herejía aparece en el norte, en Alemania. Una inmensa estrella "semejante a una antorcha

(es decir, la iglesia) cayó en las aguas, volviéndolas amargas". Esas herejías, blasfemas, negaban los milagros. Pero los que permanecieron fieles redoblaron el ardor de su fe. Las lágrimas de la humanidad suben siempre hacia Él, se lo esperan, se lo aman, se confían en Él, se arden en deseos de sufrir el martirio y morir por Él, igual que antes... Después de tantos siglos, la humanidad implora con fe y calor: "Señor, ven a nos", después de tantos siglos, la humanidad clama por Él, que por su inconmensurable misericordia, Él quiso descender hacia aquellos que le imploraban. Ya antes, también en la tierra, visitaba a ciertos justos, mártires y santos anacoretas, tal como está escrito en sus "Vidas". Entre nosotros, Titchev, que creía profundamente en la verdad de sus palabras, proclamó que:

Agobiado bajo el peso de la cruz
A ti todo mi tierra natal,
El Rey del Cielo, cual esclavo,
Te recorrió bendiciéndote.

Lo que sin duda fue así, te lo aseguro. Y he aquí que, aunque sólo por un momento, Él quiso comparecer ante el pueblo atormentado, sufriente, extraviado en pestilente pecado, pero que Lo ama con un candor infantil. La acción transcurre en España, en Sevilla, en los más siniestros días de la Inquisición, cuando por la gloria de Dios las hogueras ardían todos los días en el país y cuando:

En magníficos autos de fe
Se quemaba a los malignos herejes.

¡Oh, seguramente no fue así como prometió volver al fin de los tiempos, en toda su gloria celeste y de repente, "como el relámpago que brilla de oriente a occidente". No, Él quiso visitar a sus hijos aunque sólo fuera por un instante y precisamente allí, donde crepitaban las hogueras de los herejes. En Su infinita clemencia vuelve a aparecer entre los hombres con la misma apariencia humana con la que durante treinta y tres años anduvo entre ellos quince siglos antes. Desciende hasta las tórridas calles de la ciudad meridional donde apenas el día antes, por orden del cardenal, gran inquisidor y presencia del rey, de la corte, de los caballeros, de los cardenales y de las encantadoras damas de la corte, fueron quemados de una sola vez cien herejes en un "magnífico auto de fe", *ad majorem gloriam Dei* [2]. Aparece silenciosamente,

discretamente y de pronto —eso es lo raro— todos lo reconocen. Esto podría dar lugar a uno de los mejores pasajes del poema, es decir, el motivo exacto por el que Lo reconocen. Movido por una fuerza irresistible, el pueblo acude a Él, Lo rodea; crece alrededor de Él. Lo sigue. En silencio pasa en medio de la muchedumbre con una sonrisa de infinita conmiseración. El sol del amor abrasa su corazón, los rayos de la Luz, del Conocimiento y de la Fuerza brotan de sus ojos y, expandiéndose por entre los hombres, hacen vibrar sus corazones con un amor que responde al suyo. Tiende las manos hacia ellos, los bendice y al contacto de Él, al simple roce de sus vestimentas, emana una fuerza curativa. En medio de la muchedumbre, un viejo, ciego desde la infancia, exclama:"¡Señor, cúrame para que pueda verte!" y fue como si cayeran escamas de sus ojos y el ciego Lo vio. El pueblo llora y besa el suelo que Él pisa. Los niños arrojan flores ante Él, cantan y claman "Hosanna". "Es Él, es Él", repiten todos, tiene que ser Él y nadie más que Él. Él se detiene ante el atrio de la catedral de Sevilla precisamente cuando traen un pequeño ataúd blanco destapado; una niña de siete años descansa en él, hija única de un ciudadano encumbrado. La niña muerta está cubierta de flores. "Resucitará a tu hija", le gritan desde la multitud a la madre deshecha en lágrimas. El arzobispo de la catedral que se ha adelantado para ir al encuentro del ataúd, mira estupefacto y frunce el entrecejo. En ese momento vuelven a oírse los lamentos de la madre de la niña muerta. Se arroja a sus pies: "Si eres Tú ¡resucita a mi hija!", exclama tendiéndole las manos. El cortejo se detiene y se baja el pequeño ataúd al atrio, a Sus pies. Él mira con conmiseración y Sus labios dicen dulcemente: "Thalita kumi"[3] y la niña se incorpora en su ataúd, se sienta y sonriendo mira a su alrededor con ojos muy asombrados. En las manos tiene un ramo de rosas blancas con el cual descansaba en el ataúd. En la multitud cunde el desconcierto, hay gritos, sollozos y en ese mismo momento pasa por la plaza el cardenal en persona, el gran inquisidor. Es un viejo casi nonagenario, alto y erguido, de rostro enjuto, de ojos hundidos en los que aún brilla una especie de resplandor. No lleva los suntuosos vestidos cardenalicios con los que se había mostrado al pueblo la víspera, cuando quemaban a los enemigos de la Iglesia Romana; ahora va vestido con su viejo y basto hábito de monje. Detrás de él, a una cierta distancia, van sus siniestros ayudantes y sus esclavos y la guardia del Santo Oficio. Se detiene frente a la muchedumbre y observa de lejos. Vio todo, vio depositar el ataúd a Sus pies, vio a la niña resucitar y su rostro se ensombreció. Frunce su espeso entrecejo blanco y en su mirada brilla un resplandor siniestro. Alza el índice y ordena a los guardias que Lo prendan.

Y es tanto su poder, y tan acostumbrado a ello está el pueblo, tan sometido con una tan temblorosa obediencia que la muchedumbre se aparta inmediatamente ante los guardias y en medio del silencio mortal que se hace de pronto, los guardias ponen sus manos en Él y se Lo llevan. Todos a uno, como un solo hombre, la multitud se inclina instantáneamente ante el viejo inquisidor hasta tocar el suelo, que silenciosamente bendice al pueblo y se va. Los guardias conducen al prisionero al estrecho y sombrío calabozo abovedado del antiguo edificio del Santo Oficio y Lo encierran allí. Pasa el día, llega una noche sombría, tórrida, "sin aire", tan sevillana. Se siente el aroma del laurel y del limonero. En medio de aquellas profundas tinieblas se abre de pronto la puerta del calabozo y el viejo gran inquisidor en persona entra lentamente con una antorcha en la mano. Está solo y tras él la puerta vuelve a cerrarse. Se detiene en el umbral y durante un par de largos minutos escruta Su cara. Por fin se le acerca silenciosamente, deja la antorcha en el suelo y Le dice:

—"¿Eres Tú? ¿Tú? —y al no recibir respuesta agrega rápidamente: —No respondas. ¡Calla! ¿Qué podrías decir? Sé demasiado bien lo que dirás. Y ni siquiera tienes derecho a agregar nada a lo que ya dijiste antes. ¿Por qué has venido a molestarnos? Pues sólo has venido a molestarnos y lo sabes bien. ¿Sabes qué ocurrirá mañana? Ignoro quién eres y no quiero saber si eres Tú o tan sólo su apariencia, pero mañana te condenaré y te haré arder en la hoguera como si fueras el peor de los herejes y el mismo pueblo que hoy te besaba los pies, mañana, ante la menor indicación mía, se precipitará a atizar las brasas de tu hoguera. ¿Lo sabes? Sí, tal vez lo sabes" —agregó pensativo y absorto, sin apartar un solo momento los ojos de su Prisionero.

—No entiendo muy bien, Iván, lo que significa —dijo sonriendo Alioscha que durante todo aquel tiempo había escuchado en silencio— . ¿Es sólo imaginación desenfrenada o un error del viejo o algún imposible *quid pro quo*?

—Admite esa última posibilidad —respondió Iván echándose a reír— , si es que el realismo moderno te ha malcriado tanto que ya no puedes soportar lo fantástico. Si crees que se trata de un *quid pro quo*, estoy de acuerdo. Es cierto —sonrió nuevamente— que el viejo tiene noventa años y es posible que su idea fija haya hecho que perdiera la razón muchos años antes. Y el prisionero puede haberlo impresionado con su aspecto. Además, finalmente, bien puede tratarse sólo de delirio, una visión de un viejo nonagenario en vísperas de su muerte muy excitado por el auto de fe de cien herejes ordenado el día anterior. Pero ¿qué nos importa a ti y a mí saber qué es *quid pro quo* y qué imaginación sin límites? Lo único que cuenta aquí es que el viejo siente

la necesidad de expresar su pensamiento, que por primera vez en noventa años habla por fin y dice en voz alta lo que había callado durante esos noventa años.

—¿Y el Prisionero también calla? Lo mira y no dice una sola palabra.

—Pero es preciso que sea así en todo proceso —respondió Iván volviendo a sonreír—. El viejo mismo le hace notar que no tiene derecho a agregar nada a lo que ya fue dicho. Si se quiere ese es el rasgo fundamental del catolicismo romano, en mi opinión por lo menos: "Todo fue confiado por Ti al Papa y por lo tanto todo está en manos del Papa; en cuanto a Ti puedes perfectamente no venir, para no molestarnos por lo menos por ahora". En ese sentido no solamente hablan sino que también escriben por lo menos los jesuitas. Yo mismo se lo he leído a sus teólogos: "¿Acaso tienes derecho a revelarnos aunque sólo sea uno de los misterios del mundo del que vienes?", le pregunta mi viejo y él mismo se responde tomando Su lugar: "No, no tienes ese derecho, para no agregar nada a lo que ya fue dicho y para no quitar a los hombres esa libertad que tanto apreciabas cuando estabas en la tierra. Todo lo que anunciaras ahora atentaría contra la libertad de creencia de los hombres, pues eso se les aparecería como un milagro; y hace ya mil quinientos años colocabas por encima de todo la libertad de su fe. ¿No eras Tú quien tan a menudo decía: 'Quiero haceros libres'? "Pues los has visto ahora a esos hombres "libres", —agrega de pronto el viejo con una sonrisa meditabunda. Sí, esa tarea nos ha costado caro", —continuó mientras lo miraba con severidad— , "pero por fin la llevamos a cabo en Tu nombre. Durante quince siglos penamos con esa libertad, pero ahora todo está terminado y sólidamente afirmado. ¿No crees que esté sólidamente afirmado? ¿Me miras con dulzura y no me haces el honor de Tu indignación? Pero debes saber que ahora y precisamente hoy, esos hombres están más persuadidos que nunca de ser enteramente libres y sin embargo son ellos quienes nos han traído su libertad y la han depositado dócilmente a nuestros pies. Pero es obra de nosotros y ¿esa es la libertad que deseabas?"

—Sigo sin entender —lo interrumpió Alioscha—; ¿está ironizando, se burla?

—De ningún modo. Considera que es un mérito personal y de los suyos haber vencido finalmente a la libertad para hacer de ese modo más felices a los hombres. "Pues ahora (habla, por supuesto, de la Inquisición), por primera vez es posible soñar con la felicidad de los hombres. El hombre fue hecho rebelde ¿pueden acaso ser felices los rebeldes? Te habían prevenido, le dijo, las advertencias y los signos no te faltaron, pero no quisiste escuchar las advertencias, rechazaste el único camino que hubiera permitido hacer felices

a los hombres; pero felizmente al partir dejaste la tarea en nuestras manos. Lo prometiste, lo estableciste con tu palabra. Nos conferiste el derecho de atar y de desatar y por cierto que ahora no puedes retirarnos ese derecho. ¿Por qué entonces has venido a traer perturbación?"

—¿Qué quiere decir no te faltaron las advertencias y los signos? —preguntó Alioscha.

—Ese es justamente el punto capital de lo que el viejo tiene necesidad de expresar.

—"El espíritu terrible y lúcido, el espíritu de la nada y de la auto destrucción —prosiguió el viejo—, el gran espíritu te habló en el desierto y los libros nos han dicho que te habría "tentado". ¿Es cierto? Y ¿se podía decir algo más cierto que lo que él te anunció en las tres preguntas y que Tú rechazaste y que en los libros se llama las "tentaciones"? Y sin embargo, si alguna vez se consumó en la tierra un auténtico milagro fulgurante, fue aquel día, el día de esas tres tentaciones. Precisamente en la concepción de esas tres preguntas se cifra el milagro. Si fuera posible suponer, como demostración tan solo y como ejemplo, que esas tres preguntas del espíritu terrible se hubieran perdido sin dejar rastros en los libros y fuera necesario reconstituirlos, reinventarlas e imaginarlas de nuevo para reinscribirlas en los libros y que para eso se reunieran a todos los sabios de la tierra, gobernantes, pontífices, científicos, filósofos, poetas y se les planteara el siguiente problema, encuentren, inventen tres preguntas, pero preguntas que no sólo estén a la altura del acontecimiento sino que también con tres palabras, con tres frases humanas, expresen toda la historia futura del mundo y de la humanidad ¿crees que toda la sabiduría de la tierra reunida podría encontrar algo similar en fuerza y profundidad a esas tres preguntas que te fueron formuladas entonces en el desierto por el espíritu poderoso y sagaz? Sólo esas preguntas, el milagro de su concepción, permiten de por sí entender que haya que aferrarse no a un frágil espíritu humano, sino a un espíritu eterno y absoluto. Pues en esas tres preguntas está como fundida en un todo y predicha toda la historia interior de la humanidad y están revelados los tres aspectos donde se confundirán todas las insolubles contradicciones históricas de la naturaleza humana en la tierra entera. Todo esto no podía verse tan bien entonces, pues el porvenir era desconocido pero ahora, que quince siglos han transcurrido, vemos que todo estaba previsto y predicho en esas tres preguntas y se ha cumplido hasta el punto de que no es posible agregar ni sacar nada. Decide por ti mismo quién tenía razón: tú o quien te interrogaba. Recuerda la primera pregunta, el sentido, no la letra: "Quieres ir por el mundo y vas con las manos vacías,

con una promesa de libertad que, en su simplicidad y anarquía innatas, no pueden siquiera llegar a entender, que los asusta y a la que temen, pues nada nunca ha sido más intolerable para el hombre y para la sociedad humana que la libertad. ¿Ves esas piedras en el desnudo e incandescente desierto? Conviértelas en panes y la humanidad se agolpará para seguirte como un rebaño agradecido y dócil, aunque aterrorizado siempre ante la posibilidad de que retires tu mano y así deje de recibir tus panes". Pero no quisiste privar a los hombres de la libertad y rechazaste la oferta, pues ¿dónde estaría la libertad, pensaste, si la obediencia se comprara con pan? Contestaste que el hombre no vive sólo de pan, pero ¿sabes que es en nombre de ese pan terrestre que el espíritu de la tierra se sublevará contra ti y luchará contigo y te vencerá y todos lo seguirán exclamando :"¿Quién es semejante a esa bestia que nos ha dado el fuego del cielo?". Sabes que pasarán siglos y que la humanidad proclamará por boca de su sabiduría y de su ciencia que no hay crimen, y por lo tanto tampoco hay pecado, que sólo hay hambrientos. "Dales de comer y sólo entonces exígeles virtud", eso es lo que habrá inscripto en el estandarte que blandirán contra Ti y con el que será destruido Tu templo. En lugar de Tu templo se erigirá un nuevo edificio, se erigirá nuevamente la terrible Torre de Babel y aunque deba quedar inconclusa, como la otra, habrías podido sin embargo evitar la construcción de esta nueva torre y acortar en mil años los sufrimientos de los hombres ¡pues es a nosotros a quienes vendrán después de haber penado mil años con su torre! Otra vez nos encontrarán bajo tierra, en las catacumbas, escondiéndonos (pues nuevamente seremos perseguidos y torturados), nos encontrarán y clamarán: "Dennos de comer porque quienes nos habían prometido el fuego del cielo no nos lo dieron". Y acabaremos entonces la construcción de la torre, pues quien los alimente la acabará y sólo nosotros los alimentaremos, en Tu nombre y mentiremos al pretender que lo hacemos en Tu nombre. ¡Oh, nunca, nunca podrán alimentarse sin nosotros, por sí solos! Ninguna ciencia les procurará el pan en tanto permanezcan libres y acabarán por depositar su libertad a nuestros pies y nos dirán: "Sojuzgadnos, si lo deseais, pero dadnos de comer". Finalmente entenderán que la libertad y el pan de la tierra a voluntad para cada uno de ellos son incompatibles: pues nunca, nunca sabrán repetirlo. Se convencerán también de que nunca podrán ser libres pues son mezquinos, depravados, mediocres y rebeldes. Les prometiste el pan del cielo, pero te lo repito, ¿puede comparársele con el pan de la tierra a los ojos de la débil raza humana, depravada y eternamente ingrata? Y si, en nombre del pan celestial millares y decenas de millares de ellos Te siguen ¿qué ocurrirá con los

millones y las decenas de millones de seres que no tendrán la fuerza de desdeñar el pan de la tierra por el pan del cielo? ¿O acaso sólo amas a las decenas de miles de grandes y fuertes, en tanto que los millones restantes, innumerables como los granos de arena del mar, que son débiles pero que Te aman, sólo deben servir como material a los grandes y fuertes? No, para nosotros los débiles son igualmente dignos de ser amados. Son depravados y rebeldes, pero al fin serán ellos los obedientes. Nos admirarán y nos tendrán por dioses por haber aceptado, poniéndonos al frente de ellos, cargar con el fardo de la libertad que tanto temieron ver sus señores. Pero les diremos que Te obedecemos y que reinamos en Tu nombre. Los engañaremos otra vez, pues entonces no dejaremos que vengas a nosotros. En esa impostura consistirá nuestro sufrimiento, pues deberemos mentir. Esto era lo que significaba aquella primera pregunta en el desierto y fue lo que rechazaste en nombre de la libertad, que colocabas por encima de todo. Y sin embargo aquella pregunta entrañaba el mayor misterio de este mundo. Aceptando los "panes" hubieras respondido a la inquietud general y eterna de la humanidad, tanto del individuo como de la humanidad entera, la de saber a quien "adorar". No hay preocupación más constante y más dolorosa para el hombre en estado de libertad que la de encontrar lo más rápido posible a quien adorar. Pero el hombre busca para adorar lo que es indiscutible, tan indiscutible que todos consienten unánimemente en adorarlo. Pues la inquietud de esas lamentables criaturas consiste en encontrar no solamente lo que pueda ser adorado, sino también aquello en lo que todos crean y ante lo cual todos se inclinan irremediablemente *todos juntos*. Esa necesidad de *comunidad* en la adoración es el principal tormento tanto de cada hombre individualmente como de la humanidad entera desde el comienzo de los siglos. En nombre de la adoración común se exterminaban mediante la espada. Erigían dioses y se llamaban los unos a los otros: "Abandonen a sus dioses y vengan a adorar los nuestros, de lo contrario ¡muerte a ustedes y sus dioses!" Y así será hasta el fin del mundo, aún cuando los mismos dioses hayan desaparecido del mundo; eso no importará en absoluto, lo mismo se arrodillarán ante ídolos. Conocías, no podías dejar de conocer ese secreto fundamental de la naturaleza humana, pero rechazaste el único estandarte infalible que te era ofrecido para poder obligar a los hombres a que se inclinaran sin discusión ante ti, el estandarte del pan de la tierra y lo rechazaste en nombre de la libertad y del pan del cielo. Y mira lo que hiciste. Siempre en nombre de la libertad. Te digo que el hombre no tiene inquietud más torturante que la de encontrar lo antes posible a quien entregar el don de la libertad con el que esta desdichada criatura

viene al mundo. Pero sólo se apodera de la libertad de los hombres quien tranquiliza su conciencia. Con el pan se te daba una divisa indiscutible; si se le da pan, el hombre se inclina, pues no hay nada más inobjetable que el pan, pero si otro que no seas Tú se apodera al mismo tiempo de su conciencia, entonces abandonaría hasta Tu pan y seguirá a aquel que haya seducido su conciencia. En eso tenías razón. Pues el secreto de la existencia humana no sólo consiste en vivir, sino también en tener una razón para vivir. Sin una clara conciencia de la razón por la qué vive, el hombre no aceptaría vivir y se destruiría antes que permanecer en la tierra, aunque alrededor de él hubiera panes por todas partes. Es así, pero ¿cuál fue el resultado?; en vez de apoderarte de la libertad de los hombres la aumentaste. ¿Olvidaste que la paz e incluso la muerte le son más preciados al hombre que la libertad de elección con el conocimiento del bien y del mal? No existe nada más seductor para el hombre que la libertad de su conciencia, pero tampoco hay nada más doloroso. Y he aquí que el lugar de bases sólidas que hubieran apaciguado de una vez por todas a la conciencia humana, elegiste todo lo más extraordinario, hipotético y vagaroso que pueda existir. Elegiste todo lo que sobrepasaba la fuerza de los hombres y actuaste como si no los amaras y ¿quién fue el que hizo eso? ¡El que vino a dar la vida por ellos! En lugar de apoderarte de la libertad humana, la aumentaste y agobiaste para siempre el espíritu del hombre con los sufrimientos de esa libertad. Quisiste el libre amor del hombre para que te siguiera por su propia voluntad, seducido y cautivado por Ti. En lugar de la vieja y sólida ley, el hombre con su corazón libre debía de ahí en más decidir por sí mismo qué es el bien y qué es el mal, teniendo como única guía a Tu imagen frente a él ¿pero es posible que no hayas previsto que finalmente rechazaría hasta Tu imagen y Tu verdad si lo agobiabas con una carga tan terrible como la libertad de elección? Finalmente clamarán que la verdad no está en Ti, pues era imposible dejarlos en una mayor confusión y en un tormento más grande que en el que Tú los sumiste al dejarles tantas preocupaciones y tantos problemas insolubles. Así Tú mismo sembraste el germen de la destrucción en Tu propio reino y no hay porqué acusar a nadie más. Y sin embargo, ¿era eso lo que te ofrecían? Hay tres fuerzas, las tres únicas fuerzas en la tierra que pueden conquistar y subyugar para su felicidad la conciencia de esos débiles rebeldes: esas fuerzas son el milagro, el misterio y la autoridad. Rechazaste tanto la primera como la segunda y, la tercera y así diste el ejemplo. Cuando el terrible y muy sabio espíritu Te colocó en el pináculo del templo y Te dijo: "Si quieres saber si eres el Hijo de Dios, arrójate al vacío, pues fue dicho que los ángeles lo

sostendrán y lo llevarán y no caerá y no se estrellará. Sabrás entonces si eres el Hijo de Dios y así probarás Tu fe en tu Padre", después de escucharlo rechazaste su ofrecimiento, no cediste y no te arrojaste al vacío. ¡Oh, por cierto que actuaste con un orgullo soberbio, como un Dios, pero los hombres, esta débil tribu rebelde, ¿son dioses? Comprendiste entonces que dando sólo un paso, con el movimiento de precipitarte al vacío, hubieras tentado de inmediato al Señor y perdido toda Tu fe en Él y que te hubieras estrellado contra esa tierra que venías a salvar, que el espíritu lúcido que te tentaba se habría regocijado. Pero, te lo repito ¿hay muchos como Tú? ¿Y supusiste aunque fuera por un momento que semejante tentación estaba hecha a la medida de la fuerza de los hombres? ¿La naturaleza humana está hecha de tal modo que pueda negar el milagro y en tan terribles momentos de la vida, en los momentos de los más terribles problemas espirituales fundamentales, atenerse a la libre decisión del corazón? ¡Oh, Tú sabías que Tu acto glorioso perduraría en los libros, que alcanzaría la profundidad de los tiempos y los límites extremos de la tierra y esperabas que siguiendo Tu ejemplo el hombre permaneciera con Dios sin tener necesidad de milagros. Pero no sabías que apenas el hombre rechazara el milagro, de inmediato rechazaría igualmente a Dios, pues el hombre busca menos a Dios que a los milagros. Y como el hombre no puede prescindir de los milagros, creará otros nuevos, esta vez propios y se inclinará ante los milagros del charlatán, ante la brujería por más que sea cien veces un rebelde, un hereje, un sin Dios. No bajaste de la cruz cuando te gritaban burlándose e insultándote: "Baja de la cruz y creeremos en Ti". No bajaste porque continuabas negándote a subyugar al hombre por medio del milagro y porque estabas sediento de una fe libre y no inspirada por el milagro. Deseabas ardientemente un amor libre y no los éxtasis serviles del esclavo ante el poder que los aterroriza de una vez para siempre.

Pero también en eso Te hacías una idea demasiado elevada de los hombres, pues por cierto que son esclavos, aunque hayan sido creados rebeldes. Mira alrededor de Ti y saca Tus propias conclusiones, ahora que han pasado quince siglos, ve a mirarlos ¿a quién has alzado hasta Tu altura? Te lo juro; el hombre fue creado más débil y más vil de lo que Tú pensabas. ¿Puede, acaso, realizar las mismas cosas que Tú? Estimándolo tanto actuaste como si hubieras dejado de sentir compasión por él pues le exigiste demasiado y ¿quién fue que hizo eso? ¡Quien lo amó más que a sí mismo! Queriéndolo menos le hubieras exigido menos y eso habría estado más cerca del amor, pues su carga habría sido más liviana. Es débil y vil. ¿Qué importa que ahora se alce en todas

partes contra nuestra autoridad y que esté orgulloso de su rebelión? Es el orgullo del niño, del escolar. Son niñitos que en clase se han rebelado y han corrido al maestro. Pero también habrá un final para el entusiasmo de los chicuelos y les costará caro. Destruirán los templos e inundarán de sangre la tierra. Pero finalmente comprenderán, como niños estúpidos que son, que por más rebeldes que sean, son rebeldes impotentes, incapaces de soportar el peso de su propia rebelión. Derramando sus estúpidas lágrimas, reconocerán finalmente que quien los hizo rebeldes a no dudar quiso burlarse de ellos.

Lo dirán con desesperación y lo que digan será una blasfemia que los hará aún más desdichados, pues la naturaleza humana no tolera la blasfemia y al fin de cuentas siempre toma venganza en sí misma. Así pues, inquietud, confusión y desdicha son hoy el patrimonio de los hombres, después de todos los sufrimientos que soportaste por su libertad. Tu gran profeta dijo en visión y en parábola, haber visto todos los participantes de la primera resurrección y que eran doce mil por cada tribu. Pero para ser tan numerosos debían ser no hombres sino dioses. Resistieron victoriosamente la prueba de Tu cruz, decenas de años de desierto árido, alimentándose con langostas y raíces y por cierto que puedes mostrar con orgullo a esos hijos de la libertad, del libre amor, del libre y espléndido sacrificio consentido en Tu nombre. Pero recuerda que no eran más que unos millares y además dioses, ¿y los demás? ¿Por qué los demás débiles hombres son culpables por no haber podido soportar lo que soportaron los fuertes? ¿Por qué es culpable un alma débil al no poder contener esos terribles dones? ¿Es posible que sólo hayas venido a los elegidos y sólo para los elegidos? Si es así, habría en ello un misterio que no sabríamos comprender. Y si hay misterio tenemos el derecho de predicar el misterio y de enseñarles que no es la libre decisión de sus corazones lo que importa ni tampoco el amor, sino el misterio al que deben someterse ciegamente, incluso contra su conciencia. Es lo que hemos hecho. Hemos corregido Tu obra y la fundamos en el *milagro*, el *misterio* y la *autoridad*. Y los hombres se han regocijado de ser conducidos nuevamente como un rebaño y de que sus corazones fuesen finalmente librados de un don tan terrible que les había valido tantos sufrimientos. ¿Teníamos razón al enseñar y al actuar así? ¡dilo! ¿Se puede creer realmente que no amamos la humanidad al reconocer tan humildemente su impotencia, al aliviar su carga con amor y dejándoles a su mezquina naturaleza el pecado, pero solo con nuestro consentimiento? ¿Por qué, entonces, vienes ahora a molestarnos? ¿Y por qué me miras silenciosa y profundamente con mirada tan dulce?

Mejor enójate, no quiero Tu amor porque yo no te amo. ¿Y qué es lo que puedo ocultarte? ¿O crees que no sé con quien hablo? Todo lo que tengo que decirte ya lo sabes, puedo leerlo en Tus ojos. ¿Y acaso habría de ser yo quien te ocultara nuestro secreto? Tal vez quieras oírlo precisamente de mi boca, escucha pues. No estamos contigo sino con *él*, ese es nuestro secreto. Hace tiempo que dejamos de estar contigo, pero con *él* ya *hace ocho siglos que estamos*. Hace exactamente ocho siglos que recibimos de *él* lo que tú rechazaste indignado, ese último don que te ofrecía mientras Te mostraba todos los reinos de la tierra; aceptamos de *él* Roma y la espada de César, y nos proclamamos los únicos reyes de la tierra, los únicos reyes aunque hasta ahora todavía no hayamos podido llevar nuestra obra hasta su final total. ¿Pero de quién es la culpa? Esa obra no está más que en los comienzos, pero ha sido iniciada. Habrá que esperar mucho aún antes de que sea cumplida y la tierra tendrá que sufrir mucho aún, pero lo lograremos y seremos los Césares, y será entonces cuando podremos pensar en la felicidad universal de los hombres. Y sin embargo Tú habrías podido desde entonces empuñar la espada de Cesar. ¿Por qué rechazaste ese último don? Aceptando ese tercer consejo del espíritu poderoso hubieras realizado todo lo que el hombre busca en la tierra, es decir, a quien adorar, a quien confiar su conciencia y finalmente como unirse en un indiscutible y común y unánime hormiguero, pues la necesidad de una unión universal es el tercero y último tormento de los hombres. La humanidad siempre aspiró a organizarse universalmente. Numerosos fueron los grandes pueblos de gloriosa historia, pero cuanto más alto han llegado los pueblos, más desdichados han sido porque han tomado conciencia con mayor intensidad que los demás de la necesidad de la unión universal de los hombres. Los grandes conquistadores, los Tamerlan y los Gengis Khan, pasaron por la tierra como un huracán, buscando conquistar el universo todo, pero también ellos, quizás inconscientemente, expresaron la misma gran aspiración de la humanidad hacia la unidad general y universal. Aceptando el imperio y la púrpura de César hubieras fundado el reino universal y otorgado la paz universal. Pues ¿a quién corresponde ser los amos de los hombres sino a quienes son dueños de sus conciencias y tienen en sus manos el pan? Tomamos pues la espada de César y tomándola por supuesto que renegamos de Tí y que lo seguimos a *él*. ¡Oh, aún pasarán siglos de desenfreno del libre espíritu, de su ciencia y de su antropofagia!, pues como han comenzado por erigir su torre de Babel sin nosotros, terminarán en la antropofagia. Pero será entonces cuando la bestia se arrastre hasta nosotros y nos lama los pies y los riegue con las lágrimas de sangre

que brotarán de sus ojos. Y montaremos a la bestia y alzaremos la copa y en ella estará escrito ¡Misterio! Entonces y sólo entonces comenzará para los hombres el reino de la paz y de la felicidad. Estás orgulloso de Tus elegidos, pero Tú sólo tienes elegidos, mientras que nosotros daremos la paz a todos. Por otra parte veamos ¡cuántos de esos elegidos, de esos fuertes que hubiesen podido convertirse en elegidos, terminaron por cansarse de esperarte y llevaron y continuarán llevando las fuerzas de sus espíritus y el calor de su corazón a otros campos y terminarán por alzar contra Tí su *libre* divisa. Pero eres Tú, quien alzaste primero el estandarte. En cambio, con nosotros todos serán felices y no se rebelarán ni se exterminarán más entre ellos, como ocurrió con Tu libertad por todas partes. Oh, los convenceremos de que sólo serán libres cuando pongan su libertad en nuestras manos y se sometan a nosotros. Y bien ¿diremos la verdad o mentiremos? Serán ellos mismos quienes verán que decimos la verdad, pues recordarán los horrores de la esclavitud y de la confusión a que los había llevado Tu libertad. La libertad, el espíritu y la ciencia libres los extraviarán en tales tinieblas y los colocarán ante tales prodigios y tan insolubles misterios que unos, insumisos y feroces, se destruirán a sí mismos, otros insumisos pero débiles, se exterminarán entre ellos y los sobrevivientes débiles y miserables, se arrastrarán hasta nuestros pies para clamar ante nosotros: "Sí, ustedes tenían razón, sólo ustedes poseían Su secreto y volveremos a ustedes para que nos salven de nosotros mismos". Al recibir de nosotros el pan, verán por cierto que nosotros también tomamos su propio pan, hecho con sus manos y los distribuimos entre ellos sin ningún milagro, verán que no transformamos piedras en pan y en verdad antes que por al pan mismo, se regocijarán ante el hecho de recibirlo de nuestras propias manos. Pues recordarán demasiado bien que antes, sin nosotros, hasta los panes que producían se convertían en piedras entre sus manos, mientras que cuando vinieron a nosotros las propias piedras se convirtieron en pan entre sus manos. ¡Demasiado, apreciarán demasiado lo que significa someterse de una vez por todas! Y en tanto los hombres no lo comprendan, seguirán siendo desdichados. ¿Quién fue el que contribuyó más a esa incomprensión? ¡dímelo! ¿Quién dividió el rebaño y lo dispersó por caminos desconocidos? Pero el rebaño volverá a reunirse y nuevamente se someterá y esta vez será para siempre. Entonces le daremos una pacífica felicidad humilde, felicidad a la medida de los seres débiles, tal como han sido creados. ¡Oh!, los persuadiremos de que no se enorgullezcan, pues Tú los elevaste mucho y les enseñaste de ese modo a enorgullecerse; les probaremos que son débiles, que no son más que lamentables niños, pero

que la felicidad del niño es la más dulce de todas. Se volverán temerosos, tendrán siempre los ojos fijos en nosotros y se acurrucarán aterrorizados contra nosotros, como los pollitos alrededor de la gallina. Nos admirarán y serán aterrorizados por nosotros y se sentirán orgullosos al vernos tan poderosos y tan inteligentes como para haber dominado un rebaño tan turbulento de millares de millones de cabezas... Temblarán, débiles ante nuestra cólera, sus inteligencias se tornarán indecisas, sus ojos estarán propensos a las lágrimas como los de los niños y los de las mujeres, pero ante una seña nuestra pasarán muy fácilmente a la alegría y a la risa, de la límpida felicidad a la regocijante canción infantil. Por cierto que los obligaremos a trabajar, pero durante las horas de ocio organizaremos su vida como si fuera un juego de niños, con canciones infantiles, coros, danzas inocentes. ¡Oh!, también les permitiremos pecar, son débiles e impotentes y así nos amarán como niños por haberles permitido pecar. Les diremos que todo pecado que se cometa con nuestra autorización podrá ser redimido, que si se lo permitimos es porque los amamos, y en cuanto al castigo de esos pecados, que consentimos en cargar nosotros con su peso. Y efectivamente cargaremos nosotros con eso y nos adorarán como a bienhechores que asumen sus pecados ante Dios. Y no tendrán ningún secreto para con nosotros... Les permitiremos o les prohibiremos vivir con sus mujeres y sus amantes, tener hijos o no tenerlos —todo según su docilidad— y se someterán con alegría y felicidad. Los más dolorosos secretos de sus conciencias, todo, nos traerán todo a nosotros y nosotros resolveremos todo y aceptarán con alegría nuestro juicio pues les ahorrará la grave inquietud y los horribles suplicios de la decisión personal y libre, que experimentan ahora. Y todos serán felices, todos los millones de seres, excepto algunos cientos de miles que los dirigirán. Pues sólo nosotros, los guardianes del secreto, seremos desdichados. Habrá cientos de millones de niños felices y cien mil mártires que habrán cargado con la maldición del conocimiento del bien y del mal. Morirán dulcemente, dulcemente se apagarán en Tu nombre y luego de la muerte no encontrarán nada más que la muerte. Pero guardaremos el secreto y por su propia felicidad meceremos su espíritu con la promesa de una recompensa celeste y eterna. Porque incluso si hubiera algo en el otro mundo, por cierto que no sería para gente como ellos. Se dice y se profetiza que volverás y que nuevamente vencerás, que volverás rodeado por Tus elegidos, por Tus orgullosos y poderosos, pero diremos que no hicieron más que salvarse a sí mismos mientras que nosotros, nosotros salvamos a todo el mundo. Se dice que será cubierta de oprobio la prostituta que monte en la bestia y que entre sus manos

tenga el *misterio*, que nuevamente los débiles se rebelarán, que desgarrarán su púrpura y desnudarán su cuerpo "impuro". Pero entonces me alzaré y Te mostraré los miles de millones de niños felices que no conocieron el pecado. Y nosotros, que por su felicidad hemos asumido sus pecados, nos enfrentaremos a Ti y diremos: "Júzganos si puedes y si Te atreves". Debes saber que no Te temo. Debes saber que yo también he vivido en el desierto, que yo también me he alimentado con langostas y raíces, que yo también he bendecido la libertad con la que Tú habías bendecido a los hombres y que me preparaba para reunirme con Tus elegidos en nombre de los poderosos y de los fuertes, ardiendo en deseos de "completar el número". Pero recapacité y no quise servir a la demencia. Volví sobre mis pasos y me uní a la cohorte de los que corrigieron Tu obra. Abandoné a los orgullosos y regresé a los humildes, para felicidad de esos humildes. Lo que Te digo se cumplirá y nuestro imperio se erigirá. Te lo repito, mañana verás a ese dócil rebaño precipitarse, ante una señal de mi mano, para atizar las brasas de la hoguera en la que te haré quemar por haber venido a traernos perturbación. Pues si alguien más que nadie ha merecido nuestra hoguera, ese eres Tú. Mañana Te haré quemar. *Dixi.*"

Iván se detuvo. Se había ido excitando a medida que hablaba y había hablado apasionadamente: cuando concluyó, sonrió repentinamente.
Alioscha, que había escuchado en silencio, pero que hacia el final había tratado varias veces en medio de una extrema agitación, interrumpir a su hermano, a la vez que hacía visibles esfuerzos para dominarse, rompió súbitamente a hablar como si una fuerza lo impulsara.
—Pero... es absurdo —exclamó ruborizándose—. Tu poema es un homenaje a Jesús y no una censura... como deseabas. ¿Quién podría creer lo que dices de la libertad? ¿Es así como hay que entenderla? Es así como la concibe la iglesia ortodoxa... Es Roma y ni siquiera toda Roma, no es cierto, son los peores de todos los católicos, los inquisidores, los jesuitas... y además un personaje tan fantástico como tu inquisidor no puede existir. ¿Cuáles son esos pecados humanos con los que carga? ¿Quiénes son esos poseedores del secreto que asumen una pretendida maldición por la felicidad de los hombres? ¿Dónde se ha visto eso? Conocemos a los jesuitas, se habla mal de ellos, pero, ¿son parecidos a los tuyos? No son tan así, de ningún modo... Son tan solo el ejército romano del futuro imperio universal sobre la tierra, con un emperador a la cabeza, el pontífice de Roma... ese es su ideal, pero no tiene ningún secreto ni ninguna elevada tristeza... Un trivial deseo de poder, de

viles bienes terrenales, de sojuzgamiento... Una especie de futura esclavitud en la que tomarían el lugar de los terratenientes... eso es todo. Tal vez ni siquiera crean en Dios. Tu sufriente inquisidor no es más que una ficción...
—Espera, espera —lo interrumpió Iván riendo— ¡no te acalores! Ficción, dices; está bien, admitámoslo. Claro que es una ficción. Pero sin embargo permíteme preguntarte algo. ¿Crees realmente que todo el movimiento católico de los últimos siglos esté animado sólo por el exclusivo deseo de poder, tan solo por los impuros bienes terrenales? ¿No habrá sido el padre Paisii quien te lo enseñó?
—No, no, al contrario, el padre Paisii dijo una vez algo en el mismo sentido que tú... pero por supuesto que no así, de ningún modo así —agregó rápidamente Alioscha.
—Sin embargo, me resulta una preciosa observación a pesar de tu "de ningún modo así". Lo que te preguntaría es por qué tus jesuitas y tus inquisidores se habrían de aliar solamente por las impuras ventajas materiales. ¿Por qué no puede encontrarse entre ellos un solo mártir que sea presa de un gran sufrimiento y que ame a la humanidad? Fíjate, supónte que entre todos ellos, que no aspiran más que a los bienes materiales e impuros, haya aparecido aunque más no sea uno parecido a mi viejo inquisidor, que vivió de raíces en el desierto y que se torturaba mortificando su carne para llegar a ser libre y perfecto, pero que sin embargo amó a la humanidad durante toda su vida, cuyos ojos de pronto ven las cosas tal como son y ve que es una mezquina felicidad moral la de alcanzar el supremo grado de voluntad para comprobar al mismo tiempo que los demás millones de criaturas de Dios que siguen siendo seres creados únicamente para burlarse, de ellos, que jamás tendrán la fuerza suficiente como para dominar su libertad, que mezquinos rebeldes nunca se convertirán en gigantes capaces de acabar la torre, que no era para tales moluscos que el idealismo soñaba su armonía... Habiendo entendido todo eso, volvió y se unió... a la gente inteligente. ¿Es realmente imposible?
—¿A quién se unió, a qué gente inteligente? —preguntó Alioscha casi apasionadamente—. De ningún modo tienen esa clase de inteligencia, ni ningún misterio ni secreto de ese tipo... El ateísmo, la impiedad a lo sumo, en eso consiste todo su secreto. Tu inquisidor no cree en Dios, ese es todo su secreto.
—¡Y aunque así fuera! Finalmente lo captaste. Es exacto, en eso efectivamente radica el secreto pero ¿acaso no es un sufrimiento incluso para un hombre como él, que sacrificó toda su vida padeciendo en el desierto y que no pudo curarse de su amor hacia la humanidad? En el ocaso de su

vida, se convence claramente de que sólo los consejos del grande y temible espíritu podrían establecer un orden aunque fuera poco soportable para los débiles rebeldes, "esos seres experimentales, inacabados, creados sólo por burlar". Y habiéndolo comprendido, ve que hay que seguir el camino señalado por el espíritu lúcido, el terrible espíritu de muerte y destrucción y para eso aceptar la mentira y el fraude y conducir esta vez conscientemente a los hombres a la muerte y a la destrucción y mientras lo hace engañarlos a lo largo del camino para que no se den cuenta hacia dónde los conducen: para que, por lo menos durante el trayecto, esos lamentables ciegos se sientan felices. Y nótalo bien, ¡se trata de un fraude en nombre de Aquel en cuyo ideal el viejo creyó tan apasionadamente durante toda su vida! ¿No es una desgracia? Y si siquiera uno así se encontrara al frente de todo ese ejército "que aspira al poder tan solo por los bienes impuros" ¿no bastaría tan solo con él para provocar una tragedia? Más aún, basta con uno solo de ellos que los encabece para que aparezca finalmente la verdadera idea conductora de toda la obra de Roma, con todos sus ejércitos y sus jesuitas, la idea suprema de esa obra. Te digo con franqueza que creo firmemente que ese hombre único no ha faltado nunca entre quienes han encabezado el movimiento. Quién sabe, quizá también han existido esos seres únicos entre los pontífices de Roma. Quién sabe, quizás ese maldito viejo que ama tan obstinadamente a la humanidad y de manera tan personal todavía existe hoy con forma de toda una cohorte de viejos únicos como él y eso no por casualidad sino como un pacto, como una asociación secreta fundada desde hace mucho para salvaguardar el secreto, para sustraerlo a los desdichados y a los débiles con el fin de hacerlos felices. Seguramente es así y debe ser así. Supongo que aún entre los francmasones existe, en la base, algo análogo a ese mismo secreto y que si los católicos aborrecen tanto a los francmasones es porque ven en ellos a competidores, la ruptura de la unidad de la idea, ya que debe haber un solo rebaño y un solo pastor... Sin embargo, al defender mi pensamiento, parezco un autor que no puede soportar tu crítica. Pero ya hemos tenido bastante de esto.

—Quizá tú mismo seas un francmasón —se le escapó de pronto a Alioscha—. Tú no crees en Dios —agregó ahora profundamente afligido—. Además le pareció que su hermano lo miraba burlonamente. —¿Cómo termina tu poema —preguntó súbitamente, mirando el piso— o ya terminó?

—Quería terminarlo así: cuando el inquisidor calla, espera unos minutos que su Prisionero le responda. Su silencio le pesa. Vio al Cautivo escucharlo durante todo aquel tiempo con serena firmeza, mirándolo directamente a los

ojos y con evidente intención de no responderle. El viejo desea que le diga algo, aunque sea palabras amargas, terribles. Pero de pronto Él se acerca en silencio y besa sus labios exangües de nonagenario. Es toda su respuesta. El viejo se estremece. Las comisuras de los labios le tiemblan; va a la puerta, la abre y Le dice: "Vete y no vuelvas más... no vayas a volver jamás... ¡nunca, nunca!" Y lo deja ir por "las oscuras calles de la ciudad". El Prisionero se va.

—¿Y el viejo?

—El beso le quema el corazón, pero permanece fiel a su idea.

—Y tú con él ¿tú también? —exclamó amargamente Alioscha—. Iván se echo a reír.

—¡No son más que tonterías, Alioscha, no es más que un absurdo poema de un estudiante absurdo que nunca escribió ni siquiera dos versos! ¿Por qué lo tomas tan en serio? ¿Crees que ahora iré directamente allá, a lo de los jesuitas, para unirme a la cohorte de los hombres que corrigen Su obra? ¡Oh, Señor, qué me importa! Ya te dije, que me dejen llegar a los treinta años y entonces romperé mi copa.

—¿Y las hojitas pegajosas y las queridas tumbas y el cielo azul y la mujer amada? ¿Cómo vivirás entonces, cómo los amarás? —exclamó amargamente Alioscha— . ¿Será posible con semejante infierno en el pecho y la cabeza? Sí, justamente, te vas para unirte a ellos... si no te matarías, no lo podrías resistir.

—Hay una fuerza que todo lo resistirá —dijo Iván con una sonrisa fría.

—¿Qué fuerza?

—La de los Karamázov... la fuerza de la bajeza de los Karamázov.

—Es decir, enrolarse en el desenfreno, ahogar el alma en la depravación ¿es eso, no es cierto?

—Puede ser también... quizás llegue a evitarlo hasta los treinta años, pero después...

—¿Cómo lo evitarás? ¿De qué manera? Es imposible con semejantes ideas.

—Te lo digo otra vez, a lo Karamázov.

—Es decir que "todo está permitido". Todo está permitido ¿no es cierto?

Iván frunció el entrecejo y de pronto palideció de modo extraño.

—¡Ah, usas las palabras que ayer hirieron tanto a Miúsov...!, las que nuestro hermano Dmitri repitió con tanta ingenuidad.

—Una crispada sonrisa apareció en los labios de Iván.

—Sea "todo está permitido", ya que la frase ha sido pronunciada. No me retracto. Por otra parte la fórmula de Dmitri no es mala.

Alioscha lo miraba en silencio.

—Mi querido, al irme pensaba que si contaba con alguien en el mundo, ese eras tú —dijo de pronto Iván con inesperada emoción—, pero ahora veo que en tu corazón tampoco hay lugar para mí, mi querido anacoreta. No renegaré de la fórmula "todo está permitido"; en cambio serás tú quien reniegue de mí ¿no es cierto, sí?

Alioscha se puso de pie, se acercó a él y sin decir nada le besó silenciosamente los labios.

—¡Plagio! —exclamó Iván presa de una especie de entusiasmo— robaste eso de mi poema. Gracias, no obstante. De pie, Alioscha, los dos tenemos que irnos.

Salieron, pero volvieron a detenerse en la entrada de la taberna.

—Esto es lo que voy a decirte, Alioscha —dijo Iván con voz firme—, si realmente soy capaz de amar a las hojitas pegajosas, sólo las amaré cuando piense en ti. Me bastará con saber que existes en alguna parte por ahí para no perder el deseo de vivir. ¿Te basta con eso? Si quieres tómalo como una declaración de amor. Y ahora vamos, tú por la derecha y yo por la izquierda y basta, me oyes, basta. Es decir que aunque no me vaya mañana (aunque estoy casi seguro de que me iré) y nos volvamos a encontrar, no vuelvas a decirme una sola palabra de todo esto. Te lo pido encarecidamente. Y del hermano Dmitri tampoco, te lo pido especialmente, no intentes volver a hablarme de él —agregó bruscamente, irritado—, todo terminó, todo ha sido dicho ¿no es cierto? Por mi parte y como compensación, te prometeré algo: cuando, a los treinta años, desee "romper mi copa", me encuentre donde me encuentre, vendré a hablar una vez más contigo... Aunque esté en América, puedes contar con ello. Vendré expresamente a eso. Será muy curioso comprobar en qué te has convertido tú, por tu parte. Ves, es una promesa aceptablemente solemne. Es posible que, efectivamente, nos digamos adiós por siete o diez años. Pues bien, ve a reunirte ahora con tu *Pater Seraphicus*, se está muriendo y si muere sin que estés a su lado, es posible que te enojes conmigo por haberte retenido. Hasta siempre, bésame otra vez y vete...

Bruscamente Iván dio media vuelta y emprendió su camino sin volverse. Aquello se pareció al modo en que la noche anterior Dmitri había abandonado a Alioscha, aunque el encuentro de la noche anterior había sido muy diferente. Aquella extraña reflexioncita atravesó como una flecha el entristecido espíritu de Alioscha, entristecido y afligido en aquel instante. Permaneció algunos momentos mirando a su hermano, que se alejaba. De pronto notó que Iván caminaba con un extraño movimiento oscilante y que, visto de atrás, parecía tener el hombro derecho más bajo que el izquierdo. Nunca antes lo había

notado. Después también Alioscha dio media vuelta y casi corriendo se encaminó al monasterio. Ya estaba bastante oscuro y casi sentía miedo; sentía que en su interior se manifestaba algo nuevo a lo que no acertaba a darle nombre. Otra vez se levantó viento, como la noche anterior, y los pinos centenarios comenzaron a silbar lúgubremente alrededor de él cuando llegó al bosquecito de la ermita. Iba casi corriendo.

—*Pather Seraphicus*, de algún lado sacó ese nombre. ¿De dónde? —se le ocurrió de pronto a Alioscha—. Iván, pobre Iván ¿cuándo te volveré a ver ahora?... Ahí está la ermita. ¡Señor! ¡Sí, sí, es él, es el *Pater Seraphicus*, él me salvará... de él y para siempre!

Más tarde, muchas veces en su vida se preguntará con estupor cómo pudo, después de abandonar a Iván, olvidar tan pronto y tan completamente a su hermano Dmitri, al que a la mañana, unas pocas horas antes apenas, había decidido encontrar costara lo que costare, aún cuando debiera pasar aquella noche sin volver al monasterio.

TOMO IV, LIBRO ONCEAVO

(...)

CAP. IV
El himno y el secreto.

(...)

—¿De qué hablas, Mitia?

—De ideas, de ideas ¡de eso hablo! La ética ¿qué es la ética?

—¿La ética? —repitió Alioscha sorprendido.

—Sí, ¿es una ciencia o qué?

—Sí, esa ciencia existe... pero te confieso que no sabría explicarte lo que es.

—Rakitin lo sabe. Sabe muchas cosas, ese Rakitin ¡que el Diablo se lo lleve! Él no se hará monje. Piensa ir a Petersburgo. Allá, dice, se consagrará a la crítica, pero con una noble orientación. ¿Por qué no? Puede ser útil y hacer

carrera. ¡Oh, en eso de hacer carrera los tipos como él son maestros! ¡Al Diablo con la ética! Te quiero más que a nadie. Mi corazón da un vuelco cuando te miro, sabes. ¿Quién era Charles Bernard?

—¿Charles Bernard? —preguntó Alioscha sorprendido otra vez.

—No. Charles no, espera, me equivoqué. Claude Bernard. ¿Qué es eso? ¿Química o qué?

—Debe de ser un sabio —respondió Alioscha—, pero te confieso que no puedo darte información de él. Lo único que oí decir es que es un sabio, pero en qué campo, lo ignoro.

—¡Y bien, que el Diablo se lo lleve! Yo tampoco lo sé —refunfuño Mitia—. Un crápula cualquiera, es lo más probable. Todos esos lo son. Pero Rakitin llegará, se colará por una hendija, es un Bernard también. ¡Oh, esos Bernards, como pululan!

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Alioscha con insistencia.

—Quiere escribir de mí, de mi asunto y dar así sus primeros pasos en la literatura. Es para eso que viene, él mismo me lo explicó. Quiere desarrollar una tesis, "no podía dejar de matar, el medio lo impulsaba" etcétera. Me lo explicó. Tendrá, me dijo, un matiz socialista. Por mí que el Diablo se lo lleve, si quiere poner un matiz socialista, él es el dueño, a mí me da igual. No le gusta Iván, lo odia; a ti tampoco te tiene demasiada simpatía. En cuanto a mí, yo lo tolero, es un muchacho inteligente. Un poco engreído, es cierto. Hace un momento apenas le decía, "Los Karamázov no son pillos, sino filósofos; todos los verdaderos rusos sos filósofos, pero tú, aunque hayas estudiado, no eres un filósofo, eres un canalla. Se rió con malignidad. Yo le dije *de pensibus non est disputandum* ¿espiritual, no? Ya que estaba, yo también me metí en eso de las humanidades —agregó Mitia lanzando una gran carcajada.

—¿Por qué estás perdido? Acabas de decirlo —interrumpió Alioscha.

—¿Por qué estoy perdido? ¡Hum! En el fondo... bien consideradas las cosas, añoro a Dios, por eso.

—¿Cómo añoras a Dios?

—Imagínate, está en los nervios, en la cabeza, es decir, allí, en el cerebro, esos nervios... (y si, que el Diablo se los lleve) hay colitas, son esos nervios los que tienen colitas, entonces, en cuanto se ponen a vibrar... es decir... mira, pongo los ojos en algo, entonces se ponen a vibrar, las colitas... ahora, cuando se ponen a vibrar es cuando aparece la imagen, y no en seguida pasa un instante, un segundo, y llega, parece, un momento, es decir, no un momento —¡que el Diablo se lo lleve al momento!— sino la imagen, es decir, el objeto

o el acontecimiento, ¡oh, caramba! ¡que el Diablo se le lleve!; es por eso que contemplo, luego pienso... porque hay colitas y no porque tenga un alma o porque sea una imagen o una semejanza cualquiera, todo eso son tonterías. Fue Mijail, mi viejo, quien me lo explicó, ayer, y fue como si eso me hirviera en la sangre. ¡Es maravillosa, Alioscha, esa ciencia! Un nuevo hombre nacerá de ella, eso lo comprendo... ¡Pero lo mismo añoro a Dios!

—Eso, por lo menos, está bien —dijo Alioscha.

—¿De qué sirve añorar a Dios? ¡La química, mi viejo, la química! No hay nada que hacer, Vuestra Reverencia, hágase a un lado por favor ¡la química está en marcha! ¡Pero no quiere a Dios, Rakitin! ¡y cómo lo detesta! ¡Es lo que más les duele a todos! Pero lo ocultan. Mienten. Simulan. "¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a hablar de eso en tu sección de crítica?", le pregunté. "No me dejarán decirlo abiertamente", respondió riendo. "Pero ¿qué es del hombre después de eso? Sin Dios y sin otra vida. Entonces ¿todo nos está permitido, no hay nada que no podamos hacer?", le repliqué. ¿No lo sabías?, dijo. Reía. "Al hombre inteligente, dijo, todo le está permitido; el hombre inteligente sabe arreglárselas, no como tú, que mataste, te dejaste pescar y ahora te pudrirás en la prisión". ¡Y me lo decía a mí! ¡Un verdadero asqueroso! A la gente como él, antes, la echaba de mi lado, pero ahora ¡qué se yo! Los escucho. Dice también cosas que no están mal. Y además, lo que escribe es inteligente. Hace una semana me leyó un artículo, copié tres líneas, espera, aquí las tengo.

Mitia sacó presurosamente el papel del bolsillo de su chaleco y leyó: "Para poder resolver este problema, es indispensable, ante todo, enfrentar francamente a la personalidad con su propia realidad".

—¿Lo comprendes o no?

—No, no lo comprendo —respondió Alioscha.

Miraba a Mitia y lo escuchaba con curiosidad.

—Yo tampoco. Es oscuro y confuso, pero en cambio, es inteligente. "Todo el mundo, dice él, escribe así hoy en día. El ambiente lo exige..." Le temen al ambiente. Hace versos también, el desgraciado. Le cantó al piececito de la Jojlakova. ¡Ja, ja, ja!

—Oí hablar de eso.

—¿Ah, sí? Y las coplitas ¿las conoces?

—No.

—Yo las tengo, aquí están. Voy a leértelas. ¡Tú no lo sabes, no te lo conté, es toda una historia! Hace tres semanas se le ocurrió provocarme. "Tú, me dijo, te dejaste pescar como un imbécil por tres mil rublos; en cambio, yo

embolsaré ciento cincuenta mil. Me casaré con una viuda y compraré una casa de piedra en Petersburgo". Y me contó que cortejaba a la Jojlakova, quien no sólo nunca fue inteligente sino que, a los cuarenta años, ha perdido la razón por completo. "Ella es muy sensible, decía, y es por eso que lograré conquistarla. Me casaré, la llevaré a Petersburgo y allá publicaré un diario". Y una asquerosa baba de concupiscencia le colgaba de los labios, pero no porque pensara en la Jojlakova, sino en su ciento cincuenta mil rublos.

(...)

Dio unos pasos con aire de preocupación.
—Hermano, no puedo quedarme mucho tiempo —dijo Alioscha después de un momento de silencio—. Mañana será un día terrible, grave para ti, el juicio de Dios se consumará... y me asombra ver cómo te paseas y cuentas sabe Dios qué, en lugar de hablar seriamente.
—No, no te asombres —interrumpió Mitia con vehemencia—. ¿Acaso tengo que hablar de ese perro apestoso? ¿Del asesino? Ya lo discutimos bastante. ¡No quiero hablar más del apestoso, del hijo de la Smerdiaschaia! ¿Dios lo castigará, ya verás; ahora calla!
Se acercó a Alioscha, emocionado, y lo abrazó. Sus ojos resplandecían.
—Rakitin no comprendería esto —comenzó a decir, agitado de pies a cabeza en un rapto de entusiasmo— pero tú, tú comprenderás todo. Es por eso que tenía tantas ganas de verte. Sabes, hace mucho tiempo que quería confiarte muchas cosas, aquí, entre estas paredes inmundas, pero callaba lo principal; me parecía que aún no había llegado el momento. Esperé hasta este último momento para abrirte mi corazón. Hermano, en estos dos meses sentí que había en mí un hombre nuevo, ¡el hombre nuevo ha resucitado! Dormía en mí, pero jamás hubiese aparecido sin esta tormenta. ¡Es terrible! Y qué me importa que durante veinte años tenga que sacar el mineral de las minas con el pico, eso no me asusta, es otra cosa lo que me da miedo ahora, ¡tengo miedo de que me abandone el hombre resucitado! Allá también, en las minas, bajo tierra, se puede encontrar un corazón humano al lado de uno, en un forzado, en un asesino como uno y ser su amigo ¡porque allá también se puede vivir y amar y sufrir! Se puede resucitar y regenerar el corazón adormecido de ese forzado, se lo puede cuidar durante años para arrancar por fin de su escondrijo y sacar a la luz un alma ennoblecida, una conciencia de mártir, hacer que renazca el ángel, que resucite el héroe! ¡Y son muchos, son centenares y todos nosotros somos culpables ante ellos! ¿Por qué, sino,

soñé con el "chiquito" en un momento así? ¿Por qué el chiquito es pobre? ¡Fue un mensaje que se me envió! Es por el "chiquito" que iré allá. Porque todo el mundo es culpable ante todos. El "chiquito" responde por todos, porque hay niños pequeños y niños grandes. Todos son el "chiquito". Es por todos que iré, porque es necesario que alguien lo haga por todos. Yo no maté a mi padre, pero tengo que ir allá. ¡Y lo acepto! Todas estas ideas se me ocurrieron aquí... entre estas paredes inmundas. Y hay muchos allá, son centenares los hombres subterráneos, con el pico en la mano. Oh, arrastraremos cadenas y no habrá libertad, pero entonces, en medio de nuestro gran sufrimiento renaceremos en Dios por la alegría, sin la cual el hombre no pude vivir, ni Dios existir, porque es Dios quien da la alegría, es su sublime privilegio... ¡Señor, que el hombre se desvanezca en la plegaria! ¿Cómo me las arreglaré allá, bajo tierra, sin Dios? Rakitin miente; si echan a Dios de la tierra ¡nosotros lo volveremos a encontrar bajo tierra! El presidiario no puede vivir sin Dios, menos aún que aquel que no está en presidio. ¡Y entonces, de las entrañas de la tierra, nosotros, hombres subterráneos, haremos que se eleve un himno trágico a la gloria de Dios, dispensador de la alegría! ¡Viva Dios y su alegría! ¡Lo amo!

Mitia quedó casi sin resuello cuando terminó su atropellado discurso. Había palidecido, sus labios temblaban, las lágrimas caían de sus ojos.

—La vida plena ¡esa vida existe aún bajo tierra! —continuó—. Si supieras Alioscha cómo quiero vivir ahora ¡que sed de ser y de comprender nació en mí aquí precisamente, entre estas paredes inmundas! Rakitin no comprende eso, todo lo que le interesa es hacer construir una casa y llenarla de inquilinos, pero yo te esperaba a ti. ¿Y qué es el sufrimiento? No le temo, aunque sea eterno. Ahora ya no le temo, antes le temía. Sabes, quizás ni siquiera hable en el proceso... Y me parece que ahora hay en mí tanta de esta fuerza que venceré a todos, a todos los sufrimientos, con tal que me diga y me repita a cada momento, existo. En medio de miles de sufrimientos ¡existo!; me retuerzo bajo la tortura pero ¡existo! Aun reducido a una inmovilidad de estilita, también existo. Veo el sol y aunque no lo vea sé que brilla. Ahora bien, cuando se sabe que el sol existe, eso es toda la vida. Alioscha, mi querubín, lo que me mata son todas esas filosofías ¡que el Diablo se las lleve! Iván...

—Iván ¿qué? —interrumpió Alioscha, pero Mitia no lo oyó.

—Sabes, antes no había tenido nunca ninguna de estas dudas, pero estaban ocultas en mí. Quizás fuera justamente porque ciertas ideas bullían en mí a pesar de mí mismo que me daba a la juerga, reñía y andaba rabioso. Reñía

para aplacarlas, para dorminarlas, sofocarlas. Iván no es Rakitin, él encierra una idea, Iván es una esfinge y calla, calla siempre. A mí es Dios quien me atormenta. Es lo único que me atormenta. ¿Y si por azar no existiera? Si Rakitin tuviese razón y sólo fuera una creación de la humanidad. Entonces, si no existe, el hombre es el amo de la tierra, de la creación del mundo. ¡Magnífico! Sólo que ¿cómo podrá ser virtuoso sin Dios? Esa es la cuestión. No hago más que pensar en eso. Porque ¿a quién amará entonces el hombre? ¿A quién le dará gracias, a quién le cantará loas? Rakitin ríe. Según Rakitin se puede amar a la humanidad sin necesidad de Dios. Caramba, sólo un mocosito puede afirmar eso, yo no puedo comprenderlo. La vida es fácil para Rakitin. "Preocúpate mejor, me dijo hoy, por ampliar los derechos cívicos del hombre, o también por impedir el alza del precio de la carne; así probarás tu amor por la humanidad de manera más fácil y más tangible que con la filosofía". Yo le largué esto: "Tú, le dije, sin Dios, serás quien haga subir el precio de la carne y querrás hacer un rublo de un kopec". Se enojó. Porque ¿qué es la virtud? dime Alioscha. Mi virtud es una cosa, otra cosa es la virtud de un chino, por lo tanto es algo relativo. ¿O acaso no? ¿O no es relativo? ¡Pregunta pérfida! No reirás cuando te diga que no dormí durante dos noches pensando en eso. Lo único que me sorprende ahora es que la gente pueda vivir sin pensar en eso. ¡Vanidad! Iván no tiene Dios. Tiene una idea. No a mi medida. Pero calla. Creo que debe ser francmasón. Se lo pregunté, pero calla. Quería beber agua en su fuente, pero calla. Sólo en una ocasión dijo una cosa.

—¿Qué dijo? —se apresuró a preguntar Alioscha.

—Yo le pregunté, ¿entonces, en esas condiciones, todo está permitido? Él refunfuñó. "Fédor Pávlovich —dijo— nuestro padre era un cerdo, pero razonaba bien". Es duro. Fue todo lo que dijo. Pero con todo, eso es mejor que lo de Rakitin.

—Sí —admitió con amargura Alioscha—. ¿Cuándo vino a verte?

—Ya hablaremos de eso luego, por el momento hablemos de otra cosa. Hasta hoy casi no te hablé de Iván. Reservé eso para lo último. Cuando todo haya terminado aquí y hayan dictado el veredicto, te contaré algo, te lo contaré todo. Hay algo terrible... Tú serás mi juez en este asunto. Pero por el momento no trates de hablar de ello; por el momento, silencio. Te preocupas por lo de mañana pero, aunque no lo creas, no estoy al corriente de nada.

—¿Le hablaste al abogado?

—¡De eso se trata! Le conté todo. Es un lince de la capital.¡Un Bernard!

Sólo que no cree nada de lo que le digo. Cree que yo lo maté, imagínate. Me doy cuenta muy bien.¿Por qué, si es así? —le pregunté— vino a defenderme? Me río de ellos. Hicieron venir a un médico también, quieren hacerme pasar por loco. ¡No lo permitiré! Katerina Ivánovna quiere cumplir con "su deber" hasta el fin. ¡Con sacrificio! (Mitia sonrió con amargura). ¡Qué pícara! ¡Qué corazón cruel! ¡Sabe que dije en Mokroye que era una mujer "muy irascible"! Se lo contaron. ¡Sí, los testimonios se multiplicaron como las arenas del mar!

(...)

TOMO IV, LIBRO ONCEAVO

(...)

CAP. VIII
Tercera y última entrevista con Smerdiákov

(...)

Iván lo miraba en silencio. El tono inesperado, de una arrogancia absolutamente sin precedentes del que se valía el viejo sirviente para hablarle, ya era por sí solo insólito. Ese tono, sin embargo, no era el que había usado la última vez.
—Le digo que no tiene nada que temer. No diré nada contra usted, no hay pruebas. Pero fíjese un poco como tiemblan sus manos. ¿Por qué se agitan sus dedos? Vuelva a su casa, *no es usted quien ha matado.*
Iván se estremeció, el recuerdo de Alioscha volvió a asaltarlo.
—Ya sé que no fui yo... —balbució.
—¿Usted lo sabe? —continuó Smerdiákov.
Iván dio un salto y lo tomó por los hombros.
—¡Llega al fondo, porquería! ¡Dilo todo!
Smerdiákov no estaba para nada asustado. Con un odio furibundo clavó los ojos en él.

—Así que fue usted quien lo mató —le susurró con furor.
Iván se dejó caer en su silla como si acabara de comprender. Sonrió con malignidad.
—¿Es siempre acerca de lo mismo? ¿Lo mismo que la última vez?
—La última vez usted comprendió perfectamente; y comprende ahora también.
—Lo único que comprendo es que estás loco.
—¡Qué cargoso! Estamos solos ¿de qué podría servir que intentáramos engañarnos uno al otro representando una comedia? ¿O acaso insiste usted en cargármelo a mí y en mi propia cara, además? Fue usted quien mató, usted fue el principal asesino, yo no fui sino su acólito, su fiel servidor, fue de acuerdo con sus indicaciones que lo hice.
—¿Qué lo hiciste? ¿Pero entonces fuiste tú quien lo mató? —dijo Iván helado por el espanto.
Hubo una especie de conmoción, en su cerebro y por todo su cuerpo sintió correr pequeños escalofríos helados. Esta vez el mismo Smerdiákov lo contempló con asombro; el susto de Iván, sin duda, lo había impresionado por su sinceridad.
—¿Pero es posible entonces que usted no haya sabido verdaderamente nada? —balbució incrédulo sonriendo de soslayo.
Iván seguía mirándolo, su lengua, aparentemente, estaba paralizada.

Vanka a Piter se fue
Pero yo ¡no lo esperaré!

La coplita resonó de pronto en su cabeza.
—¿Sabes?, temo que sólo seas un sueño, un fantasma sentado delante de mí —balbució.
—No hay ningún fantasma; sólo estamos nosotros dos, además de un tercero. Sin ninguna duda, ella está aquí en este momento, esa tercera persona, entre nosotros dos.
—¿Quién es? ¿Quién está aquí? ¿Qué tercera persona? —dijo Iván Fédorovich asustado, echando una mirada alrededor y buscando precipitadamente a alguien con los ojos por todos los rincones.
—Ese tercero, es Dios, la Providencia, está aquí en estos momentos, al lado de nosotros, sólo que no la busque, pues no la encontrará.
—¡Mentiste al decir que tú lo habías matado! —vociferó Iván con furor . Estás loco o estás provocándome igual que la última vez.

Smerdiákov lo miraba con mucha atención y sin asomo de miedo, como hacía un momento. Seguía sin poder vencer su desconfianza, seguía pareciéndole que Iván "sabía todo" y que simulaba para "cargarle todo a él y en su propia cara, además".

—Espere —dijo por fin con voz débil y sacando su pierna izquierda de debajo de la mesa, se puso a enrollar sus pantalones. Su pierna estaba cubierta por una larga media blanca, el pie calzado con una pantufla. Sin apresurarse Smerdiákov se quitó la liga y metió los dedos en la media profundamente. Iván Fédorovich lo miraba y de pronto se puso a temblar presa de un terror convulsivo.

—¡Un loco! —vociferó y se levantó bruscamente, se echó hacia atrás y fue a dar con sus espaldas en la pared a la cual pareció quedar adherido, tirante como el hilo de una plomada. Miraba a Smerdiákov aterrorizado, como fuera de sí. Éste, sin mostrar ninguna emoción, seguía hurgando en su media como para tomar algo y sacarlo. Por fin lo encontró y se puso a tirar. Iván Fédorovich vio que se trataba de papales o de un paquete. Smerdiákov lo sacó y lo puso en la mesa.

—¡Aquí está! —dijo en voz baja.

—¿Qué? —respondió Iván temblando.

—¿Quiere mirar? —dijo Smerdiákov con la misma voz baja.

Iván fue hacia la mesa, tomó el paquete y comenzó a deshacerlo, pero de pronto retiró rápidamente sus manos como si hubiera tocado un reptil horrible y repugnante.

—Sus dedos tiemblan convulsivamente —señaló Smerdiákov y sin precipitarse quitó el papel él mismo. En el envoltorio había tres fajos de billetes irisados de cien rublos.

—Todo está ahí, los tres mil rublos completos, no le hace falta contarlos. Tómelos —le indicó a Iván señalando el dinero con un movimiento de cabeza. Iván se dejó caer en la silla. Estaba como una sábana.

—Me diste miedo... con esa media... —dijo con una extraña sonrisa.

—¿Es posible, es verdaderamente posible que usted no haya sabido nada hasta este momento? —preguntó una vez más Smerdiákov.

—No, no sabía nada. Siempre creí que había sido Dmitri. ¡Mi hermano! ¡Mi hermano! ¡Ah! —Y metió la cabeza entre sus manos—. Escucha, ¿lo mataste tú solo? ¿Sin mi hermano o con él?

—Con usted solamente, fue con usted con quien maté, Dmitri Fédorovich es completamente inocente.

—Bueno, bueno... De mí hablaremos más tarde. ¿Qué me pasa que no dejo

de temblar?... No puedo pronunciar ni una palabra.
—Usted se mostraba más bien atrevido en esos días, "todo está permitido" decía ¡y ahora fíjese qué miedo le ha dado! —balbució Smerdiákov desconcertado—. ¿No quiere un poco de limonada? Voy a pedir. Es muy refrescante. Sólo que antes debemos esconder eso.
Y señaló otra vez el fajo con un movimiento de cabeza. Comenzó a levantarse para ir hacia la puerta a llamar a María Kondrátievna, para pedirle que preparase la limonada y la llevara, pero buscando al mismo tiempo algo con qué ocultar el dinero para que ésta no lo viera. En un primer momento sacó su pañuelo, pero como estaba otra vez muy sucio, tomó de la mesa lo único que había, el gran libro amarillo que Iván había visto al entrar y con él cubrió el dinero. El título del libro era *Sermones de nuestro santo padre Isaac el Sirio*. Iván tuvo tiempo como para descifrarlo maquinalmente.
—No quiero limonada —dijo—. Más tarde nos ocuparemos de mí. Siéntate y dime ¿cómo lo hiciste? Dime todo...

(...)

—Escucha —dijo Iván Fédorovich como si hubiera perdido el hilo de nuevo y se esforzase por comprender algo— escucha... Quería preguntarte muchas cosas todavía pero olvidé... Me lo paso olvidando cosas y me enredo... ¡Si! Dime esto, por lo menos. ¿Por qué abriste el sobre y lo dejaste en el suelo ahí mismo? ¿Por qué no te lo llevaste, simplemente...? Cuando contabas me pareció que hablabas de ese sobre como si hubiera debido hacerse con él exactamente lo que tú hiciste... pero por qué había que hacerlo, no alcanzo a comprenderlo...
—Lo hice a propósito. ¿Por qué un hombre enterado, informado, como yo por ejemplo, que ya había visto ese dinero antes, que muy bien podía haberlo puesto él mismo en ese sobre y haber visto con sus propios ojos cuando lo sellaban y escribían, por qué un hombre así, en el supuesto caso de que hubiera sido el asesino, habría necesitado abrir el sobre después del asesinato, sobre todo si se toma en cuenta lo apurado que estaría, si hubiera tenido la absoluta seguridad de que el dinero estaba allí? De mí, por ejemplo, podía suponerse que, en caso de ser el ladrón, me lo hubiese metido simplemente en el bolsillo sin preocuparme por abrirlo y hubiera salido corriendo con él. Pero no sucedía lo mismo con Dmitri Fédorovich. Él conocía la existencia del sobre sólo de oídas,

nunca lo había visto y al sacarlo, digamos, de abajo del colchón, se hubiese apresurado a abrirlo ahí mismo para asegurarse de que el dinero en cuestión estaba adentro. Y lo hubiera arrojado sin advertir que quedaría como una prueba contra él, porque es un ladrón que no acostumbra robar, que nunca hasta entonces ha cometido un verdadero robo, dado que es noble de nacimiento, y que si ha decidido hacerlo, no es precisamente para robar, sino solo para recuperar un bien que le pertenece, como de antemano lo ha gritado a los cuatro vientos. Y hasta se ha jactado públicamente de que iría a arrebatarle a Fédor Pávlovich lo que a él pertenecía. Yo no le expuse esta idea de manera explícita al fiscal durante el interrogatorio, pero se la di a entender indirectamente, como si yo mismo no tuviese clara conciencia, como para que creyera que se le había ocurrido a él y no que yo se la había soplado. Al fiscal se le hizo la boca agua con eso...

—¿Realmente pudiste improvisar todo eso en el momento, ahí mismo? —exclamó Iván Fédorovich estupefacto. Miraba a Smerdiákov con miedo otra vez.

—Vamos ¿acaso se podría improvisar algo así con tanta rapidez? Todo estaba planeado de antemano.

—Qué bien, qué bien... ¡Ni que el mismo Diablo te hubiera dado una mano! —exclamó Iván Fédorovich—. No, tu no eres tonto, eres mucho más inteligente de lo que yo creía...

Y se levantó con la intención de dar algunos pasos por el cuarto. Era presa de una profunda angustia. Pero como la mesa impedía el paso y casi había que escurrirse entre ella y el muro, sólo giró en el mismo lugar y volvió a sentarse. El hecho de no haber podido desentumecer las piernas quizás haya sido lo que lo irritó bruscamente, de modo que fue casi con la misma rabia que al principio que repentinamente vociferó.

—¡Escucha miserable, hombre vil! ¿Es posible que no entiendas que si aún no te he matado, es para que puedas responder por tus actos mañana en la audiencia? Dios es testigo (Iván levantó los brazos) de que quizás yo también haya sido culpable, tal vez, en efecto, desease secretamente... la muerte de mi padre, pero te juro que no he sido tan culpable como tu crees y tal vez nunca te haya impelido. ¡No, no, yo no te impulsé! Pero es lo mismo. Mañana lo diré todo en la audiencia ¡estoy decidido! Lo diré todo. Pero compareceremos juntos ¡tu y yo! Y digas lo que digas contra mi en el proceso, cualquiera que sea tu declaración, la acepto y no te temo. ¡Lo confirmaré todo yo mismo! ¡Pero tú también tendrás

que confesar ante los jueces! ¡Debes hacerlo, debes hacerlo, iremos juntos! ¡Así será!

Iván pronunció estas palabras con tono solemne y enérgico y sólo con mirar sus ojos chispeantes se veía que así sería en realidad.

—Usted está enfermo, ya veo, completamente enfermo. Tiene los ojos todos amarillos —dijo Smerdiákov, pero sin ninguna ironía, hasta con una especie de compasión.

—¡Iremos juntos! —repitió Iván—. Y si tu no vas, poco importa, confesaré solo.

Smerdiákov calló por un instante; parecía reflexionar.

—Nada de todo eso sucederá y usted no irá —sentenció por fin con un tono que no admitía réplica.

—¡Tu no me comprendes! —lanzó Iván, como un reproche.

—Se avergonzará demasiado si se acusa de todo. Y sobre todo será inútil, completamente inútil, porque yo declararé abiertamente que nunca le dije nada parecido; y se creerá que está enfermo (de lo cual tiene el aspecto) o que siente tanta piedad por su hermano que está dispuesto a sacrificarse e inventa esas acusaciones contra mí, a quien de todos modos, en toda su vida, consideró como un monigote y no como un ser humano. ¿Quién le creerá, vamos a ver? ¿Tiene alguna prueba, aunque sea una sola?

—Escucha, con seguridad que me mostraste ese dinero para convencerme.

Smerdiákov levantó a Isaac el Sirio y dejó al descubierto los fajos.

—Tome este dinero y lléveselo —dijo con un suspiro.

—¡Por supuesto que me lo llevaré! Pero ¿por qué me lo devuelves si fue por eso que mataste? —preguntó Iván mirándolo con profunda sorpresa.

—No lo quiero —dijo Smerdiákov con voz trémula y haciendo un ademán de renunciamiento con la mano—. Por un momento pensé que este dinero me permitiría instalarme en Moscú o, mejor todavía, en el extranjero. Eso fue lo que soñé, sobre todo porque "todo está permitido". Y es cierto que eso me lo enseñó usted, entonces me decía muchas cosas como esa; claro, si el Dios eterno no existe, tampoco existe la virtud, y por otra parte, no se la necesita para nada. Lo decía con mucha seriedad. A esa conclusión llegué.

—¿Y llegaste sólo? —preguntó Iván sonriendo de soslayo.

—Llevado por usted.

—¿Y ahora crees en Dios y por eso devuelves el dinero?

—No, no creo en eso —murmuró Smerdiákov.

—Entonces ¿por qué lo devuelves?

—Vamos... ¡no vale la pena! —dijo Smerdiákov—. Usted siempre decía que todo está permitido y ahora, no se sabe por qué, está muy inquieto. Hasta quiere ir a acusarse a sí mismo... ¡Sólo que no sucederá nada parecido! ¡Usted no irá a acusarse! —sentenció otra vez Smerdiákov con firmeza y convicción.

—¡Ya verás! —dijo Iván.

—No es posible. Usted es muy inteligente. Le gusta el dinero, lo sé; le gusta también que se lo respete, porque es muy orgulloso, le gustan con exceso los encantos femeninos y por sobre todo, vivir en una apacible holgura y no tener que acudir a nadie, eso por sobre todo. Usted no querrá arruinar su vida para siempre pasando por una tan grande vergüenza en el proceso. Usted es como Fédor Pávlovich; de todos sus hijos usted es el que más se le parece, tiene la misma alma que él.

—No eres tonto —dijo Iván impresionado y la sangre le subió a la cara—. Te creía tonto. ¡Hablas seriamente ahora! —observó como si estuviera viendo a Smerdiákov por primera vez.

—Era por orgullo que me creía estúpido. Tome el dinero.

Iván tomó los tres fajos de billetes y los metió en su bolsillo sin envolverlos.

—Los presentaré mañana en el proceso —dijo.

—Nadie le creerá, dado que usted posee mucho dinero ahora. Podría haberlo sacado de su caja para traerlo.

Iván se levantó.

—Te repito que si no te maté fue únicamente porque te necesito mañana. ¡Recuérdalo, no lo olvides!

—Máteme ¿por qué no? Máteme ahora —dijo repentinamente y de manera extraña Smerdiákov, mirando de manera extraña a Iván—. Tampoco se atreverá a hacer eso —agregó con una sonrisa amarga—. Usted no se atreverá a hacer nada, ¡usted, que fue tan audaz!

—¡Hasta mañana! —gritó Iván y se dirigió hacia la puerta.

—Espere... muéstremelos una vez más.

Iván sacó los billetes de su bolsillo y se los mostró. Smerdiákov los miró durante diez segundos.

—Bueno, váyase —dijo con un gesto de resignación—.

Iván Fédorovich —gritó de pronto.

—¿Qué quieres? —respondió éste volviéndose sin detenerse.

—¡Adiós!

—¡Hasta mañana! —gritó de nuevo Iván y salió.

TOMO IV,, LIBRO ONCEAVO

(...)

CAP. IX
El Diablo. La pesadilla de Iván Fédorovich.

(...)

—Pero yo no miento, todo es verdad. Desgraciadamente la verdad casi nunca es divertida. Tú esperabas de mí, lo veo, algo grande y tal vez algo hermoso. Es una lástima, pero sólo puedo darte lo que tengo.
—¡Nada de filosofía, asno!
—¡Como si se tratara de filosofía! Tenía todo el lado derecho paralizado, gemía y suspiraba. Consulté a toda la Facultad. Para diagnosticar se las arreglan a la perfección, describen toda la enfermedad con pelos y señales, pero en cuanto a curarla, no saben cómo hacerlo. Había un pequeño estudiante entusiasta. "Aunque muera —me dijo— ¡por lo menos sabrá perfectamente de qué enfermedad murió!". También saben derivarte a especialistas con gran elegancia. Nosotros nos limitamos a diagnosticar, pero vaya a ver a este especialista y él lo curará. Ha desaparecido para siempre, para siempre, te lo aseguro, el viejo médico que curaba todas las enfermedades. Hoy hay sólo especialistas y todos hacen publicidad en los diarios. Por poco que te duela la nariz, te envían a París. Allí, un especialista de renombre europeo cura la nariz. Llegas a París y te examina la nariz. Yo, dirá, sólo puedo curar el lado derecho. ¿Qué se puede hacer? Eché mano a los remedios populares, un doctor alemán me aconsejó que me hiciera fricciones con miel y sal, en el baño. Lo hice, pero sólo por ir una vez más a los baños. Me embadurné todo, pero no sirvió para nada. Desesperado, le escribí al conde Mattei, de Milán. Me envió un libro y unas gotas. ¡Que Dios lo perdone! Y fíjate ¡fue el extracto de malta de Hoff lo que me curó! Lo había comprado de casualidad, tomé un frasco y medio y ya estaba listo para ir a bailar. Todo había desaparecido de golpe. Decidí no dejar de publicar un "gracias" en los diarios, el sentido de la gratitud se imponía; entonces, creémelo, aquello fue otra historia. ¡Ningún diario lo aceptó! "Sería muy retrógrado, decían, nadie lo creería, *le diable n'existe point* [1]. "Publíquelo de manera anónima" me

aconsejaban. Pero ¿de qué sirve un "gracias" si es anónimo? Bromeaba con los empleados. "En nuestros días, lo retrógrado es creer en Dios le decía, pero yo soy el Diablo, en mí se puede creer".

—Comprendemos —decían— ¿quién no cree en el Diablo? pero de todos modos no es posible, puede dañar la imagen del diario. ¿Si se lo presentara como una broma, quizás? Caramba, como broma —pensé— no tendría gracia. Y se negaron terminantemente a publicarlo. Y créeme, me dio pena. Mis mejores sentimientos, como el de gratitud, por ejemplo, me están formalmente prohibidos debido a mi posición social.

—¿Insistes con tu filosofía? —gruñó Iván con rencor.

—Dios no lo permita; pero uno no puede dejar de quejarse a veces. Soy un hombre calumniado. Fíjate, tú me dices a cada momento que soy imbécil. En seguida se nota la juventud en eso. ¡Amigo mío, sólo la inteligencia cuenta! Mi corazón es, por naturaleza, sensible y alegre, "yo también escribí vodeviles". Creo que me tomas decididamente por un Jlestakov[2] entrado en años y, sin embargo, mi destino es mucho más serio. Por una predestinación que jamás pude comprender, he sido designado para "negar"; sin embargo, soy sinceramente bueno y completamente inepto para la negación. "No, ve y niega; sin negación no habría crítica". ¿Y qué es un diario sin su "sección de crítica"? Sin la crítica, todo sería hosannas. Pero para vivir no basta con hosannas, es preciso que el hosanna pase por el crisol de la duda, y me decían más y más cosas por el estilo. Por otra parte, no tengo nada que ver en todo eso, yo no soy el autor ni soy el responsable. Y bueno, eligieron un chivo emisario, lo obligaron a escribir en la sección de crítica y se hizo la vida. Nosotros comprendemos esta comedia. Yo, por ejemplo, reclamo francamente y simplemente mi aniquilamiento. No, vive —dicen—, porque sin ti nada sería posible. Si en la tierra todo fuera razonable, no sucedería nada. Sin ti no habría ningún acontecimiento; ahora bien, es preciso que los haya. Entonces yo trabajo tascando el freno para que haya acontecimientos y creo lo irrazonable según se me ordena. Los hombres toman toda esta comedia en serio, a despecho de su indiscutible inteligencia. En esto radica su drama. Y sí, sufren seguramente, pero... en cambio viven, viven la realidad y no la fantasía; porque el sufrimiento es la vida. Sin el sufrimiento ¿qué habría de placentero? Todo quedaría reducido a un interminable servicio de acción de gracias. Sería muy piadoso, pero más bien aburrido. Veamos ¿y yo? Por más que sufra, de todos modos no vivo. Yo soy la incógnita de la ecuación. Soy una especie de espectro que ha perdido todos sus títulos y posesiones y que acabó por olvidar hasta su propio nombre. Ríes... no, no

rías; te enojas de nuevo. Estás todo el tiempo enojándote, para ti la inteligencia lo es todo, pero te digo una vez más que daría toda esa vida supraestelar sólo para encarnar con el alma de una tendera de cien kilos y encenderle cirios a Dios.

—Cómo, si tu tampoco creías en Dios. —E Iván sonrió con rencor.

—Es decir, cómo puedo explicártelo; si supiera que hablas seriamente...

—¿Dios existe, sí o no? —gritó de nuevo Iván con una insistencia feroz.

—¡Ah! ¿Va en serio entonces? Querido, te juro que lo ignoro; te doy mi palabra.

—¿Lo ignoras? Pero ¿tú ves a Dios? ¡No, tú no existes por ti mismo, tú eres *yo*, tú eres *yo* y ninguna otra cosa! ¡Eres una basura, eres mi imaginación!

—Es decir, si te parece, que profesamos la misma filosofía. Eso estaría bien. *Je pense, donc je suis*[3], de eso estoy seguro; en cuanto a todo lo otro que me rodea, todos esos mundos, Dios y hasta el mismo Satán, todo eso no me ha sido probado que tenga existencia propia o sea sólo una proyección mía, provisionalmente y personalmente... en una palabra, aquí me detengo, porque se diría que vas a echarte sobre mí para pegarme.

(...)

—Déjame, golpeas mi cerebro como una obsesiva pesadilla —gimió dolorosamente Iván, sin fuerzas ante su visión—; ¡me aburro contigo de manera insoportable y torturante! No sé qué daría por poder echarte.

—Te lo repito, modera tus exigencias, no exijas de mí "todo lo que es grande y hermoso" y ya verás como vamos a llevarnos bien —respondió el *gentleman* persuasivo—. Verdaderamente, me guardas rencor porque no me presenté a ti en medio de un fulgor rojo "tonante y resplandeciente", con alas chamuscadas, por haberlo hecho con un aspecto tan modesto. Te sientes herido, primero, en un sentido estético y segundo, en tu orgullo. ¿Cómo un Diablo tan trivial ha podido entrar en lo de un tan grande hombre? Sí que hay en ti esa fibra de romanticismo ya tan ridiculizada por Bielinski. ¡Qué le vamos a hacer, joven! Hace un rato, cuando venía hacia tu casa, pensé en hacer mi aparición sólo por bromear con el aspecto de un Consejero de Estado retirado que hubiese servido en el Cáucaso, con la estrella del León y del Sol en mi solapa, pero decididamente no me atreví; me hubieras pegado por el solo hecho de haber osado abrochar a mi traje el León y el Sol, en lugar de la estrella Polar o Sirio, por lo menos. Y te lo pasas diciendo que soy imbécil. Pero no, Dios mío, no pretendo ser tu igual por la inteligencia.

Cuando Mefistófeles va a Fausto afirma que quiere el mal pero sólo hace el bien. En fin, era cosa de él, pero yo soy todo lo contrario. Yo quizás sea el único hombre en toda la naturaleza que ama la verdad y desea sinceramente el bien. Yo estaba presente cuando el Verbo muerto en la cruz subió al cielo llevando en su seno el lema del ladrón crucificado a su derecha, oí las voces de los querubines cantando y clamando "Hosanna" y el clamor de la alegría de los serafines que estremecía el cielo y a toda la creación. Y te lo juro por todo lo que hay de sagrado, quería unirme al coro y gritar con todos ellos "Hosanna". Ya escapaba el grito, ya surgía de mi pecho... yo soy, sabes, muy sensible e impresionable desde el punto de vista artístico. Pero el sentido común —oh, ese es mi más desdichado rasgo de carácter— me hizo una vez más no exceder los límites de lo correcto ¡y dejé pasar el momento! En ese momento pensé qué sucedería después de mi hosanna. Inmediatamente después todo se extinguiría en el mundo y ya no sucedería más nada. Y así, únicamente por deber profesional y por mi situación social, me vi obligado a sofocar en mí la tendencia buena y a seguir con la mala. Hay alguien que se atribuye todos los honores del bien y a mí me ha dejado sólo las ruindades en el reparto. Pero no envidio el honor de vivir a expensas de los demás, yo no soy ambicioso. ¿Por qué, de todos los seres del mundo, sólo yo he sido condenado a recibir las maldiciones de toda la gente de bien y hasta sus puntapiés? Porque cuando encarno a veces tengo que aceptar también esas consecuencias. Sé muy bien que en todo eso hay un secreto, pero es un secreto que no me quieren revelar, porque si llegara a saber de qué se trata, muy bien podría entonces lanzar el Hosanna e inmediatamente desaparecería el indispensable elemento negativo, la cordura imperaría en el mundo entero y, con ella, no hace falta decirlo, sobrevendría el fin de todo, hasta de los diarios y periódicos porque, en tal situación ¿a quién se le ocurriría suscribirse? Sé muy bien que cuando llegue el final tomaré partido, yo también consumaré mi cuatrillón y conoceré el secreto. Pero hasta que esto suceda trato de arreglármelas y tascando el freno, cumplo con mi obligación; pierdo a millares por la salvación de uno solo. A cuántas almas, por ejemplo, hubo que perder y cuántas inmaculadas reputaciones que mancillar para obtener a un solo justo, Job, por culpa de quien me atraparon de tan mala manera hace tiempo. No, mientras el secreto no sea revelado, sólo existen dos verdades para mí; una, esa de abajo, la de ustedes, que por el momento me es absolutamente desconocida; otra, la mía. Y aún queda por saber cuál de las dos es

superior... ¿Duermes?
—¡De ninguna manera! —gruñó con malignidad Iván—. Todo cuanto hay de estúpido en mi naturaleza, desde hace tiempo superado y pulverizado en mi cerebro, rechazado como carroña... ¡me lo ofreces ahora como una novedad!
—¡Tampoco con esto conseguí ser de tu agrado! Y yo que hasta pensaba seducirte con mi exposición literaria. ¿Ese Hosanna en el cielo no estuvo mal, no crees? Además, ese tono sarcástico, a lo Heine ¿no te parece?
—No ¡yo nunca fui un lacayo! ¿Cómo pudo mi alma, entonces, engendrar un lacayo como tú?
—Amigo mío, conozco a un gentil y delicioso joven señor ruso, joven pensador y gran aficionado a la literatura y a las cosas hermosas, autor de un poema que promete, intitulado "El Gran Inquisidor" ... ¡Sólo en él pensaba!
—¡Te prohibo que hables del "Gran Inquisidor" —exclamó Iván, rojo de vergüenza.
—Y "El cataclismo geológico" ¿lo recuerdas? ¡Eso sí que es verdaderamente un poema!
—¡Cállate o te mato!
—¿A mí vas a matarme? No; tendrás que disculparme pero iré hasta el fondo del asunto. Fue para disfrutar ese placer que he venido. ¡Oh, me gustan los sueños de mis jóvenes amigos ardientes, estremecidos por la sed de vida! "Allá hay hombres nuevos" , te dijiste la última primavera cuando viniste hacia aquí, quieren destruirlo todo y volver a empezar por la antropofagia. ¡Imbéciles, no me consultaron! En mi opinión no es necesario destruir nada, sólo hay que extirpar a la humanidad la idea de Dios ¡es por ahí por donde hay que comenzar! ¡Por ahí, es por ahí que hay que comenzar, oh, ciegos que no comprenden nada! Una vez que la humanidad entera haya abjurado de Dios (y tengo fe en que esta era, por analogía con las eras geológicas, advendrá) toda la antigua concepción del mundo se derrumbará sola, sin antropofagia y sobre todo la vieja moral y algo completamente nuevo comenzará. Los hombres se unirán para tomar de la vida todo aquello que les pueda ofrecer, pero exclusivamente lo que les procure dicha y alegría sólo en este mundo. El hombre se elevará merced a un orgullo titánico de Dios, y el hombre—dios nacerá. Vencedor de la naturaleza a cada momento con su voluntad y su ciencia, esta vez sin límites, de ello obtendrá el hombre en todo momento un tan alto goce que por sí solo valdrá para él tanto como las

antiguas esperanzas de delicias celestes.Todos sabrán que son irremediablemente mortales, sin resurrección, y aceptará su destino con orgullo y con calma, como un dios. Comprenderá, por orgullo, que no debe quejarse porque la vida dure tan solo un instante y amará entonces a sus hermanos sin esperar ninguna recompensa. El amor sólo satisfará por el instante que dure la vida, pero la conciencia misma de su brevedad aumentará su ardor tanto como antes lo dispensaba en la esperanza de un amor para después de la muerte y el infinito... en fin, y el resto y todo lo demás por el estilo. ¡Muy lindo todo!

Iván se tapaba las orejas con las manos y miraba al suelo, pero todo su cuerpo se puso a temblar. El visitante prosiguió.

—Ahora se trata de saber si mi joven pensador se había preguntado si era posible que una era así comenzara alguna vez. En caso afirmativo, todo está resuelto y la humanidad se organizará de una vez por todas. Pero dado que por culpa de la inveterada idiotez humana eso quizá no suceda sino dentro de mil años, a quienes ya están convencidos de esa verdad, les está permitido organizarse desde ahora como les plazca, con bases nuevas. En ese sentido "todo les está permitido". Más aún, aun cuando esta era no llegue nunca y como Dios y la inmortalidad no existen de todos modos, al hombre nuevo le está permitido convertirse en hombre—dios, así fuese el único en todo el mundo y por supuesto, dado su nueva jerarquía, romper, llegado el caso, toda vieja barrera moral propia del hombre—esclavo. ¡Para Dios no hay ley que valga! ¡Donde Dios esté, ese es el lugar de Dios! Allí donde yo esté, allí será también el principio... "todo está permitido" ¡y basta! Todo está muy bien, sólo que si se tiene ganas de hacer trampa, uno puede preguntarse para qué ha de seguir buscando la sanción de la verdad. Pero así es nuestro buen hombre ruso moderno, sin esa sanción no se atreverá a hacer trampa, pues es muy grande su apego a la verdad...

El visitante se había dejado llevar, evidentemente, por su propia elocuencia y alzaba la voz cada vez más y echaba miradas irónicas al dueño de casa; pero no tuvo tiempo de acabar. Iván tomó bruscamente un vaso de la mesa y se lo arrojó al vuelo al orador.

—*Ah! mais c'est bête enfin*![4] —exclamó éste dando un salto y sacudiéndose las gotas de té de sus ropas—. ¡Te acordaste del tintero de Lutero! ¡Me cree un sueño y le tira vasos a ese sueño! ¡Como una mujer! Ya me parecía que sólo estabas fingiendo que te tapabas las orejas y me escuchabas...

TOMO IV, LIBRO DOCEAVO

(...)

CAP. VI

La requisitoria. Retrato del acusado.

(...)

—Señores del jurado —comenzó el fiscal—, este caso ha tenido repercusión en toda Rusia. Pero, según parece, no hay motivos para asombrarse ¿por qué se ha de estar horrorizado? Y sobre todo nosotros ¿por qué nosotros? ¡Estamos tan acostumbrados a todo! Y eso es lo terrible ¡que tan siniestros asuntos casi hayan dejado de inspirarnos horror! He aquí algo por lo cual podemos sentirnos horrorizados con todo derecho, por esa costumbre que hemos adquirido y no por el crimen aislado de tal o cual individuo. ¿Cuáles son entonces las causas de nuestra indiferencia, de nuestras reacciones tibias en el mejor de los casos, frente a estos asuntos, a estos signos de los tiempos que presagian un porvenir tan poco envidiable? ¿Será acaso nuestro cinismo, el agotamiento prematuro del espíritu y de la imaginación de nuestra sociedad, tan joven pero ya tan envejecida? ¿Será que nuestros principios morales han sido conmovidos hasta en sus cimientos o quizás ya no nos queda nada de esos principios? No resolveré ahora estas cuestiones, pero ahí quedan mortificándonos y cada ciudadano no sólo ha de padecerlas sino que es su deber hacerlo. Nuestra prensa naciente, tímida aún, ya ha prestado sin embargo servicios a la sociedad, dado que sin ella nunca hubiéramos conocido bien esos horrores de la voluntad desbocada y de la abyección moral que nos muestra sin descanso en sus columnas a todos y no sólo a aquellos que frecuentan las salas de audiencia de la nueva justicia pública que nos ha sido dada bajo el presente reino. ¿Y qué es lo que leemos casi a diario? ¡Oh, leemos a cada instante cosas al lado de las cuales hasta el caso presente palidece y reviste un aspecto banal! Pero lo más grave es que una multitud de nuestras causas rusas, de nuestras causas criminales nacionales, son testimonio, justamente, de algo general, de algún mal colectivo que se ha entronizado entre nosotros y con el cual, como un flagelo social, ya es difícil luchar. ¡Aquí, un joven oficial de la alta sociedad, cuando apenas comenzaba

su vida y su carrera, degüella cobardemente, solapadamente, sin ningún remordimiento, a un modesto funcionario que es poco más o menos su protector y a su sirvienta para recuperar un pagaré y al mismo tiempo robarle su dinero! "Me será útil para mis placeres mundanos y para mi carrera", se dice. Después de degollar a los dos, se va, no sin antes haber puesto una almohada bajo las cabezas de los cadáveres. Allá, un joven héroe cubierto de medallas por su bravura, mata como un bandido, en medio de un camino, a la madre de su jefe y benefactor y para dar ánimos a sus compañeros les asegura que ella "lo ama como a su propio hijo", que seguirá todas sus indicaciones sin tomar ninguna precaución". Admito que se trata de un monstruo, pero hoy, en nuestros días, ya no me atrevo a decir que sea un monstruo aislado. Otro no degollará, pero sentirá y pensará exactamente como él y en el fondo estará tan falto de honor como él. A solas con su conciencia quizá se pregunta:"¿Y qué es el honor; condenar el derramamiento de sangre no será un prejuicio?" Puede que me lancen gritos de indignación y que digan que soy un enfermo, un histérico, que calumnio monstruosamente, que divago, que exagero. Ojalá que así sea ¡y por Dios que seré el primero en alegrarme por ello! No me crean, considérenme un enfermo pero no obstante recuerden mis palabras. Aunque en ellas hubiera sólo una décima parte, una vigésima parte de verdad ¡aún entonces sería terrible! ¡Miren, señores, miren cómo nuestros jóvenes se levantan la tapa de los sesos! ¡Y sin hacerse ninguna pregunta a lo Hamlet —¿Qué habrá *más allá*?— sin siquiera la sombra de una pregunta así!, como si el problema del alma y de lo que nos espera después de la muerte no existiera más desde hace mucho tiempo para ellos, como si hubiese sido muerto y enterrado. Fíjense por fin en nuestra depravación, en nuestro desenfreno. Fédor Pávlovich, la desgraciada víctima del caso que nos ocupa, es casi un niño inocente al lado de algunos de ellos. Ahora bien; todo lo conocimos, "vivía entre nosotros"... Sí, los espíritus más eminentes, los nuestros y los de Europa, tal vez se ocupen un día de la psicología del crimen ruso, porque el tema lo merece. Pero este estudio se encarará más tarde, con serenidad, cuando se haya dejado atrás este enredo trágico se lo podrá estudiar con más pertinencia e imparcialidad que la que puede haber en gente como yo, por ejemplo. Por el momento, estamos horrorizados o fingimos que lo estamos, sin dejar de disfrutar por ello el espectáculo como buenos aficionados a las sensaciones fuertes, excéntricas, que se sacan de encima su ocio cínicamente perezoso, o en fin, como niños que tratan de espantar horribles fantasmas y esconden la cabeza bajo la almohada a la espera de que se vayan, resueltos a olvidarlos

inmediatamente dándose a la alegría y a los juegos. Pero también nosotros un día tendremos que comenzar a vivir con lucidez y cordura y también tendremos que echar una mirada a nosotros mismos en tanto que sociedad y deberemos tomar conciencia de la cosa pública o por lo menos comenzar a darnos cuenta. Un gran escritor de la época anterior, como conclusión de la más grande de sus obras [1], personificó a Rusia como una troika rusa corriendo hacia un destino desconocido y exclamó, "¡Ah! troika, pájaro—troika ¿quién te inventó?" y con orgulloso entusiasmo agregó que delante de esa troika que corría alocadamente, todos los pueblos se apartarían con respeto. Y así es, señores, admitámoslo, admitamos que se apartan, con respeto o no, pero en mi humilde opinión, el genial artista terminó su libro en un rapto de exaltación pueril e ingenua o simplemente con temor a la censura de la época. Porque al atar a su troika sólo a sus propios héroes, los Somakévich, los Nozdrez y los Chichokóvich ¡no tenía importancia quién fuera el cochero pues no habría llegado a nada bueno con esos corceles! Ahora bien; esos sólo eran corceles de antes que no podrían competir con los de hoy, hoy tenemos mejores...

Aquí el discurso de Ippolit Kirillovich fue interrumpido por aplausos. La audacia de la imagen de la troika rusa gustó. Es cierto que fueron sólo dos o tres aplausos que sonaron, tanto como que el presidente no creyó necesario dirigir al público la amenaza de que "haría evacuar" la sala y se limitó a echar una mirada seria a los perturbadores. Pero Ippolit Kirillovich se sintió alentado ¡nunca hasta entonces lo habían aplaudido! ¡Durante tantos años se habían rehusado a escucharlo y de pronto tenía la posibilidad de hacerse oír por toda Rusia!

—En efecto —continuó— ¿qué familia es ésa, la de los Karamázov, que de pronto adquirió una notoriedad tan triste en toda Rusia? Quizás exagere, pero me parece que en la imagen de esa familia se encontrarán ciertos elementos fundamentales de nuestra sociedad esclarecida de hoy; oh, no todos los elementos y los que hay se manifiestan sólo en proporciones infinitesimales, "como el sol en una gota de agua", pero algo se manifestó en ella sin embargo. Vean a ese desdichado viejo depravado y sin principios, ese "padre de familia" que encontró un tan triste fin. De noble cuna, habiéndose iniciado en la vida como un pobre parásito, habiendo, gracias a una boda inesperada e imprevista, recibido un pequeño capital como dote, en un principio un pequeño pícaro y payaso adulón, con un embrión de inteligencia, no desdeñable por otra parte y ante todo usurero. Con los años, es decir, a medida que se incrementa su fortuna, va cobrando seguridad. La

humildad y la adulonería desaparecen y sólo queda un cínico malo y burlón, un lujurioso. Lo espiritual es desdeñado por completo y la sed de vivir es insaciable. Todo se redujo para él a que por sobre el goce de los sentidos no hay nada en la vida y fue lo que enseñó a sus hijos también. De los deberes morales como padre, nada. Le importaron poco, crió a sus hijos en el patio trasero y se alegró cuando se los llevaron. Llegó a olvidarlos por completo. Todos los principios morales del viejo se reducían a *après moi le déluge* [2]. Era todo lo opuesto a lo que es un ciudadano, vivía en un aislamiento total y casi hostil, atento a la máxima según la cual "Si yo estoy bien, que perezca el mundo entero". Y él está bien, está muy contento, desea vivir así veinte años más todavía. Embauca a su propio hijo y con su dinero, con la herencia de la madre que se niega a devolverle le disputa su amante. No, no quiero ceder la defensa del acusado al muy distinguido abogado venido de Petersburgo. Yo mismo diré la verdad, comprendo muy bien cuánta indignación ese padre hizo que se cumulara en el corazón de su hijo. Pero basta, ya dijimos bastante de ese infortunado viejo, ya pagó. Recordemos, sin embargo, que era un padre y un padre contemporáneo. ¿Cometería una injusticia para con la sociedad si dijera que era uno de los muchos padres contemporáneos? ¡Y sí! La única diferencia es que muchos de esos padres contemporáneos no se comportan con tanto cinismo como éste, porque están mejor educados, son más instruidos, pero en el fondo su filosofía es casi idéntica. Pero admitamos que soy un pesimista, admitámoslo. Ya habíamos convenido en que ustedes me perdonan. Ahora convengamos en esto de antemano, no me crean, yo hablaré y ustedes no me crean. Pero, no obstante, déjenme explicarme y les aseguro que no olvidarán algunas de mis palabras. Aquí están los hijos de ese padre de familia; uno de ellos está delante de ustedes, en el banquillo de los acusados y de él hablaremos más tarde. De los otros sólo hablaré de paso. De estos dos, el mayor es uno de esos jóvenes modernos, con una brillante cultura, muy inteligente, pero que no obstante ya no cree en nada, que ya ha rechazado mucho y renegado de muchas cosas en la vida, exactamente como su padre. Ya todos sabemos que se lo recibía como amigo en nuestra mejor sociedad. Él no ocultaba sus opiniones, al contrario, muy al contrario diría yo, lo que me permite hablar ahora de él con cierta franqueza, no por supuesto con carácter personal, sino sólo en su condición de miembro de la familia Karamázov. Ayer murió aquí, se suicidó en un suburbio de la ciudad, un idiota enfermo, estrechamente relacionado con el presente caso, antiguo sirviente y tal vez hijo natural de Fédor Pávlovich, Smerdiákov. Cuando la instrucción, me contaba con lágrimas de

histeria cómo ese joven Karamázov, Iván Fédorovich, lo había horrorizado por su carencia de sentido moral. "Todo está permitido en este mundo, según él, de ahora en adelante nada debe ser prohibido; eso era lo que me enseñaba siempre". Según parece, fue precisamente esa tesis que se le inculcó lo que hizo que el idiota perdiera definitivamente la razón, aunque su desequilibrio mental y la epilepsia que lo afectaban también hayan influido, así como todo ese terrible drama que estalló en la familia. Pero una muy curiosa observación se le escapó a ese idiota, observación que hubiera sido motivo de orgullo hasta para un observador inteligente. Y es por eso que la menciono. "Si hay uno de los hijos —me dijo— que por su carácter se parezca más a Fédor Pávlovich, ese es él ¡Iván Fédorovich!" Con esta observación concluyo la síntesis que había comenzado, pues considero poco delicado seguir adelante.

(...)

NOTAS

* Nota de "Referencias...". *Starets*: literalmente "El anciano"; monje de gran santidad dedicado a la meditación y la penitencia.

Libro quinto, Cap. V: El gran inquisidor:
1. El buen juicio de la muy santa y llena de gracia virgen María. (En francés en el original)
2. Así en el original.
3. Levántate, muchacha.

Libro onceavo, Cap. IX: El Diablo. La pesadilla de Iván Fédorovich:
1. El diablo no existe. (En francés en el original.)
2. Principal personaje de *El inspector* do Gogol.
3. Pienso, luego existo. (En francés en el original.)
4. ¡Ah, pero qué estupidez! (En francés en el original.)

Libro doceavo, Cap. VI: La requisitoria. Retrato del acusado.
1. Gogol. Las almas muertas.
2. Después de mí, el diluvio. (En francés en el original.)

Dios ha muerto
Martin Heidegger, Friedrich Nietzsche

En El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, *Lacan se refiere al mito de* Dios ha muerto *de Nietzsche y de Freud en dos oportunidades.*

"Después de todo, (Freud) coincide con Nietzsche para enunciar, con su propio mito, que Dios ha muerto. Y ello, quizá, debido a las mismas razones de fondo. Pues este mito del Dios ha muerto *—respecto del cual estoy mucho menos seguro, como mito, entiéndase bien, que la mayoría de los intelectuales contemporáneos, lo cual no equivale en absoluto a una declaración de teísmo ni de fe en la resurrección— acaso no es más que el abrigo que encontraron contra la amenaza de la castración." (Capítulo II, "El inconsciente freudiano y el nuestro").*

"Ya que la verdadera fórmula del ateísmo no es que Dios ha muerto *—aún fundando el origen de la función del padre sobre su asesinato, Freud protege al padre— la verdadera fórmula del ateísmo es* Dios es inconsciente. *" (Capítulo V, "Tyché y automaton").*

Este tema ya había sido abordado en El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis: *"Si el mito del origen de la Ley se encarna en el asesinato del padre, de ahí salieron esos prototipos que se llamaron sucesivamente el animal tótem, luego tal dios, más o menos poderoso o celoso y, a fin de cuentas, el dios único, Dios el Padre. El mito del asesinato del padre es, efectivamente, el mito de una época para la cual Dios está muerto.*

Pero si Dios está muerto para nosotros, lo está desde siempre, y esto precisamente nos dice Freud."

Esta alusión a Nietzsche se encuentra en el capítulo XIII, llamado "La muerte de Dios". El mito del origen de la Ley y el asesinato del padre son desarrollados también

por Lacan a lo largo de los dos capítulos siguientes, y es retomado en el capítulo VIII de El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*: "La muerte del padre, en tanto se hace eco de este enunciado que tiene un centro de gravedad nietzscheano, de este anuncio, de esta buena nueva, que Dios ha muerto, no me parece, ni mucho menos, de naturaleza tal que deba liberarnos.*
(...) Es cierto que el punto extremo del psicoanálisis es el ateísmo, a condición de dar a este término otro sentido que el de Dios ha muerto, del que todo indica que, lejos de poner en cuestión lo que está en juego, es decir la ley, más bien la consolida."

Referencias... *ha seleccionado en la obra de Nietzsche, los parágrafos 125 y 343 de* La Gaya Ciencia*; el apartado 2 del "Prólogo", y "Jubilado" de la cuarta parte de* Así habló Zaratustra *y "Cómo el 'mundo verdadero' acabó convirtiéndose en una fábula" de* Crepúsculo de los ídolos.
Anteponemos a estos fragmentos algunos párrafos de "La frase de Nietzsche: 'Dios ha muerto'" en Sendas perdidas *de Martín Heidegger, que, si bien no se trata de una referencia indicada por Lacan, ofrece una lectura posible de esta frase fundamental del pensamiento nietzscheano.*

Heidegger, Martín (1889-1976). Sendas perdidas. *Bs. As., Editorial Losada S. A., 1979. Trad. José Rovira Armengol.*
Nietzsche, Friedrich (1844-1900) La Gaya Ciencia, *Barcelona, José J. de Olañeta Editor, 1984. Trad. Pedro González Blanco.*
Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie. *Madrid, Alianza Editorial, 1983. Trad. Andrés Sánchez Pascual.*
Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo. *Madrid, Alianza Editorial, 1980. Trad. Andrés Sánchez Pascual.*

SENDAS PERDIDAS
MARTIN HEIDEGGER

La frase de Nietzsche: "Dios ha muerto"

(...)

Cabría suponer que la frase "Dios ha muerto" responde a una opinión del ateo Nietzsche y, en consecuencia, es sólo una postura personal y, por consiguiente, unilateral y por lo tanto también fácilmente refutable con una sola indicación de que en todas partes hay muchos hombres que visitan los templos y resisten las aflicciones sostenidos por una confianza en Dios de inspiración cristiana. Pero no por eso se ha descartado la cuestión de si la mencionada frase de Nietzsche es sólo opinión extravagante de un pensador sobre el cual ya se tiene preparada la debida afirmación: que acabó loco. Faltaría preguntar si Nietzsche, con esa frase, no pronunció más bien la que siempre se ha dicho ya tácitamente en la historia, metafísicamente determinada, de Occidente. Antes de adoptar una postura precipitada, debemos intentar pensar la frase "Dios ha muerto" en el sentido que le dio su autor. Por lo tanto, será bueno que descartemos toda opinión prematura que en seguida nos asalta ante esa frase terrible.
Las reflexiones que hacemos a continuación tratan de esclarecer la frase de Nietzsche de acuerdo con algunos aspectos esenciales. Insistimos una vez más: la frase de Nietzsche alude al destino de dos milenios de historia de Occidente. Nosotros mismos, impreparados como estamos todos, no podemos tener la pretensión de modificar este destino mediante una simple disertación sobre la frase de Nietzsche, ni siquiera de llegar a conocerlo suficientemente. Sin embargo, una cosa es necesaria ahora: que de la reflexión saquemos una enseñanza y aprendamos a reflexionar mediante esa enseñanza.

(...)

Nietzsche consignó por vez primera la frase "Dios ha muerto" en el tercer libro de la obra *La ciencia jocunda*, publicada en 1882. Con esta obra empieza el camino de Nietzsche hacia la elaboración de su postura metafísica fundamental. Entre esa obra y el vano esfuerzo por configurar la obra principal proyectada se publicó *Así habla Zarathustra*. La obra principal proyectada

no se terminó nunca. Provisionalmente debía llevar el título de *La voluntad de poder* y se le dio el subtítulo de "Ensayo de una subversión de todos los valores".

Ya de joven, Nietzsche había acariciado la idea de la muerte de un dios y de la extinción de los dioses. En unos apuntes de la época de la elaboración de su primera obra *El nacimiento de la tragedia* escribe Nietzsche (1870): "Creo en la sentencia germánica primitiva: todos los dioses tienen que morir". En su juventud, Hegel menciona, al final del tratado *Fe y saber* (1802) el "sentimiento en que se funda la religión de los tiempos modernos, el sentimiento: Dios mismo ha muerto..." La frase de Hegel tiene un sentido diferente del de la de Nietzsche. Sin embargo, hay entre ambas una relación esencial que se esconde en la esencia de toda metafísica. Al mismo orden de cosas pertenece, aunque por motivos opuestos, la frase de Pascal: tomada de Plutarco: "Le grand Pan est mort" (*Pensées*, 695).

(...)

Cuatro años después (1886), Nietzsche añadió a los cuatro libros de *La ciencia jocunda* un quinto libro titulado: "Nosotros los impávidos". La primera pieza de ese libro (Aforismo 343) lleva el título de: *Qué importa nuestra alegría*. La pieza comienza así: "El más grande de los acontecimientos modernos —que 'Dios ha muerto', que la creencia en el Dios cristiano se ha convertido en incredulidad— ya comenzó a proyectar sus primeras sombras sobre Europa".

De esa frase se desprende claramente que la frase de Nietzsche de la muerte de Dios alude al Dios cristiano. Pero no es menos cierto, y hay que tenerlo presente de antemano, que el nombre de Dios y del Dios cristiano se emplean en el pensamiento de Nietzsche para designar el mundo sobrenatural. Dios es el nombre para el dominio de las ideas y los ideales. Este dominio de lo sobrenatural se considera desde Platón —mejor dicho: desde la última época griega y desde la interpretación cristiana de la filosofía platónica— como el verdadero mundo, el mundo real propiamente dicho. A diferencia de él, el mundo sensible es sólo el de esta vida, el variable y, por consiguiente el aparente, irreal. El mundo de esta vida es el Valle de Lágrimas a diferencia del Monte de la Bienaventuranza Eterna en la otra vida. Si, como todavía hace Kant, denominamos físico el mundo sensible en su más amplia acepción, el mundo suprasensible es el mundo metafísico.

La frase "Dios ha muerto" significa: el mundo suprasensible carece de fuerza

operante. No dispensa vida.
(...)

La frase "Dios ha muerto" contiene la comprobación de que una nada se ensancha. Nada significa en este caso ausencia de un mundo suprasensible, obligatorio. El nihilismo, "el más inquietante de todos los huéspedes" está a la puerta.
El intento de aclarar la frase "Dios ha muerto" significa lo mismo que la tarea de exponer qué entiende Nietzsche por nihilismo y mostrar así cómo se pronuncia el propio Nietzsche respecto del nihilismo.

(...)

Además, el nihilismo no se limita a predominar allí donde es negado el Dios cristiano, donde se combate el cristianismo o sólo se predica un ateísmo ordinario a base de librepensamiento. Mientras nos fijemos exclusivamente en esta incredulidad que se desvía del cristianismo y en sus formas manifestativas, la mirada quedará aprisionada en las superficiales y pobres fachadas del nihilismo. El discurso del loco dice rotundamente que la frase "Dios ha muerto" nada tiene de común con la mera palabrería y los coloquios de aquellos que "no creen en Dios". A quienes de esta suerte sólo son incrédulos, no les ha llegado aún el nihilismo como destino de su propia historia.
Mientras nos limitemos a concebir la frase "Dios ha muerto" como fórmula de la incredulidad, nos movemos en un terreno de opinión teológico-apologética y renunciamos a lo que le importa a Nietzsche: a la reflexión en que medita sobre lo que ha sucedido ya con la verdad del mundo suprasensible y sus relaciones con la esencia del hombre.

(...)

En la frase "Dios ha muerto", el nombre de Dios, pensado esencialmente, figura en lugar del mundo suprasensible de los ideales que contiene para esta vida el fin existente por encima de la vida terrena y esta suerte lo determinan desde arriba y en consecuencia en cierto sentido desde afuera.
(...)

ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA. UN LIBRO PARA TODOS Y PARA NADIE.
FRIEDRICH NIETZSCHE

Prólogo de Zaratustra

(...)

2. Zaratustra bajó solo de las montañas sin encontrar a nadie. Pero cuando llegó a los bosques surgió de pronto ante él un anciano que había abandonado su santa choza para buscar raíces en el bosque[5]. Y el anciano habló así a Zaratustra:

No me es desconocido este viajero: hace algunos años pasó por aquí. Zaratustra se llamaba; pero se ha transformado.

Entonces llevabas tu ceniza a la montaña[6]: ¿quieres hoy llevar tu fuego a los valles? ¿No temes los castigos que se imponen al incendiario?

Sí, reconozco a Zaratustra. Puro es su ojo, y en su boca no se oculta náusea alguna. ¿No viene hacia acá como un bailarín?

Zaratustra está transformado, Zaratustra se ha convertido en un niño, Zaratustra es un despierto: ¿qué quieres hacer ahora entre los que duermen? En la soledad vivías como en el mar, y el mar te llevaba. Ay, ¿quieres bajar a tierra? Ay, ¿quieres volver tú mismo a arrastrar tu cuerpo?

Zaratustra respondió: "Yo amo a los hombres".

¿Por qué, dijo el santo, me marché yo al bosque y a las soledades? ¿No fue acaso porque amaba demasiado a los hombres?

Ahora amo a Dios: a los hombres no los amo. El hombre es para mí una cosa demasiado imperfecta. El amor al hombre me mataría.

Zaratustra respondió: "¡Qué dije amor! Lo que yo llevo a los hombres es un regalo".

No les des nada, dijo el santo. Es mejor que les quites alguna cosa y que la lleves a cuestas junto con ellos —eso será lo que más bien les hará: ¡con tal de que te haga bien a ti!

¡Y si quieres darles algo, no les des más que una limosna, y deja que además la mendiguen!

No, respondió Zaratustra, yo no doy limosnas. No soy bastante pobre para eso".

El santo se rió de Zaratustra y dijo: ¡Entonces cuida de que acepten tus tesoros! Ellos desconfían de los eremitas y no creen que vayamos para hacer regalos.

Nuestros pasos les suenan demasiado solitarios por sus callejas. Y cuando por las noches, estando en sus camas, oyen caminar a un hombre mucho antes de que el sol salga, se preguntan: ¿a dónde irá el ladrón?

¡No vayas a los hombres y quédate en el bosque! ¡Es mejor que vayas incluso a los animales! ¿Por qué no quieres ser tú, como yo, —un oso entre los osos, un pájaro entre los pájaros?

"¿Y qué hace el santo en el bosque?", preguntó Zaratustra.

El santo respondió: Hago canciones y las canto, y, al hacerlas, río, lloro y gruño: así alabo a Dios.

Cantando, llorando, riendo y gruñendo alabo al Dios que es mi Dios. Mas ¿qué regalo es el que tú nos traes?

Cuando Zaratustra hubo oído estas palabras saludó al santo y dijo: "¡Qué podría yo daros a vosotros! ¡Pero déjame irme aprisa, para que no os quite nada!" —Y así se separaron, el anciano y el hombre, riendo como ríen los niños.

Mas cuando Zaratustra estuvo solo, habló así a su corazón: "¡Será posible! ¡Este viejo santo en su bosque no ha oído todavía nada de que *Dios ha muerto!*"[7]

(...)

CUARTA PARTE

(...)

Jubilado

No mucho después de haberse librado Zaratustra del mago vio de nuevo a alguien sentado junto al camino que él seguía, a saber, un hombre alto y negro, de pálido y descarnado rostro: *éste* le causó una violenta contrariedad. "Ay, dijo a su corazón, allí está sentada la tribulación embozada, aquello me parece pertenecer a la especie de los sacerdotes: ¿qué quieren *esos* en mi reino?

¡Cómo! Acabo de escapar de aquel mago: y tiene que atravesárseme de nuevo en mi camino otro nigromante, —un brujo cualquiera que practica la

imposición de manos, un oscuro taumaturgo por gracia divina, un ungido calumniador del mundo, ¡a quien el diablo se lleve!
Pero el diablo no está nunca donde debería estar: siempre llega demasiado tarde, ¡ese maldito enano y cojitranco!"—
Así maldecía Zaratustra, impaciente en su corazón, y pensaba en cómo pasaría rápidamente de largo junto al hombre negro mirando a otra parte: mas he aquí que las cosas ocurrieron de otro modo. Pues en aquel mismo instante el hombre sentado le había visto ya; y semejante a uno a quien le sale al encuentro una suerte imprevista se levantó de un salto y corrió hacia Zaratustra.
¡Quienquiera que seas, viajero, dijo, ayuda a un extraviado, a uno que busca, a un anciano al que con facilidad puede ocurrirle aquí algún daño!
Este mundo de aquí me es extraño y lejano, también he oído aullar animales salvajes; y el que habría podido ofrecerme ayuda, ése no existe ya.
Yo buscaba al último hombre piadoso, un santo y un eremita, que, solo en su bosque, no había oído aún nada de lo que todo el mundo sabe hoy" [372]
¿Qué sabe hoy todo el mundo?, preguntó Zaratustra. ¿Acaso que no vive ya el viejo Dios en quien todo el mundo creyó en otro tiempo?"
"Tú lo has dicho [373], respondió el anciano contristado. Y yo he servido a ese viejo Dios hasta su última hora.
Más ahora estoy jubilado, no tengo dueño y, sin embargo, no estoy libre, tampoco estoy alegre ni una sola hora, a no ser cuando me entrego a los recuerdos.
Por ello he subido a estas montañas, para celebrar por fin de nuevo una fiesta para mí, cual conviene a un antiguo papa y padre de la Iglesia: pues sábelo, ¡yo soy el último papa! —una fiesta de piadosos recuerdos y cultos divinos.
Pero ahora también él ha muerto, el más piadosos de los hombres, aquel santo del bosque que alababa constantemente a su Dios cantando y gruñendo.
A él no lo encontré ya cuando encontré su choza, pero sí a los lobos dentro, que aullaban por su muerte pues todos los animales le amaban. Entonces me fui de allí corriendo.
¿Inútilmente había venido yo, por tanto, a estos bosques y montañas? Mi corazón decidió entonces que yo buscase a otro distinto, al más piadoso de todos aquellos que no creen en Dios, ¡a que yo buscase a Zaratustra!"
Así habló el anciano y miró con ojos penetrantes a aquél que se hallaba delante de él; mas Zaratustra cogió la mano del viejo papa y la contempló largo tiempo con admiración.

Mira, venerable, dijo luego, ¡qué mano tan bella y tan larga! Esta es la mano de uno que ha impartido siempre bendiciones. Pero ahora esa mano agarra firmemente a aquel a quien tú buscas, a mí, Zaratustra.

Yo soy Zaratustra el ateo, que dice: ¿quién es más ateo que yo, para gozarme con sus enseñanzas?" [374]

Así habló Zaratustra, y con sus miradas perforaba los pensamientos y las más recónditas intenciones del viejo papa. Por fin éste comenzó a decir:

"Quien lo amó y lo poseyó más que ningún otro, ése lo ha perdido también más que ningún otro:

—mira, ¿no soy yo ahora, de nosotros dos, el más ateo? ¡Mas quién podría alegrarse de eso!"

—"Tú le has servido hasta el final, preguntó Zaratustra pensativo, después de un profundo silencio, ¿sabes cómo murió? ¿Es verdad, como se dice, que fue la compasión la que le estranguló,

—que vio cómo el *hombre* pendía de la cruz, y no soportó que el amor al hombre se convirtiese en su infierno y finalmente en su muerte?"—

Mas el viejo papa no respondió, sino que tímidamente, y con una expresión dolorosa y sombría, desvió la mirada.

"Déjalo que se vaya, dijo Zaratustra tras prolongada reflexión, mirando siempre al anciano derechamente a los ojos.

Déjalo que se vaya, ya ha desaparecido. Y aunque te honra el que no digas más que cosas buenas de ese muerto, tú sabes tan bien como yo *quién* era; y que seguía caminos extraños".

Hablando entre tres ojos, dijo, recobrado, el viejo papa (pues era tuerto), en asuntos de Dios yo soy más ilustrado que Zaratustra en persona —y me es lícito serlo.

Mi amor le ha servido durante largos años, mi voluntad siguió en todo a su voluntad. Pero un buen servidor sabe todo, incluso muchas cosas que su señor se oculta a sí mismo.

El era un Dios oculto, lleno de secretos. En verdad, no supo procurarse un hijo más que por caminos tortuosos. En la puerta de su fe se encuentra el adulterio. [375]

Quien le ensalza como a Dios del amor no tiene una idea suficientemente alta del amor mismo. ¿No quería este Dios ser también juez? Pero el amante ama más allá de la recompensa o la retribución.

Cuando era joven, este Dios del Oriente, era duro y vengativo y construyó un infierno para diversión de sus favoritos.

Pero al final se volvió viejo y débil y blando y compasivo, más parecido a

un abuelo que a un padre, y parecido sobre todo a una vieja abuela vacilante. Se sentaba allí, mustio, en el rincón de su estufa, se afligía a causa de la debilidad de sus piernas, cansado del mundo, cansado de querer, y un día se asfixió con su excesiva compasión ".

Tú viejo papa, le interrumpió aquí Zaratustra, ¿tú has visto *eso* con tus ojos? Pues es posible que haya ocurrido así: así, y también de otra manera. Cuando los dioses mueren, mueren siempre de muchas especies de muerte.

Mas ¡bien! Así o así, así y así ¡se ha ido! El contrariaba el gusto de mis oídos y de mis ojos, no quisiera decir nada peor sobre él.

Yo amo todo lo que mira limpiamente y habla con honestidad. Pero él —tú lo sabes bien, viejo sacerdote, en él había algo de tus maneras, de maneras de sacerdote — él era ambiguo.

Era también oscuro. ¡Cómo se irritaba con nosotros, resoplando cólera, porque le entendíamos mal! Mas ¿por qué no hablaba con mayor nitidez? Y si dependía de nuestros oídos, ¿por qué nos dio unos oídos que le oían mal? Si en nuestros oídos había barro ¡bien! ¿quién lo había introducido allí?

¡Demasiadas cosas se le malograron a ese alfarero que no había aprendido del todo su oficio! Pero el hecho de que se vengase de sus pucheros y criaturas [376] porque le hubiesen salido mal a él eso era un pecado *contra el buen gusto*.

También en la piedad existe un buen gusto: *éste* acabó por decir ¡Fuera *tal* Dios! ¡Mejor ningún Dios, mejor construirse cada uno su destino a su manera, mejor ser un necio, mejor ser Dios mismo!"

—"¡Qué oigo!, dijo entonces el papa aguzando los oídos; ¡oh Zaratustra, con tal incredulidad eres tú más piadoso de lo que crees! Algún Dios presente en ti te ha convertido a tu ateísmo.

¿No es tu piedad misma la que no te permite seguir creyendo en Dios? ¡Y tu excesiva honestidad te arrastrará más allá incluso del bien y del mal!

Mira, pues, ¿qué se te ha reservado para el final? Tienes ojos y mano y boca predestinados desde la eternidad a bendecir. No se bendice sólo con la mano. En tu proximidad, aunque tú quieras ser el más ateo de todos, venteo yo un secreto aroma de incienso y un perfume de prolongadas bendiciones: ello me hace bien y me causa dolor al mismo tiempo.

¡Permíteme ser tu huésped, oh Zaratustra, por una sola noche! ¡En ningún lugar de la tierra me siento ahora mejor que junto a ti!" —

"¡Amén! ¡Así sea!, dijo Zaratustra con gran admiración, por ahí arriba sube el camino, allí está la caverna de Zaratustra.

Con gusto, en verdad, te acompañaría yo mismo hasta allí, venerable, pues

amo a todos los hombres piadosos. Pero ahora me llama un grito de socorro que me obliga a separarme de ti a toda prisa.
En mis dominios nadie debe sufrir daño alguno; mi caverna es un buen puerto. Y lo que más me gustaría sería colocar de nuevo en tierra firme y sobre piernas firmes a todos los tristes.
Mas ¿quién te quitaría a ti de los hombros el peso de *tu* melancolía? Para eso soy yo demasiado débil. Largo tiempo, en verdad, vamos a aguardar hasta que alguien te resucite a tu Dios.
Pues ese viejo Dios no vive ya: está muerto de verdad". —

Así habló Zaratustra.

LA GAYA CIENCIA
FRIEDRICH NIETZSCHE

LIBRO TERCERO

(...)

125. El loco. —¿No oísteis hablar de aquel loco que en pleno día corría por la plaza pública con una linterna encendida, gritando sin cesar: ¡Busco a Dios ¡Busco a Dios!? Como estaban presentes muchos que no creían en Dios, sus gritos provocaron a risa. ¿Se te ha extraviado? —decía uno. ¿Se ha perdido como un niño? —preguntaba otro— . ¿Se ha escondido? ¿tiene miedo de nosotros? ¿se ha embarcado? ¿ha emigrado? Y a estas preguntas acompañaban risas en el coro. El loco se encaró con ellos, y clavándoles la mirada, exclamó: "¿Dónde está Dios? Os lo voy a decir. Le hemos matado; vosotros y yo, todos nosotros somos sus asesinos. Pero ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hemos hecho después de desprender a la tierra de la cadena de su sol? ¿Dónde la conducen ahora sus movimientos? ¿Adónde la llevan los nuestros? ¿Es que caemos sin cesar? ¿Vamos hacia delante, hacia tras, hacia algún lado, erramos en todas direcciones? ¿Hay todavía un arriba y un abajo? ¿Flotamos en una nada infinita? ¿Nos persigue el vacío con su aliento? ¿No sentimos frío? ¿No veis de continuo acercarse la noche,

cada vez más cerrada? ¿Necesitamos encender las linternas antes del mediodía? ¿No oís el rumor de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No percibimos aún nada de la descomposición divina?... Los dioses también se descomponen. ¡Dios ha muerto! ¡Dios permanece muerto! ¡Y nosotros le dimos muerte! ¡Cómo consolarnos, nosotros, asesinos entre asesinos! Lo más sagrado, lo más poderoso que había hasta ahora en el mundo ha teñido con su sangre nuestro cuchillo. ¿Quién borrará esa mancha de sangre? ¿Qué agua servirá para purificarnos? ¿Qué expiaciones, qué ceremonias sagradas tendremos que inventar? La grandeza de este acto, ¿no es demasiado grande para nosotros? ¿Tendremos que convertirnos en dioses o al menos que parecer dignos de los dioses? Jamás hubo acción más grandiosa, y los que nazcan después de nosotros pertenecerán, a causa de ella, a una historia más elevada que lo fue nunca historia alguna." Al llegar a este punto, calló el loco y volvió a mirara a sus oyentes; también ellos callaron, mirándole con asombro. Luego tiró al suelo la linterna, de modo que se apagó y se hizo pedazos. "Vine demasiado pronto —dijo él entonces— ; mi tiempo no es aún llegado. Ese acontecimiento inmenso está todavía en camino, viene andando; más aún no ha llegado a los oídos de los hombres. Han menester tiempo el relámpago y el trueno, la luz de los astros ha menester tiempo; lo han menester los actos, hasta después de realizados, para ser vistos y entendidos. Ese acto está todavía más lejos de los hombres que la estrella más lejana. ¡Y sin embargo, ellos lo han ejecutado!" Se añade que el loco penetró el mismo día en muchas iglesias y entonó su *Requiem aeternam Deo*. Expulsado y preguntado por qué lo hacía, contestaba siempre lo mismo: "¿De qué sirven estas iglesias, si no son los sepulcros y los monumentos de Dios?"

LIBRO QUINTO

Los que no tenemos temor.

"¿Tiemblas, esqueleto?
Más temblarías si supieses adonde te llevo".
Turena.

343. Nuestra serenidad. — El más importante de los acontecimientos recientes, "la muerte de Dios"; el hecho de que se haya quebrantado la fe en

el Dios cristiano, empieza ya a proyectar sobre Europa sus primeras sombras. Por lo menos para el corto número de aquellos cuya mirada y cuya desconfianza en el mirar son bastante finos y penetrantes para tal espectáculo, parece que se ha puesto un sol, que se ha trocado en duda una antigua y profunda confianza; a éstos debe parecerles nuestro viejo mundo cada día más crepuscular, más dudoso, más extraño, más viejo. Hasta puede decirse, en términos generales, que el acontecimiento es demasiado grande, demasiado lejano, demasiado apartado de la comprensión de todo el mundo para que pueda extrañarse que no haya producido ruido la noticia, y que las masas no se den cuenta de ella, ni puedan saber lo que se hundirá, por haber sido mimada esa fe: todo lo que se apoya en ella y con ella se enlaza y de su savia vive, por ejemplo, toda la moral europea. Esa larga serie de demoliciones, de destrucciones, de ruinas y derrumbamientos que tenemos en perspectiva, ¿quién podrá adivinarla hoy lo bastante para ser el iniciador y el adivino de esta enorme lógica del terror, el profeta de un ente-nebrecimiento y de unas obscuridades tales que probablemente no tuvieron jamás semejanza en la tierra? Nosotros mismos, nosotros, adivinos de nacimiento, que estamos como al acecho en las alturas, plantados entre el ayer y el mañana; nosotros, primogénitos del siglo futuro, que deberíamos percibir ya las sombras que Europa va a proyectar, ¿cómo es que esperamos sin interés verdadero, y sobre todo sin cuidado ni temor, la venida de ese eclipse? ¿Estaremos tal vez demasiado dominados todavía por las *primeras consecuencias* de tal acontecimiento? ¿Es que esas primeras consecuencias, contra lo que debía esperarse, no nos parecen tristes y sombrías, sino que, al revés, se nos presentan como una especie de luz nueva, difícil de describir, como una especie de dicha, de alivio, de serenidad, de aliento, de aurora?... Efectivamente, nosotros los filósofos, los espíritus libres, ante la nueva de que el Dios antiguo ha muerto, nos sentimos iluminados por una nueva aurora; nuestro corazón se desborda de gratitud, de asombro, de expectación y curiosidad, el horizonte nos parece libre otra vez, aun suponiendo que no aparezca claro; nuestras naves pueden darse de nuevo a la vela y bogar hacia el peligro: vuelven a ser lícitos todos los azores del que busca el conocimiento; el mar, nuestra alta mar, se abre de nuevo a nosotros, y tal vez no tuvimos jamás un mar tan ancho.

(...)

CREPÚSCULO DE LOS IDOLOS
O CÓMO SE FILOSOFA CON EL MARTILLO
FRIEDRICH NIETZSCHE

Cómo el "mundo verdadero" acabó
Convirtiéndose en una fábula [61]

Historia de un error

1. El mundo verdadero, asequible al sabio, al piadoso, al virtuoso, —él vive en ese mundo, *es ese mundo.*
(La forma más antigua de la Idea [62], relativamente inteligente, simple, convincente. Transcripción de la tesis "yo, Platón, *soy* la verdad".)
2. El mundo verdadero, inasequible por ahora, pero prometido al sabio, al piadoso, al virtuoso ("al pecador que hace penitencia").
(Progreso de la Idea: ésta se vuelve más sutil, más capciosa, más inaprensible, —*se convierte en una mujer*, se hace cristiana...)
3. El mundo verdadero, inasequible, indemostrable, imprometible, pero, ya en cuanto pensado, un consuelo, una obligación, un imperativo.
(En el fondo, el viejo sol, pero visto a través de la niebla y el escepticismo; la Idea, sublimizada, pálida, nórdica, königsberguense [63])
4. El mundo verdadero —¿inasequible? En todo caso, inalcanzado. Y en cuanto inalcanzado, también *desconocido*. Por consiguiente, tampoco consolador, redentor, obligante: ¿a qué podría obligarnos algo desconocido?...
(Mañana gris. Primer bostezo de la razón. Canto del gallo del positivismo.)
5. El "mundo verdadero" —una Idea que ya no sirve para nada, que ya ni siquiera obliga, —una Idea que se ha vuelto inútil, superflua, *por consiguiente* una Idea refutada: ¡eliminémosla!
(Día claro; desayuno; retorno del *bon sens* [buen sentido] y de la jovialidad; rubor avergonzado de Platón; ruido endiablado de todos los espíritus libres.)
6. Hemos eliminado el mundo verdadero: ¿qué mundo ha quedado?, ¿acaso el aparente?... ¡No!, *¡al eliminar el mundo verdadero hemos eliminado también el aparente!*
(Mediodía; instante de la sombra más corta; final del error más largo; punto culminante de la humanidad; INCIPIT ZARATHUSTRA [64] [comienza Zaratustra].)

NOTAS

Nota de "Referencias...". Hemos decidido mantener la numeración de los originales.

ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA... *Prólogo*

5. En busca de este anciano eremita vendrá el papa jubilado, al final de la obra (véase cuarta parte, *Jubilado*, p. 347), y encontrará que ha muerto.
6. Véase más adelante, primera parte, *De los trasmundanos*, p. 56; *Del camino del creador*, p. 101 y segunda parte, *El adivino*, p. 197, donde aparece esta misma idea, durante el sueño allí narrado: "¡Alpa! ¿quién lleva su ceniza a la montaña?".
7. La idea de la muerte de Dios, que recorre la obra entera, y su ignorancia por parte del santo eremita, será tema de conversación entre Zaratustra y el papa jubilado cuando ambos hablen del eremita ya fallecido. Véase cuarta parte, *Jubilado*, p. 347 y *ss.*

ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA... *Cuarta parte. Jubilado*

372. El papa jubilado busca al eremita encontrado por Zaratustra al bajar por vez primera de las montañas. Véase *Prólogo de Zaratustra*, 2, p.32 y nota 5.
373. Frase evangélica, empleada por Jesús en su respuesta a Pilato. Véase *Evangelio de Marcos*, 15, 2.
374. Véase antes, tercera parte, *De la virtud empequeñecedora*, 3, p. 241.
375. Una breve poesía de Nietzsche titulada *El Nuevo Testamento* contiene esta misma afirmación.
376. *Töpfe und Geschöpfe*. Nietzsche aprovecha aquí, como en tantos otros lugares, una expresiva aliteración, aludiendo además al hecho narrado por la Biblia de que Dios hizo al hombre de barro como un alfarero. Véase *Génesis*, 2, 7.

CREPÚSCULO DE LOS ÍDOLOS...

61. Este capítulo es, en realidad, una apretada "historia de la filosofía" al hilo de la contraposición entre "mundo verdadero" y "mundo aparente". Probablemente Nietzsche toma esta contraposición del libro del filósofo G. Teichmüller (1832 - 1888), titulado *Die wirkliche und die scheinbare Welt* [El mundo real y el mundo

aparente] y publicado en 1882. La lectura de Teichmüller por Nietzsche está atestiguada por una tarjeta postal enviada por éste a su amigo Overbeck desde Génova (23 de octubre de 1883), en que le dice: "Viejo y querido amigo, al leer a Teichmüller me quedo cada vez más asombrado de qué poco conozco yo a Platón y de cuanto πλατωνιξει [platoniza] Zaratustra." Teichmüller, catedrático de filosofía en Basilea, fue colega de Nietzsche en aquella universidad; a su marcha, Nietzsche intentó ser nombrado sucesor del mismo en la cátedra de filosofía, mas no lo consiguió. Véase también el 10 de *Más allá del bien y del mal* (pp. 229-30 de la edición citada).

62. Mantenemos con mayúscula la palabra "Idea" (*Idee*), para subrayar el carácter platónico que Nietzsche le da aquí.

63. Königsberguense = kantiana.

64. Esta expresión es eco del 342 de *La gaya ciencia*, titulado *Incipit tragoedia* [comienza la tragedia], que anticipa el texto de lo que será luego el 1 del "Prólogo de Zaratustra". Véase *Así habló Zaratustra*, edición citada, p. 31, y nota 1 del traductor (pagina 435). Por otra parte, como ha indicado con razón E. Fink (véase *La filosofía de Nietzsche*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. El libro de Bolsillo, Alianza Editorial, núm. 37; segunda edición, Madrid 1969, pp. 211 y ss.), al hablar de "la sombra más corta" Nietzsche alude claramente, una vez más, a Platón y a su "alegoría de la caverna". En cuanto al "mediodía", sabido es que constituye uno de los símbolos de la filosofía nietzscheana. Según el último plan trazado por Nietzsche para *la voluntad de poder* (véase "Introducción", pp. 12-13), el libro cuarto de esa obra, luego desechada, se habría titulado "El gran mediodía". Un conciso fragmento inédito de la primavera-verano de 1888 dice lo siguiente:

"Existen pensadores de mañana, existen pensadores de tarde, existen búhos de noche. No olvidar la *species* más aristocrática: la de los *pensadores de mediodía*, -aquellos en que constantemente el gran Pan duerme. Entonces toda la luz cae perpendicular...".

Ilusiones de los enamorados
Molière, Lucrecio

"Entiendan que es para pavimentarles el camino con flores que les recuerdo esas verdades de experiencia común, de las que no se reconoce suficientemente la significación, y tratar de hacerles percibir que no es azar, analogía, comparación, ni sólo flores, sino afinidades profundas que me harán indicarles la afinidad con el término de objeto de este Otro -con O mayúscula- en tanto por ejemplo ésta se manifiesta, por ejemplo en el amor, que el famoso trozo de Eliante en El Misántropo *retoma del* De natura rerum *de Lucrecio:*

"La blanca es en blancura a los jazmines comparable...
la negra por dar miedo una morena adorable;
la delgada tiene altura y libertad,
la gruesa está, en su porte plena de majestad,
la desaliñada, cargada en sí de pocos atractivos
es puesta bajo el nombre de belleza descuidada
... etc."

En su clase del 28 de marzo de 1962 del seminario "La identificación", Lacan da cuenta de la constitución del objeto de deseo. Cita a Lucrecio y refiere a Molière enfatizando "que el objeto del deseo no se constituye sino en la relación al Otro en tanto que él mismo se origina en el valor del rasgo unario. Ningún privilegio en el objeto sino en ese valor absurdo dado a cada rasgo por ser un privilegio."

Referencias... *reproduce, respetando el orden en que Lacan los presenta, en primer lugar el Acto I, y 4 Escenas del Acto II de* El Misántropo *de Molière, y a continuación los versos 1058 hasta 1191 titulados "Peligros del amor,*

sufrimientos e ilusiones de los enamorados" del Libro IV de De la naturaleza de las cosas *de Lucrecio.*

Molière, J. B. Poquelin (1622-1673) El Misántropo. Obras Teatrales, *Madrid, Ediciones Giner, 1973.*
Lucrecio (Primera mitad del s. I a. C.). De la naturaleza de las cosas. *Madrid, Cátedra, Letras Universitarias, 1994.*

EL MISANTROPO
MOLIÈRE

COMEDIA EN CINCO ACTOS

Personajes

ALCESTE [1], pretendiente de Celimena.
FILINTO, amigo de Alceste.
ORONTE, pretendiente de Celimena.
ACASTO, marqués, cortejador de Celimena.
CLITANDRO, marqués, cortejador de Celimena.
ELIANTA, prima de Celimena.
ARSINOE, amiga de Celimena.
VASCO, criado de Celimena.
UN GUARDIA de la Mariscalía de Francia.
DUBOIS, criado de Alceste.

La acción en París, en el salón de recibir de la casa de Celimena.

ACTO PRIMERO

Escena I
FILINTO Y ALCESTE

FILINTO. —¿Qué pasa? ¿Qué tenéis?
ALCESTE. (*Sentado.*) —Dejadme, por favor.
FILINTO. —Pero, decidme: ¿qué extravagancia...?
ALCESTE. —Dejadme, os repito, y escondeos.
FILINTO. —Al menos, se debe saber escuchar a la gente, sin enojarse.
ALCESTE. —Pues yo quiero enojarme y no quiero escuchar.
FILINTO. —La verdad, no acierto a comprender esos súbitos enfados vuestros; y, aunque seamos amigos, soy de los primeros en...
ALCESTE. (*Levantándose bruscamente.*) —¿Yo amigo vuestro? No contéis ya con mi amistad. Hasta ahora, me preciaba de serlo; más, después de lo que acabo de descubrir en vos, os digo abiertamente que ya no lo soy y que no deseo tener cabida en corazones corrompidos.
FILINTO. —¿Tan culpable soy, Alceste, a vuestro juicio?
ALCESTE. —¿Me lo preguntáis aún? Deberíais moriros de vergüenza. Una acción semejante no puede tener disculpa y a todo hombre de honor ha de escandalizarle. Os he visto prodigar a un hombre las más solícitas pruebas de afecto; acompañabais vuestros abrazos de promesas, ofrecimientos y juramentos de amistad y de aprecio, y cuando os pregunto quién es ese hombre, apenas si recordáis su nombre. Vuestra devoción por él se disipa tan pronto os separáis y, ante mí, aparentáis que os es indiferente. ¡Pardiez! Eso es algo indigno, cobarde, infame, rebajarse hasta ese punto y traicionarse a uno mismo; y si, por desgracia, yo hubiese hecho otro tanto, me ahogaría de vergüenza y de remordimiento.
FILINTO. —En mi opinión, el caso no es tan grave, y os ruego consideréis con benevolencia el que dulcifique un poco vuestra sentencia y no me ahorque, si me lo permitís.
ALCESTE. —No encuentro gracia alguna en esa broma.
FILINTO. —Y, en serio, ¿qué queréis que haga?
ALCESTE. —Quiero que se sea sincero siempre y que, como hombre de honor, no se profiera una sola palabra que no salga del corazón.
FILINTO. —Pero cuando un hombre os abraza con alegría, hay que pagarle en la misma moneda, manifestar idéntica satisfacción y devolver promesa por promesa y ofrecimiento por ofrecimiento.

ALCESTE. —No; no puedo admitir esos mezquinos fingimientos de la mayoría de vuestras amistades a la moda; nada aborrezco tanto como las ridículas contorsiones de todos esos farsantes, de todos esos incansables prometedores, de esos pródigos dispensadores de abrazos y de esos obsequiosos aduladores, que rivalizan en zalamerías y que tratan del mismo modo al hombre de espíritu y al necio. ¿Qué valor puede concederse a las promesas de amistad y de afecto, a las palabras de cariño, de aprecio o de elogio, de un hombre del que se sabe que hará lo mismo con el primer ganapán que encuentre? No; no puede haber un espíritu un poco elevado que se satisfaga con estas prostituidas y falsas muestras de amistad y de afecto, y hasta la más entusiástica no puede resultar grata cuando se sabe que son muchos los que la reciben igualmente. La estimación implica cierta preferencia y estimar mucho a todos equivale a no estimar a nadie. Y por eso justamente, porque este vicio de nuestro tiempo os es tan caro, no puedo consideraros un verdadero amigo. No quiero ser uno más en el afecto de nadie; quiero que se me distinga. Y para ser enteramente franco, no me seduce el papel de amigo del género humano.

FILINTO. —Pero sabéis muy bien que cuando se pertenece al gran mundo es preciso adoptar las maneras corteses que exige la costumbre.

ALCESTE. —No; al contrario. Debería castigarse sin piedad ese vergonzoso comercio de falsas amistades y de adulaciones recíprocas. Quiero que el hombre se muestre siempre como es realmente y que en toda ocasión revelemos nuestro corazón; que a través de nuestras palabras sea él quien hable; que no ocultemos constantemente nuestros sentimientos bajo vanos y mendaces cumplidos.

FILINTO. —Pero ¿cómo negar que en muchas ocasiones esa total franqueza que preconizáis resultaría tan ofensiva como intolerable? Tenéis que admitir, aunque ello disguste a vuestro austero sentido del honor, que a veces es no sólo conveniente, sino bueno, ocultar los verdaderos sentimientos de nuestro corazón. ¿Creéis correcto ni posible decir a cada uno lo que pensamos de él? Y si hay alguien al que odiamos o que nos desagrada particularmente, ¿debemos por ello manifestárselo sin ambages?

ALCESTE. —Sí.

FILINTO. —¿Cómo? ¿Os atreveríais, por ejemplo, a decirle a la vieja Emilia que a su edad resulta ridículo pretender todavía pasar por bella y que sus coqueteos y sus afeites escandalizan y son, a la vez, la irrisión de todo el mundo?

ALCESTE. —¿Y por qué no?

FILINTO. —Y a ese importuno y pelma de Dorilas, que no queda ya en la corte quien no esté harto de oírle contar sus hazañas y las glorias de su estirpe, ¿le diríais vos...?

ALCESTE. —Sin la menor duda.

FILINTO. —No es posible que habléis en serio.

ALCESTE. —Hablo absolutamente en serio. Y sobre este punto no pienso hacer excepción con nadie. Me irrita demasiado cuanto veo y la corte y la ciudad no me dan más que motivos para que se me revuelva la bilis. Caigo en un sombrío humor y sufro una honda pena viendo cómo conviven actualmente los hombres. No encuentro por todas partes más que cobarde adulación, injusticia, mezquinos intereses, traición y bellaquería. No puedo contenerme más. Me desespero y estoy dispuesto a enfrentarme y cantarle las verdades a todo el género humano.

FILINTO. —Ese filosófico mal humor resulta un poco bárbaro. Me hacen sonreír vuestros arrebatos y me parece estar viendo en nosotros, que hemos recibido la misma y esmerada educación, a los dos hermanos que aparecen en *La escuela de los maridos*, y que...

ALCESTE. —Por favor, no hagáis tan necias comparaciones.

FILINTO. —Os hablo seriamente. Renunciad a todas esas extravagancias. Todo vuestro celo no hará cambiar al mundo. Y puesto que la franqueza os es tan cara, os diré francamente que esta especie de enfermedad sólo provocará la ira o la risa dondequiera que vayáis, y en cuanto a la cólera que suscitan en vos las costumbres de nuestra época, no hará sino poneros en ridículo a los ojos del mundo.

ALCESTE. —Tanto mejor. Eso es justamente lo que pretendo. Será la mejor señal y me sentiré muy satisfecho y orgulloso de que así suceda. Detesto tanto a los hombres, me son tan odiosos, que me molestaría me tuviesen por cuerdo.

FILINTO. —Ya veo que juzgáis muy severamente a la especie humana.

ALCESTE. —Sí; no quiero negar que los hombres han llegado a no inspirarme sino un odio y un desprecio profundos.

FILINTO. —¿Y profesáis esa misma e irreducible aversión a todos los míseros mortales, sin excepción alguna? Aunque en el siglo que vivimos tal vez no sería demasiado injusto.

ALCESTE. —Así es. Odio a todos los hombres. A unos, porque son malvados y dañinos, y a los otros, porque son complacientes y serviles con aquéllos y no los odian con esa vehemencia que debe inspirar el vicio a toda alma virtuosa. Y esta culpable complacencia se advierte en el desalmado con quien

me enfrento. Tras su máscara se ve bien al traidor. En todas partes se sabe lo que es. Sus melifluas miradas y sus afables modales sólo engañan a los forasteros, que no le conocen. Se sabe perfectamente que ese miserable patán, merecedor de castigo, ha medrado en el mundo gracias a las más sucias intrigas y, sin embargo, el esplendor que ha alcanzado basta para que se ensalcen sus méritos y para que la verdadera virtud deba sonrojarse. Por vergonzosos que sean los títulos que le hayan concedido, nadie se alzará contra ello. Llamadle traidor, infame, desalmado. Todo el mundo estará de acuerdo, pero nadie moverá un dedo contra él. En todas partes sus fingimientos son bien acogidos. Se le adula y se le celebra. Y si, por ventura, hay un buen puesto por disputar, veremos cómo es él quien se lo lleva, frente al más honesto de los hombres. ¡Ah, diantre, me hiere profundamente ver todos los miramientos que se tienen con los viciosos y malvados! Y por eso siento, a veces, un repentino impulso de refugiarme en un desierto para huir de los hombres.

FILINTO. —¡Dios mío! Creo que vale más no afligirse tanto por las costumbres de nuestra época y considerar con un poco más de indulgencia al género humano. Sí; no extrememos nuestro rigor y tengamos comprensión para sus defectos y sus vicios incluso. En este mundo es preciso mostrarse tratable y la excesiva rectitud puede acabar por ser también censurable. La perfecta razón evita todo extremo y exige una sensatez moderada. La inflexible rigidez de las costumbres de otros tiempos choca demasiado en nuestro siglo con las costumbres admitidas, ya que querría que los hombres fuesen perfectos; pero hay que saber adaptarse a la evolución del tiempo sin obstinarse en querer imposibles, y no hay mayor locura que intentar corregir al mundo. Observo cada día, lo mismo que vos, cien cosas que podrían ir mucho mejor de seguir otro rumbo. Mas vea lo que vea a cada momento, no me irrito ni me desespero como vos. Me limito a aceptar a los hombres tal como son y acostumbro a mi espíritu a soportar lo que hacen, y creo sinceramente que, tanto en la corte como en la ciudad, mi flema es tan filosófica como vuestra bilis.

ALCESTE. —¿Y esa flema que razona tan bien no se sulfura ante nada? Si, por malaventura, un amigo os traiciona; o para arrebataros vuestros bienes, se os tiende una celada, o se os calumnia y se os difama, ¿seríais capaz de sufrirlo sin enojaros?

FILINTO. —Conozco esos defectos, que censuráis tan implacablemente, pero los considero males inseparables de la naturaleza humana. Y no me siento más sorprendido e indignado viendo a un hombre comportarse

malvadamente, mostrarse injusto, cruel e interesado, que si contemplara a unos buitres ávidos de carnaza o a unos lobos rabiosos persiguiendo a su presa.

ALCESTE. —Entonces me vería yo traicionado, robado, escarnecido, y no debería... ¡Basta! No quiero hablar más de ello. Es demasiado impertinente vuestro razonamiento.

FILINTO. —¡Por mi fe que haréis bien guardando silencio! Moderad vuestro resentimiento y no os indignéis tanto con vuestro litigante. Acordad simplemente una mayor atención a vuestro pleito.

ALCESTE. —No pienso hacer nada de eso. Tengo tomada mi resolución.

FILINTO. —Entonces, ¿quién defenderá vuestra causa?

ALCESTE. —¿Quién? La razón, mis legítimos derechos, la equidad.

FILINTO. —¿Y no pensáis visitar a ningún juez?[2].

ALCESTE. —No. ¿Es que mi causa es acaso injusta o dudosa?

FILINTO. —No; convengo en ello. Pero el asunto es delicado y...

ALCESTE. —No insistáis. He resuelto no dar un solo paso. O tengo razón o no la tengo. Eso es todo.

FILINTO. —No confiéis demasiado en ello.

ALCESTE. —Os lo repito; he decidido no moverme.

FILINTO. —Vuestro contrario es poderoso y con sus intrigas puede tal vez conseguir que...

ALCESTE. —No me importa.

FILINTO. —Creo que os equivocáis.

ALCESTE. —Es muy posible, mas quiero ver el resultado.

FILINTO. —Pero...

ALCESTE. —Tendré el placer de perder mi pleito...

FILINTO. —Escuchad...

ALCESTE. —...y podré así comprobar si los hombres tienen tal impudicia, si son lo suficientemente malvados, cobardes e infames para hacerme esa injusticia a los ojos del mundo.

FILINTO. —¡Qué extraño hombre sois!

ALCESTE. —Sólo porque esta injusticia quedara bien patente me complacería perder mi causa, por mucho que ello pudiera costarme.

FILINTO. —Y sólo con oíros hablar así la gente se reiría de vos, Alceste.

ALCESTE. —Tanto peor para el que se riese.

FILINTO. —Decidme: esa insobornable rectitud, que es vuestra norma y que exigís en todo, ¿la encontráis acaso en aquellos a quienes amáis? Me extraña sobre manera que juzgando tan mal al género humano y pese a las

muchas razones que para vos os lo hacen odioso, hayáis ido a buscar entre sus criaturas a aquella que fascina vuestros ojos. Y todavía me sorprende más la extraña elección que vuestro corazón ha hecho. Sabéis muy bien que la sincera Elianta siente inclinación por vos, que la puritana Arsinoe os mira con tiernos ojos, y, sin embargo, permanecéis indiferente a estos sentimientos, mientras que, en cambio, habéis caído en las redes de Celimena, cuya coquetería y espíritu maldiciente parecen acomodarse tan bien a estas costumbres de hoy, que estigmatizáis tan severamente. ¿Cómo explicáis, pues, que odiando tan mortalmente esa manera de ser, la soportéis perfectamente cuando se trata de vuestra beldad? ¿Es que en ella no es ya defecto? ¿No lo advertís o es simplemente que la disculpáis?

ALCESTE. —No. El amor que me inspira esa joven viuda no me impide ver sus defectos, y pese a la pasión que pueda sentir por ella, soy el primero en verlos y en condenarlos. Más aún, siendo así, y pese a todos mis esfuerzos, debo confesar esta debilidad mía y reconocer que ella posee el arte de seducirme. Aunque vea sus defectos y se los censure, es en vano, ya que ha conseguido hacerse amar por mí. Su encanto ha sido más fuerte que todo, y espero que mi pasión consiga limpiar su alma de todos estos vicios de nuestro tiempo, que la manchan y afean.

FILINTO. —Si lográis eso, no habréis logrado poco. Pero... ¿creéis entonces que ella os ama?

ALCESTE. —Naturalmente que lo creo. No la amaría si no creyese ser correspondido.

FILINTO. —Y si deja traslucir su preferencia por vos, ¿por qué os sentís celoso de vuestros rivales?

ALCESTE. —Porque un corazón sinceramente enamorado desea que el objeto de su amor sea total y exclusivamente suyo. Y sólo he venido aquí para decirle precisamente lo que mi pasión me dicta a propósito de cuanto hemos hablado.

FILINTO. —Por mi parte, si me es permitido formular mis deseos, su prima Elianta tendría todas mis preferencias. Siente inclinación por vos y su corazón es firme y sincero. Creo, pues, que esta elección sería mucho más acertada.

ALCESTE. —Seguramente; mi razón me repite eso mismo cada día, pero la razón no es precisamente lo que gobierna el amor.

FILINTO. —Me inspira temor esa pasión vuestra, porque las esperanzas que alimentáis pudieran tal vez...

Escena II
ORONTE, ALCESTE y FILINTO

ORONTE. —Acabo de saber que Elianta y Celimena se han ido de compras; pero como se ha dicho también que vos estabais aquí, he subido para testimoniaros el gran afecto y la gran estima en que os tengo, afecto y estima que desde hace ya tiempo me inspiran el más vivo deseo de que me consideréis vuestro amigo. Sí; mi corazón es dichoso de poder hacer justicia al mérito y ansío, pues, que nos unan los más estrechos lazos de amistad. Un amigo leal y de mi misma condición es ciertamente algo muy preciado. (*Mientras Oronte ha estado hablando, Alceste ha permanecido distraído, con aire soñador, como si no hubiese advertido que Oronte se dirigía a él.*) Es a vos, si os place, a quien me dirijo.
ALCESTE. —¿A mí, señor?
ORONTE. —Sí, a vos. ¿Os han ofendido o disgustado acaso mis palabras?
ALCESTE. —¡Oh, no! Pero me siento grandemente sorprendido. No esperaba que me hicieseis tanto honor.
ORONTE. —El gran aprecio en que os tengo no debe sorprenderos y tenéis derecho a esperarlo también de cuantos os conocen.
ALCESTE. —Señor...
ORONTE. —Mis palabras son muy pobres para expresar vuestros méritos.
ALCESTE. —Y os aseguro que no conozco a nadie más digno y merecedor de mi amistad que vos.
ALCESTE. —Señor...
ORONTE. —¡Que el Cielo me castigue si miento! Y para confirmaros mis sentimientos permitidme, señor, que os abrace de todo corazón y que os ruegue que aceptéis mi amistad. Vos me otorgáis también la vuestra, ¿no es cierto?
ALCESTE. —Señor...
ORONTE. —¡Ah, ya veo que os resistís!
ALCESTE. —Señor, es demasiado honor el que queréis hacerme. Pero la verdadera amistad exige un poco más de reserva. Y peréceme que es como profanarla el hablar de ella en todo momento. Antes de poder hablar de íntima y sincera amistad debemos conocernos mejor. Y pudiera ocurrir que a causa de nuestros caracteres debiéramos arrepentirnos de hacer cerrado ese trato de mutua amistad del que habláis.
ORONTE. —¡Pardiez! Eso es hablar sabiamente. Vuestras palabras no pueden sino aumentar todavía mi estima por vos. Dejemos, sí, que el tiempo

vaya forjando estos sentimientos y estrechando tan gratos lazos. Pero entre tanto podéis contar incondicionalmente conmigo. Si necesitáis hacer alguna diligencia cerca de la corte, es sabido que gozo de la consideración del rey. Me escucha y en todas las ocasiones me manifiesta bondadosamente la estima en que me tiene. Os repito, pues, que podéis contar incondicionalmente conmigo. Y ahora, como sé muy bien que sois hombre de talento y de espíritu, quisiera, para empezar a testimoniaros mi deseo de que se establezca entre nosotros la más íntima y confiada amistad, mostraros un soneto que he escrito, para que me digáis si estimáis conveniente que lo de a conocer.

ALCESTE. —Señor, no soy el indicado para decidir sobre esa cuestión. Os ruego que me disculpéis.

ORONTE. —¿Por qué pensáis eso?

ALCESTE. —Porque tengo el defecto de ser un poco más sincero de lo que se acostumbra.

ORONTE. —Eso es justamente lo que deseo. Y tendría motivos para sentirme molesto si al franquearme con vos y rogaros que me habléis con toda sinceridad, me engañarais ocultándome lo que pensáis.

ALCESTE. —Puesto que así os place, señor, nada más tengo que objetar.

ORONTE. —*Soneto*. Porque es... un soneto, ya os lo he dicho. Lo titulo *La esperanza*. Se trata de una dama que había dado alguna esperanza a mi pasión. *La esperanza*, pues. No es cuestión de versos grandilocuentes y pomposos, sino de versitos dulces, tiernos y más bien lánguidos.

ALCESTE. —Veamos.

ORONTE. —*La esperanza*... No sé si encontraréis suficientemente fluido y ágil el estilo, ni si la elección de las palabras merecerá vuestra aprobación...

ALCESTE. —Ahora lo veremos, señor.

ORONTE. —Debo también informaros de que sólo he empleado en escribirlo un cuarto de hora.

ALCESTE. —Adelante, señor. El tiempo que hayáis podido emplear no importa.

ORONTE. (*Leyendo*):

La esperanza, es cierto, nos alivia
y disipa un instante nuestro tedio.
¡Pero, oh Filis, qué triste favor es
cuando tras ella no existe, en verdad, nada!

FILINTO. —Esos primeros versos me encantan.

ALCESTE. (*En vos baja a Filinto.*) ¿Cómo? ¿Tenéis el descaro de encontrarlos buenos?
ORONTE:

Mostrasteis complacencia,
pero no debisteis mostrar tanta,
derrochándola de tal modo,
para darme sólo... esperanzas.

FILINTO. —¡Ah, de qué manera tan gentil y galana sabéis decir las cosas!
ALCESTE. (*En voz baja, a Filinto.*) –¡Pardiez, vil adulador! ¿Cómo podéis alabar tales simplezas?
ORONTE:

Si mi pasión debe consumirse
en una eterna y angustiosa espera,
será la muerte mi solo recurso.
Y no podréis ya disuadirme,
porque sabed, mi bella Filis,
que no hay desesperación comparable
a la de esperar siempre.

FILINTO. —El final no puede ser más emocionante. Es realmente admirable.
ALCESTE. (*En voz baja, aparte.*) —¡Mal haya sea ese condenado final, farsante del diablo! ¡Ojalá tal final fuera de verdad el tuyo!
FILINTO. —Jamás oí versos mejor rimados.
ORONTE. (*A Filinto.*) —Me aduláis. Tal vez creéis que...
FILINTO. —No; no os adulo en absoluto.
ALCESTE. (*En voz baja, aparte.*) —¿No, farsante? ¿Qué es lo que haces entonces?
ORONTE. (*A Alceste.*) —En cuanto a vos, recordad nuestro convenio. Habladme, pues, os lo ruego, con toda sinceridad.
ALCESTE. —Señor: este tema es siempre delicado. Nos gusta particularmente que se nos halague cuando se trata de nuestro ingenio. Pero cierto día, a alguien cuyo nombre silenciaré, le dije, tras escuchar unos versos suyos, que un hombre sensato debe siempre dominar el prurito de sentirse poeta y más todavía el deseo de exteriorizar sus sentimientos, porque llevado de este afán de notoriedad puede hacer un papel desairado.

ORONTE. —¿Queréis significarme con vuestras palabras que he hecho mal en querer...?

ALCESTE. —No he dicho eso. Lo que le dije a ese hombre es que unos versos mediocres aburren y que puede bastar tal flaqueza para quedar desacreditado, porque aunque se tengan mil otras buenas cualidades, se juzga siempre a las gentes por su lado malo.

ORONTE. —¿Tenéis algo que argüir contra mi soneto?

ALCESTE. —No trato de eso. Le decía a la persona a que me refiero, que por creerse escritor sin serlo, tal pretensión ha perjudicado sensiblemente en nuestros tiempos a personas muy dignas.

ORONTE. —¿Queréis decir que yo también escribo mal y que me parezco a esa persona?

ALCESTE. —No he dicho eso. Lo que le preguntaba a él era qué urgente necesidad sentía de versificar y por qué demonios tenía tanta impaciencia por verse impreso. Se puede perdonar la publicación de un mal libro cuando su desgraciado autor vive precisamente de su pluma y tal es su oficio. Creedme, pues, resistid a esa tentación y no deis publicidad a vuestros entretenimientos. No arruinéis, cualesquiera que fueren las proposiciones que se os hagan, la reputación que de hombre de espíritu tenéis en la corte, a cambio de la de ridículo y despreciable autor, con la que un editor ambicioso intente deslumbraros. Eso es lo que yo le dije y trataba de hacerle comprender.

ORONTE. —Creo haberos entendido y todo lo que me habéis contado me parece muy bien. Pero me gustaría saber lo que os parece mi soneto.

ALCESTE. —Francamente, lo mejor que podéis hacer con él es guardarlo en un cajón de vuestro escritorio. Os habéis inspirado en malos modelos y vuestras expresiones no tienen nada de originales ni de espontáneas. ¿Qué sentido tiene eso de "disipa un instante nuestro tedio", o ese "tras ella no existe, en verdad, nada"? Y lo mismo cabría decir de vuestro "derrochándola de tal modo, para darme sólo esperanzas", o de "sabed, mi bella Filis, que no hay desesperación comparable a la de esperar siempre". Ese estilo figurado, del que muchos malos autores se envanecen, no tiene personalidad alguna y carece de veracidad. Es sólo un juego de palabras, una ridícula afectación. No es natural expresarse de ese modo. Ese mal gusto de nuestra época me exaspera. Nuestros padres, por ignorantes que pudieran ser, lo empleaban ya e incluso mejor que nosotros. Y cambiaría cien veces todo lo que hoy se admira tanto, por esta vieja cancioncilla, que voy a recitaros:

Si el rey quisiese darme
París, su gran ciudad,
con tal de renunciar
al amor de mi amiga,
diría al rey Enrique:
guardad vuestro París,
pues prefiero la dicha
de estar junto a mi amiga.[3]

La rima es pobre y viejo el estilo. Pero ¿no creéis que, a pesar de ello, vale infinitamente más que todos esos oropeles que pugnan con el buen sentido, y que en esta cancioncilla la pasión se expresa con una sencillez encantadora?

Si el rey quisiese darme
París, su gran ciudad,
con tal de renunciar
al amor de mi amiga,
diría al rey Enrique:
guardad vuestro París,
pues prefiero la dicha
de estar junto a mi amiga.

He aquí lo que diría un enamorado sincero (*A Filinto, que se ha puesto a reír.*) Sí, señor reidor; mal que le pese a vuestro gran ingenio, aprecio mucho más esto que la florida pompa de todas esas garambainas que deslumbran a tantos.

ORONTE. —Pues bien, yo os sostengo que mis versos son muy buenos.

ALCESTE. —Para estimarlo así tenéis seguramente vuestras razones. Pero yo también tengo las mías y espero sepáis disculparlas si no son de vuestro agrado.

ORONTE. —Me basta con saber que no faltan quienes encuentran excelentes mis versos.

ALCESTE. —Porque poseen ese arte del fingir, del que yo carezco.

ORONTE. —¿Creéis haber sido tan favorecido en el reparto del talento?

ALCESTE. —Si yo os hubiese elogiado, os parecería que tengo todavía más.

ORONTE. —Os aseguro que puedo prescindir de vuestra aprobación.

ALCESTE. —Forzosamente tendréis que prescindir de ella.

ORONTE. —Me gustaría ver lo que erais capaz de componer vos sobre el mismo tema.
ALCESTE. —Podría, por desgracia, hacer versos tan malos como los vuestros; pero, al menos, me guardaría de darlos a conocer.
ORONTE. —Me habláis con una seguridad y una suficiencia que...
ALCESTE. —Buscad, pues, en otra parte quien guste de incensaros.
ORONTE. —A fe mía, caballerete, haríais bien en mostraros menos altivo.
ALCESTE. —A fe mía, gran señor, me muestro como lo estimo conveniente.
FILINTO. (*Interponiéndose entre ambos.*) —¡Eh, señores, basta! Dejad ya ese tema, por favor.
ORONTE. —Sí; me he equivocado, lo confieso, y debo marcharme de aquí en el acto. (*A Alceste.*) Señor, me tenéis a vuestras órdenes.
ALCESTE. -Y yo, señor, soy vuestro humilde servidor. (*Vase Oronte.*)

Escena III
FILINTO y ALCESTE

FILINTO. —Bien; ya lo habéis visto. Por ser demasiado sincero, heos enzarzado en un nuevo y enojoso asunto. Porque está bien claro que Oronte, con tal de verse adulado...
ALCESTE. —No me habléis de eso.
FILINTO. —Pero...
ALCESTE. —No quiero tener más relación con la sociedad.
FILINTO. —Vais demasiado lejos.
ALCESTE. —Dejadme en paz.
FILINTO. —Escuchadme...
ALCESTE. —Ni una palabra.
FILINTO. —Pero ¿por qué?
ALCESTE. —Os lo repito, no quiero oír nada.
FILINTO. —Tenéis que escucharme.
ALCESTE. —¿Insistís?
FILINTO. —Se ofende cuando...
ALCESTE. —¡Ah, esto es ya demasiado! ¡No me sigáis!
FILINTO. —Sois injusto conmigo..., pero no os abandonaré.

ACTO SEGUNDO

Escena I
ALCESTE y CELIMENA

ALCESTE. —Señora, ¿deseáis que os hable con franqueza? Pues sabedlo: me disgusta vuestro comportamiento. Hacéis que la cólera se adueñe de mi corazón. Y presiento que tendremos que romper. Os engañaría si os hablara de otro modo. Más pronto o más tarde, acabaremos rompiendo, fatalmente. Y aunque os prometiera mil veces otra cosa, me sería imposible cumpliros la palabra.
CELIMENA. —Por lo que veo, habéis querido acompañarme a mi casa sólo para reprenderme.
ALCESTE. —No os reprendo. Pero vuestro modo de ser os permite acoger con satisfacción los requerimientos del primero que llega. Tenéis y admitís demasiados enamorados que os acosan y mi corazón no está hecho para acomodarse a esta situación.
CELIMENA. —¿Me echáis la culpa de que se enamoren de mí? ¿Puedo acaso impedir a los hombres que me encuentren atrayente? Y cuando para verme no ahorran ningún recurso galante, ¿debo blandir un palo y arrojarlos lejos de mí?
ALCESTE. —No; no es con un palo como debéis protegeros, sino oponiendo a sus deseos un corazón menos fácil y tierno. Ya sé que vuestros encantos son inseparables de vuestra persona. Pero es vuestra acogida la que anima a los que se sienten atraídos por ellos. Y vuestra amabilidad con quienes os rinden sus armas remata en los corazones la obra de vuestros hechizos. Las esperanzas, excesivamente risueñas, que prodigáis, atraen en torno vuestro sus inmoderadas asiduidades, cuando si refrenarais un poco vuestras complacencias podríais mantener a raya a toda esa cohorte de pretendientes. Pero decidme, al menos, señora, a qué debe vuestro Clitandro la dicha de gustaros tanto. ¿Qué méritos o qué virtudes veis en él para distinguirle del modo que lo hacéis? ¿Es acaso la larguísima uña que se ha dejado crecer en su dedo meñique la razón de esa preferencia que le testimoniáis públicamente? ¿Os habéis rendido, lo mismo que todo ese gran mundo, al deslumbrante mérito de su peluca rubia? ¿Es su pomposo indumento lo que os ha hechizado? ¿Son ésas las armas con las que ha conquistado vuestro corazón y os ha convertido en su adoradora? ¿O acaso en su modo de reír y en su voz de falsete reside el secreto de que os conmueva?

CELIMENA. —¡Ah, cuán injustos son los celos que le tenéis! ¿Acaso no sabéis por qué tengo con él tantos miramientos y consideraciones? Para la feliz solución del enojoso pleito en que me hallo metida, me ha prometido movilizar en mi favor a todos sus amigos y relaciones.

ALCESTE. —Si es preciso, perded con dignidad vuestro pleito, señora, y cesad en vuestros favoritismos por un rival que me ofende con su sola existencia.

CELIMENA. —Todos son vuestros rivales y de todo el mundo sentís celos.

ALCESTE. —Sí; pero es porque con todo el mundo os mostráis demasiado complaciente.

CELIMENA. —Eso precisamente debía tranquilizaros; el hecho de que me muestre igualmente complaciente con todos. Comprendería vuestro enojo si vierais que mi complacencia, como vos la llamáis, la reservaba a uno solo.

ALCESTE. —Decidme, os lo ruego, ya que tanto me reprocháis mis celos, qué tengo yo que no tengan también los otros.

CELIMENA. —Tenéis el privilegio de saberos amado.

ALCESTE. —¿Y qué motivos puede encontrar para creerlo mi corazón de enamorado?

CELIMENA. —Creo que, no habiendo vacilado en decíroslo, con esta confesión debéis tener bastante.

ALCESTE. —¿Y quién puede asegurarme que no decís eso mismo a otros?

CELIMENA. —Es cierto que toda mujer gusta de ser cortejada y vos acabáis de llamarme lindamente mujer galante. Pues bien: para que la duda no os atormente más, me desdigo de cuanto haya podido deciros o prometeros. Desde ahora, sólo vos podréis engañaros a vos mismo, si es esto lo que deseáis. Podéis, pues, estar contento.

ALCESTE. —¡Por mi fe, mucho tengo que amaros! ¡Ah, si consigo rescatar mi corazón de vuestras manos, bendeciré al Cielo por tan rara dicha! No os lo oculto; hago todo lo posible por arrancar de mi corazón la pasión que me inspiráis. Pero hasta ahora todos mis esfuerzos han sido vanos y mi condenación es justamente amaros como os amo.

CELIMENA. —Es cierto; creo no haber inspirado nunca una pasión igual.

ALCESTE. —Sí; sobre ese punto puedo desafiar al mundo entero. Mi amor es inconcebible y jamás nadie amó como yo os amo.

CELIMENA. —En efecto, vuestro método es enteramente original. Porque amáis a las gentes para reñir con ellas; vuestra pasión estalla solamente en palabras hirientes y creo que no viose jamás un amor tan gruñón.

ALCESTE. —Pues sólo de vos depende que deje de ser así. Pongamos fin, os lo suplico, a nuestras disputas. Hablemos con el corazón en la mano y tratemos de...

Escena II
CELIMENA, ALCESTE y VASCO

CELIMENA. —¿Qué hay?
VASCO. —El marqués Acasto está abajo.
CELIMENA. —Muy bien; decidle que suba. (Sale Vasco.)
ALCESTE. —¿Cómo? ¿Es que nunca se puede hablar a solas con vos? Estáis dispuesta a recibir a todo el mundo. ¿Es que no podéis decidiros en alguna ocasión, al menos, a hacer saber que no estáis visible?
CELIMENA. —¿Queréis que riña también con él?
ALCESTE. —Me disgusta que le guardéis tantos miramientos.
CELIMENA. —Es hombre que no me perdonaría nunca que yo hubiese podido considerar inoportuna su visita.
ALCESTE. —¿Y lo que él pueda pensar os importa tanto como para conduciros del modo que lo hacéis?
CELIMENA. —¡Ah, Dios mío, cómo sois! Claro que importa estar a bien con las personas de nuestro mundo. Y él es de esas que, no sé cómo, pero así es, han adquirido una gran influencia en la corte. Sí, son personas que tal vez no os harán nunca un favor, pero que pueden perjudicaros. Por buenas relaciones que se tengan, es imprudente, pues, enemistarse con esta clase de intrigantes.
ALCESTE. —Ya veo, una vez más, que sea por el motivo que fuere encontráis siempre pretexto para mostraros harto complaciente con todo el mundo. Pero a mí vuestra manera de...

Escena III
VASCO, ALCESTE y CELIMENA

VASCO. —Señora: ha llegado también el señor Clitandro.
ALCESTE. —¡Era de esperar! (*Hace ademán de marcharse.*)
CELIMENA. —¿Adónde vais?
ALCESTE. —Me marcho.

CELIMENA. —Quedaos, por favor.
ALCESTE. —¿Para qué?
CELIMENA. — Quedaos.
ALCESTE. —No me es posible.
CELIMENA. —Quiero que os quedéis.
ALCESTE. —No me quedo. Me aburren mucho estas conversaciones y es ya mucho pretender que las soporte a la fuerza.
CELIMENA. —Pero yo quiero que os quedéis.
ALCESTE. —Y yo os digo que es inútil vuestra insistencia.
CELIMENA. —¡Ah, muy bien! Idos, pues. Ya veo que creéis poder permitíroslo todo.

Escena IV
ELIANTA, FILINTO, ACASTO, CLITANDRO, ALCESTE, CELIMENA y VASCO

ELIANTA. (*A Celimena.*) —Ahora suben también los dos marqueses. ¿Os lo habían anunciado?
CELIMENA. —Sí. (*A Vasco.*) Traed sillas para todos. (*Vasco trae las sillas.*) ¿No os ibais ya, Alceste?
ALCESTE. —Sí; pero deseo, señora, que, lo hagáis por ellos o por mí, os expliquéis.
CELIMENA. —Callaos.
ALCESTE. —No. Hoy vais a tener, por fin, que explicaros.
CELIMENA. —Perdéis el juicio.
ALCESTE. —En absoluto. Os confesaréis.
CELIMENA. —Desvariáis.
ALCESTE. —Y tendréis que tomar vuestro partido.
CELIMENA. —¿Queréis burlaros de mí?
ALCESTE. —No; pero tendréis que escoger. Se me ha agotado ya la paciencia.
CLITANDRO. (*A Celimena.*) —¡Ah, señora! Vengo del Louvre, donde Cleanto, al levantarse el rey [4], ha quedado en el mayor de los ridículos. ¡Pardiez! ¿Es que no tiene ningún amigo que pueda, caritativamente, enseñarle la manera de comportarse?
CELIMENA. —Tenéis razón. No sabe comportarse en sociedad. En todas partes adopta aires que sorprenden por lo ridículos y extravagantes. Y cuando

se le vuelve a ver, tras una ausencia, se comprueba que esas ridiculeces y esas extravagancias son cada vez mayores, si cabe.

ACASTO. —¡Por mi fe, y hablando de extravagantes, acabo de tener que soportar a uno de los más inaguantables. A Damión, el razonador, que me ha estado dando la lata, durante más de una hora y a pleno sol, al pie de mi litera.

CELIMENA. —No me extraña. Es un impenitente charlatán, que tiene el raro don de poder hablar seguido horas y horas sin deciros nada. No se le entiende una palabra; lo único que se oye es su incesante parloteo.

ELIANTA. (*A Filinto.*) —La reunión comienza bien. Como veis, la charla toma un sesgo verdaderamente caritativo con el prójimo.

CLITANDRO. (*A Celimena.*) —Y en cuanto a Timante, debo confesaros, señora, que es también un curioso tipo.

CELIMENA. —¡Oh, sí! Es un hombre que gusta rodearse de misterio. Que os lanza siempre al pasar una mirada extraviada y que no teniendo, en realidad, nada que hacer nunca, trata de parecer siempre sumamente ocupado. No sabe hablar sin gesticular como un poseso y a fuerza de necios cumplidos aburre a todo el mundo. Nunca le falta un secreto que deciros en voz baja y con el que interrumpir la conversación, y el tal secreto, naturalmente, no es nunca nada. De cualquier tontería habla como si se tratase de algo extraordinario y todo lo dice con misterio al oído, hasta los buenos días.

ACASTO. —¿Y qué me decís de Geraldo, señora?

CELIMENA. —¡Ah, ése es el más tedioso de los narradores! No sabe hablar más que de los grandes señores. Se entremete a todas horas en la buena sociedad y no cita nunca más que a duques, príncipes o princesas. Su chifladura es la nobleza, y su tema favorito de conversación, los caballos, perros y carrozas. Pretende tutear a los más encumbrados personajes y no emplea jamás el tratamiento de "señor".

CLITANDRO. —Se dice que se las entiende muy bien con Belisa.

CELIMENA. —¡Qué mujer tan pobre de espíritu y qué insoportable charla la suya! Cada vez que viene a verme es para mí un martirio. Tengo que devanarme los sesos para encontrar algo que decirle. Y su expresión estúpida tiene la virtud de paralizar toda conversación. En vano, para romper el violento silencio que su presencia impone, se agobia a los asistentes hablándoles de los más socorridos lugares comunes. Porque hasta el frío o el calor, el buen tiempo o la lluvia, son temas que con Belisa se agotan en seguida. Lo que no le impide prolongar insufriblemente su visita. En vano

se alude a lo avanzado de la hora ni se bosteza veinte veces; ella no se da por aludida ni se mueve.

ACASTO. —¿Y qué pensáis de Adrasto, señora?

CELIMENA. —Es el orgullo en persona. Jamás conocí hombre con tan desmesurado amor propio y tan pagado de sí mismo. Según él, en la corte no saben reconocer sus méritos; se pasa el día diciendo pestes contra ella y no se otorga empleo, cargo o beneficio que no lo estime como una injusticia más que se le hace.

CLITANDRO. —¿Y qué nos decís del joven Cleón, cuya casa frecuentan hoy día las gentes más mundanas?

CELIMENA. —Que su único talento es tener un buen cocinero y que es, naturalmente, a su mesa, y no al dueño de la casa, a quienes todas esas gentes rinden homenaje.

ELIANTA. —Al menos, se preocupa de que se sirvan platos exquisitos.

CELIMENA. —Sí; pero en lo que me concierne, me gustaría que no se sirviese también a sí mismo, porque su estúpida persona es un plato tan malo, que estropea por sí solo el más delicioso *menu* que pueda ofrecer.

FILINTO. —Su tío Damis goza de la estimación general. ¿Qué pensáis de él, señora?

CELIMENA. —Es un buen amigo mío.

FILINTO. —Personalmente, le tengo por hombre digno y sensato.

CELIMENA. —Sí; pero le gusta demasiado alardear de ingenio, lo cual me encocora. Es un engreído, pendiente siempre de hacerse notar con sus frases rebuscadas y pretendidamente ingeniosas. Y desde que se le ha metido en la cabeza que entiende de todo, no encuentra nada que le agrade. Se ha hecho tan exigente, que le parece despreciable todo cuanto se escribe y, sin duda, estima de mal gusto e impropio de un hombre de su talento elogiar nada. Para él, es de sabios censurarlo todo y sólo a los necios incumbe admirar y celebrar el ingenio ajeno. Menospreciando, pues, todo cuanto hoy se hace, cree ponerse muy por encima de los demás. No hay conversación que no encuentre fútil ni tema que no le parezca indigno de él. Por eso acostumbra cruzarse de brazos y desde la cima de su genio contempla con gesto de afectada indulgencia lo que los demás puedan decir.

ACASTO. —¡Por mi fe, que habéis hecho de él el más cabal retrato!

CLITANDRO. —¡Me admira, señora, vuestro arte para describir a las gentes!

ALCESTE. —¡Vamos, duro, no os detengáis, mis buenos amigos cortesanos! No perdonéis a nadie. Seguid despellejando a todo el mundo, uno tras otro. Claro que en cuanto apareciera aquí cualquiera de ellos se os vería correr

apresuradamente a su encuentro para estrechar su mano, abrazarle efusivamente y jurarle todo el afecto y la estima que le tenéis.

CLITANDRO. —¿Por qué os permitís arremeter contra nosotros? Si os disgusta lo que aquí se dice, es a la encantadora dueña de esta casa a quien debéis dirigiros.

ALCESTE. —¡No, pardiez! No es ella la culpable. Son vuestras palabras y vuestras risas aduladoras lo que la excitan y la impulsan a disparar sus dardos maldicientes. Su vena satírica la alimentáis insensatamente con el culpable incienso de vuestra adulación. Le tiráis de la lengua, pero estoy seguro de que sentiría menos deseos de mostrar su mordacidad si no la alentarais con vuestro aplauso.

FILINTO. —Pero ¿por qué salís ahora en defensa de esas mismas gentes en las que sois el primero en condenar lo que aquí se les censura?

CELIMENA. (*A Filinto.*) —¿Y cómo pretendéis que el señor no nos desapruebe? ¿Pensáis acaso que podría coincidir con la opinión general, renunciando a hacer gala, en cualquier lugar donde se halle, del singular espíritu de contradicción que el cielo quiso darle? Jamás podrá mostrarse de acuerdo con ningún criterio ajeno. Le es preciso adoptar siempre la opinión contraria, ya que de no obrar así temería parecer un hombre vulgar. El placer de contradecir es para él tan irresistible, que con frecuencia vuelve sus armas contra sí mismo y combate sus propios y verdaderos sentimientos tan pronto los ve expresados por boca de otro.

ALCESTE. —Tenéis de vuestra parte, señora, a todos vuestros fáciles reidores y, por consiguiente, podéis lucir a mi costa y con éxito seguro vuestra ironía.

FILINTO. —Pero no podéis negar que os alzáis siempre contra todo cuanto se dice y que, como vos mismo lo confesáis, no podéis sufrir ni que se alabe ni que se censure.

ALCESTE. —Es que los hombres nunca tienen razón, ¡pardiez! E irritarse con ellos está siempre justificado, ya que en toda ocasión no saben mostrarse más que como rastreros aduladores o como temerarios y malévolos censores.

CELIMENA. —Pero...

ALCESTE. —No, señora; no. Aun cuando debieran ocasionarme la muerte, seguiríais permitiéndoos placeres que no pueden sino exasperarme. Y no puedo menos de censurar que se fomente en vos esos mismos defectos que criticáis y se critican aquí tan acerbamente.

CLITANDRO. —En lo que me concierne, no sé si tengo o no tales defectos;

pero en cuanto a la señora, me complazco en manifestar que la he creído siempre exenta de ellos.

ACASTO. —Sí; sólo veo sus muchas gracias y atractivos, y si algún defecto tiene, la verdad es que no he logrado descubrirlo.

ALCESTE. —Pero yo sí los veo, y lejos de ocultárselo, bien sabe ella que se los reprocho abiertamente. Cuanto más se ama a alguien, menos debe adulársele. El verdadero amor es aquel que menos sabe perdonar. Por mi parte, si me viera en tal caso, alejaría de mí a todos esos cobardes aduladores que aprobaran siempre todos mis sentimientos, que se me sometieran servilmente y que no hiciesen sino incensarme y aceptar con complacencia todos mis caprichos.

CELIMENA. —En una palabra, que para merecer vuestra aprobación y amar como vos entendéis que debe amarse hay que renunciar a toda ternura y tener por supremo privilegio del amor el injuriar cumplidamente a aquellos a quienes se ame.

ELIANTA. —El amor, por lo general, se ajusta poco a tal criterio, ya que no acostumbra precisamente mostrarse objetivo. Todo amante se enorgullece de su elección. Su pasión no le permite ver en el ser amado nada censurable. A sus ojos, cualquier defecto no es sino una perfección más y sabe bautizarlo con un nombre favorecedor. La mujer de tez demasiado pálida es comparada, en blancura, al jazmín. La que lo tiene de un oscuro exagerado es simplemente de una morenez adorable. La flaca es un prodigio de esbeltez. La gruesa cautiva con su porte majestuoso. A la que es abandonada en su aseo y carente de atractivos se la llama una beldad despreocupada. A la giganta se la compara con las diosas y de la enana se dice que es como un compendio de gracias celestes. La orgullosa merece, por su altivez, una corona de reina. La pícara es un dechado de ingenio. La tonta es la bondad misma. La charlatana en demasía es todo vivacidad y gracejo, y la muda, la imagen misma del recato. Y de esta guisa, la pasión de un amante le hace encontrar maravillosos los defectos de su adorada.

ALCESTE. —Pues yo, por mi parte, sostengo...

CELIMENA. —Dejemos ya este tema y salgamos, si os place, a la terraza. (*A Clitandro y Acasto.*) ¿Cómo, señores, queréis iros ya?

ACASTO y CLITANDRO. (*A un tiempo.*) —No, no, señora.

ALCESTE. (*A Celimena.*) —Ya veo que el temor de que se marchen os desasosiega. (*A Clitandro y Acasto.*) Podéis marcharos cuando os plazca, señores, pero os prevengo que no me marcharé antes que vos.

ACASTO. (*A Celimena.*) —A menos que os importune mi presencia, nada me reclama hoy fuera de aquí.
CLITANDRO. —Estar presente al acostarse el rey[5] es la única obligación que me queda por cumplir hoy.
CELIMENA. (*A Alceste.*) —Supongo que no habéis dicho eso en serio.
ALCESTE. —Os equivocáis. Pretendo ver si queréis que sea yo el primero en marcharse.

(...)

NOTAS

1. Molière escogió para el héroe de esta pieza el nombre griego de Alceste, que en esta lengua era femenino (Alceste, esposa de Admeto, es la heroína de una tragedia de Eurípides), pero que, ya antes de Molière, había sido utilizado, como nombre masculino, en la poesía y en el teatro.
2. En tiempos de Molière era habitual que los litigantes visitasen al juez que se ocupaba de su asunto, para "predisponérselos" de la misma manera con que el aspirante a la Academia visita hoy a los "inmortales", para conseguir votos.
3. Esta cancioncilla poética es de origen desconocido y, como han reconocido numerosos comentaristas franceses de Molière, resulta de difícil interpretación; especialmente, su estribillo ha dado lugar a muy diversas conjeturas.
4. En la corte de Luis XIV, asistir a las ceremonias de "levantarse" y "acostarse" el rey era un privilegio reservado a determinados cortesanos.
5. Véase nota anterior.

DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS
LUCRECIO

Peligros del amor, sufrimientos e ilusiones de los enamorados.

Esta, pues, es la venus que tenemos,
de aquí el nombre de amor trajo su origen,
de aquí en el corazón se destilara
aquella gota de dulzor de Venus
que en un mar de inquietudes ha parado:
porque si ausente está el objeto amado,
vienen sus simulacros a sitiarnos,
y en los oídos anda el dulce nombre.
Conviene, pues, huir los simulacros,
de fomentos de amores alejarnos,
y volver a otra parte el pensamiento,
y divertirse con cualquier objeto;
no fijar el amor en uno solo,
pues la llama se irrita y se envejece
con el fomento, y el furor se extiende
y el mal de día en día se empeora.
Si no entretienes tú con llagas nuevas
las heridas que te hizo amor primero,
y haciéndote veleta en los amores
no reprimes el mal desde su origen
y llevas la pasión hacia otra parte.
Las dulzuras de Venus no renuncia
aquel que huye de amor; por el contrario,
coge sus frutos solo sin disgusto.
Gozan siempre las almas racionales
de un deleite purísimo y seguro,
mejor que los amantes desgraciados,
que al mismo tiempo de gozar fluctúan
sobre el hechizo de su amor incierto.
No saben do fijar ojos y manos;
aprietan con furor entre sus brazos
el objeto primero que agarraron,

le molestan muchísimo, y sus dientes
clavan cuando le besan en los labios,
porque no tienen un deleite puro;
secretamente son aguijoneados
a maltratar aquel objeto vago
que motivó su frenesí rabioso:
pero Venus mitiga los dolores
gozando del amor suavemente,
y con blando placer las llagas cura.
Pues los amantes tienen esperanza
de que aquel mismo cuerpo que ha inflamado
su pecho en amor ciego, puede él mismo
apagar el incendio que ha movido;
pero se opone la naturaleza;
y es la única pasión de cuyos goces
con bárbaro apetito se arde el pecho;
pues el hambre y la sed se satisfacen
fácilmente por dentro repartidos
bebidas y alimentos en los miembros,
y se pueden pegar a ciertas partes.
Pero un semblante hermoso y peregrino
sólo deja gozar en nuestro cuerpo
ligeros simulacros que arrebata
miserable esperanza por los aires.
Así como un sediento busca en sueños
el agua ansiosamente, y no la encuentra,
para apagar el fuego de su cuerpo,
y sólo da con simulacros de agua,
y con vana fatiga de sed muere
bebiendo en un río caudaloso;
del mismo modo engaña a los amantes
Venus con simulacros: ni la vista
de un cuerpo hermoso hartura puede darlos,
ni quitar de sus miembros delicados
alguna parte pueden con sus manos
que inciertas manosean todo el cuerpo.
En fin, cuando sus miembros enlazados
gozan el fruto de la edad florida,

cuando el cuerpo presagia los contentos
y a punto Venus de sembrar los campos,
los amantes agárranse con ansia,
y juntando saliva con saliva
el aliento detienen apretando
los labios y los dientes; pero en vano,
porque de allí no pueden sacar nada
ni penetrar ni hacerse un mismo cuerpo;
al parecer son éstos sus intentos,
Venus los junta con ansiosos lazos
cuando en el seno del placer sus miembros
en licor abundante se derriten
conmovidos en fuerza del deleite;
en fin, cuando la Venus recogida
de los nervios saltó, por un momento
el ardor violento se amortigua,
vuelve después con más furor la rabia,
buscando sin cesar tocar el blanco
de sus deseos; pero no hallan medio
con que puedan triunfar de su desgracia:
¡tan ciega herida errantes los consume!
Agrega a los tormentos que padecen
sus fuerzas agotadas y perdidas,
una vida pasada en servidumbre,
la hacienda destruida, muchas deudas,
abandonadas las obligaciones,
y vacilante la opinión perdida:
perfumes y calzado primoroso
de Sición, que sus plantas hermosea:
y en el oro se engastan esmeraldas
mayores y de verde más subido,
y se usan en continuos ejercicios
de la Venus las telas exquisitas,
que en su sudor se quedan empapadas:
y el caudal bien ganado por sus padres
en cintas y en adornos es gastado:
le emplean otras veces en vestidos
de Malta y de Scio; le disipan

en menaje, en convites, en excesos,
en juegos, en perfumes, en coronas,
en las guirnaldas, pero inútilmente;
porque en el manantial de los placeres
una cierta amargura sobresalta,
que molesta y angustia entonces mismo;
bien porque acaso arguye la conciencia
de una vida holgazana y desidiosa
pasada en ramerías; o bien sea
que una palabra equívoca tirada
por el objeto amado, como flecha,
traspasa el corazón apasionado
y toma en él fomento como fuego;
o bien celoso observa en sus miradas
distracción hacia él mirando a otro,
o ve en su cara risa mofadora.
Si en el amor feliz hay tantas penas,
innumerables son las inquietudes
de un amor desgraciado y miserable:
se vienen a los ojos tan de claro,
que es mejor abrazar, como he enseñado,
el estar siempre alerta, y no dejarse
enredar en sus lazos; pues más fácil
es evitar las redes, que escaparse
y de Venus romper los fuertes lazos
cuando el amor nos tiene ya prendidos.
Y aunque fueras cogido y enredado
podrías evitar el infortunio
si tú mismo no fueras a buscarle;
si primero los ojos no cerraras
sobre todos los vicios de su alma
y sobre los defectos corporales
de aquel objeto por quien sólo anhelas:
ciega por lo común a los amantes
la pasión, y les muestra perfecciones
aéreas; porque vemos que las feas
aprisionan a los hombres de mil modos,
y hacen obsequio grande a las viciosas:

y unos de otros se burlan y aconsejan
el aplacar a Venus mutuamente
que los aflige con amor infame:
si es negra su querida, para ellos
es una morenita muy graciosa;
si sucia y asquerosa, es descuidada;
si es de ojos pardos, se asemeja a Palas;
si seca y descarnada, es una corza
del Ménalo; si enana y pequeñita,
es una de las gracias, muy salada;
si alta y agigantada, es majestuosa,
llena de dignidad; tartamudea
y no pronuncia bien, es un tropiezo
gracioso; taciturna, es vergonzosa;
colérica, envidiosa, bachillera,
es un fuego vivaz que no reposa;
cuando de puro tísica se muere,
es de un temperamento delicado;
si con la tos se ahoga y desfallece,
entonces es beldad descaecida:
y si gorda y tetuda, es una Ceres,
la querida de Baco: si chatilla,
es silla de placer; ¡nadie podría
enumerar tan ciegas ilusiones!
Pero demos que sea ella un hechizo
y que la haya agraciado Venus misma;
no faltan en el mundo otras hermosas,
y sin ellas pasamos. La hermosura
a las mismas miserias está expuesta,
y a las mismas flaquezas que la fea;
tenemos evidencia: y la infelice
por su hedor insufrible se sahuma,
de la cual huyen mucho sus doncellas,
y a escondidas dan grandes carcajadas.
Llorando, empero, el despedido amante
muchas veces adorna los umbrales
con flores y guirnaldas, derramando
perfumes en los postes altaneros,

a las mismas miserias está expuesta,
a quien si ya una vez introducido
un ligero olorcillo molestara
al entrar en la casa buscaría
al punto algún pretexto de alejarse;
se olvida de las quejas elocuentes
tanto tiempo pensadas, y se acusa
de mentecato por haber supuesto
en aquella mortal más perfecciones
que es justo conceder: muy bien lo saben
nuestras diosas: ocultan por lo mismo
estas flaquezas de la vida a quienes
desean sujetar de amor con grillos:
muy necias son en esto; porque puedes
correr el velo a todos sus misterios,
e informarte de todos sus secretos:
y si es de buena índole y modesta,
a mal no llevará que tú igualmente
veas y observes la miseria humana.

Las despiojadoras
Arthur Rimbaud

En la Introducción realizada por Lacan para "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", Escritos I, *deplora los artificios de una técnica, así llamada* ortodoxa, *que intenta ser transmitida sin conocimiento de los conceptos que la fundan. Dice: "Nuestra tarea será demostrar que esos conceptos no toman su pleno sentido sino ordenándose a la función de la palabra." Recomienda no dejar de leer a Freud, ya que no haciéndolo podría ocurrir lo que a cierto autor, que, dispensándose de leerlo, da a luz una teoría de los instintos de "segunda mano", extrapolada de Marie Bonaparte, de la cual concluye con la tautología de sus premisas falsas que: "...la construcción compleja que va desde el descubrimiento de las migraciones de la libido a las zonas erógenas, hasta el paso metapsicológico de un principio de placer generalizado hasta el instinto de muerte, se convierte en el binomio de un instinto erótico pasivo, modelado sobre la actividad de las despiojadoras' caras al poeta, y de un instinto destructor, simplemente identificado con la motricidad. Resultado que merece una mención muy honrosa por el arte, voluntario o no, de llevar hasta el rigor las consecuencias de un malentendido."*

Rimbaud, Arthur (1854-1891) "Poésies" en Anthologie de la Poésie Française Moderne. *Buenos Aires, Edition de l'Amateur, 1945. Traducción: Alicia Bendersky.*

*. *En nota al pie, el traductor de los* Escritos *indica que se trata de una alusión al poema* Les chercheuses de poux, *de Arthur Rimbaud, obra que les presentamos.*

LES CHERCHEUSES DE POUX
ARTHUR RIMBAUD

Quand le front de l'enfant, plein de rouges tourmentes,
Implore l'essaim blanc des rêves indistincts,
Il vient près de son lit deux grandes soeurs charmantes
Avec de frêles doigts aux ongles argentins.

Elles assoient l'enfant auprès d'une croisée
Grande ouverte où l'air bleu baigne un fouillis de fleurs
Et, dans ses lourds cheveux où tombe la rosée,
Promènent leurs doigts fins, terribles et charmeurs.

Il écoute chanter leurs haleines craintives
Qui fleurent de longs miels végétaux et rosés
Et qu'interrompt parfois un sifflement, salives
Reprises sur la lèvre ou désirs de baisers.

Il entend leurs cils noirs battant sous les silences
Parfumés; et leurs doigts électriques et doux
Font crépiter, parmi ses grises indolences,
Sous leurs ongles royaux la mort des petits poux.

Voilà que monte en lui le vin de la Paresse,
Soupir d'harmonica qui pourrait délirer:
L'enfant se sent, selon la lenteur des caresses,
Sourdre et mourir sans cesse un désir de pleurer.

LAS DESPIOJADORAS
ARTHUR RIMBAUD

Cuando la enrojecida frente del niño, poblada de tormentos,
Reclama el blanco enjambre de los sueños imprecisos,
Vienen a su lecho dos encantadoras hermanas mayores
Con sus frágiles dedos de uñas de plata.

Ellas apaciguan al niño junto a un ventanal
De par en par abierto, donde el aire azul baña flores en desorden
Y, en sus cabellos pesados donde cae el rocío,
Pasean sus dedos finos, terribles y encantadores.

Escucha cantar sus alientos temerosos
Perfumados de largas mieles vegetales y rosadas
Y que a veces interrumpe un silbido, salivas
Tomadas de los labios o deseos de besos.

Oye sus pestañas negras agitándose bajo los silencios
Perfumados; y sus dedos eléctricos y suaves
Hacen crepitar, entre sus grises indolencias,
Bajo sus uñas reales la muerte de los pequeños piojos.

Ahora lo invade el vino de la Pereza,
Suspiro de armónica que pudiera delirar:
Siente el niño, según la lentitud de las caricias,
Incesantemente surgir y morir un deseo de llorar.

Indice General de la Colección

Referencias en la obra de Lacan *1*

El Axioma de Monsieur Fenouillard *Christophe*. Hécuba *Eurípides*. Lo Bello *Martin Heidegger*. El asno de oro *Apuleyo*. Sistema del papa Pío VI *Marqués de Sade*. A Una Razón *Arthur Rimbaud*.

Referencias en la obra de Lacan *2*

San Giorgio Combattente *Carpaccio*. La Cosa *Martin Heidegger*. Mimetismo y Psicastenia Legendaria *Roger Caillois*. Epístola a los Romanos *San Pablo*. Por medio de la ley... *Lutero*. Dafnis y Cloe (I) *Longo*. Booz Endormi *Victor Hugo*.

Referencias en la obra de Lacan *3*

Bacco *Caravaggio*. El sueño de Chuang-Tzu *Chuang-Tzu*. Laocoonte *Gotthold Efraim Lessing*. Un rajá que se aburre *Alphonse Allais*. Pensamientos *Pascal*. Dafnis y Cloe (II) *Longo*. Los pequeños justos *Paul Eluard*.

Referencias en la obra de Lacan *4*

Teatro olimpico *Palladio*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*. La voluntad determinada *Martin Lutero*. Antes del nacimiento del sol *Friedrich Nietzsche*. El asesinato... *Thomas de Quincey*. Pater Noster *Jacques Prévert*.

Referencias en la obra de Lacan *5*

El bibliotecario *Arcimboldo*. La divina comedia *Dante Alighieri*. La Eneida *Virgilio*. El psicoanálisis y la estructura... *Daniel Lagache*. La pesca de la Ballena *Jacques Prévert*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*.

Referencias en la obra de Lacan *6*

Estampa japonesa *Harundsu*. El niño y los sortilegios *Colette*. El amor loco *André Breton*. Mito de Pandora *Hesíodo*. Noche oscura *San Juan de la Cruz*.

Referencias en la obra de Lacan *7*

El grito *Edvard Munch*. Temor, culpa y odio *Ernest Jones*. El libro de Mencio *Meng Tsé*. Ubú Rey *Alfred Jarry*. Acerca de las pasiones del amor *Pascal*. Odas *William Wordsworth*.

Referencias en la obra de Lacan *8*

Sobre Tiresias *Apolodoro, Hesíodo*. Diálogos de los muertos *Luciano de Samosata*. Las metamorfosis *Ovidio*. Las tetas de Tiresias *Guillaume Apollinaire*. El sermón del fuego *T.S. Eliot*.

Referencias en la obra de Lacan *9*

El sueño de la razon... *Francisco de Goya*. Apólogo de las palabras heladas *François Rabelais*. Sobre las magnitudes negativas *Immanuel Kant*. Cuadros de viaje *Heinrich Heine*. El mito de Albertina *Marcel Proust*. Tres poemas *Guillaume de Poitiers*.

Referencias en la obra de Lacan *10*

El encantador pudriéndose *Guillaume Apollinaire*.

Referencias en la obra de Lacan *11*

El sacrificio de Isaac *Caravaggio*. La Mirada *Jean-Paul Sartre*. El tonel de las Danaides *Horacio, Ovidio y otros*. Acerca del Obispo John Wilkins *J. L. Borges, M. Pobers*. Apólogo de Menenio Agripa *Tito Livio*. La camisa del hombre contento *Italo Calvino*. Sobre la naturaleza de los dioses *Marco Tulio Cicerón*.

Referencias en la obra de Lacan *12*

El rostro de Harpo Marx. El Oráculo de Delfos *Plutarco, Heráclito.* Teoría General de la Magia *M. Mauss.* Máximas y Sentencias *La Rochefoucauld.*

Referencias en la obra de Lacan *13*

Santa Agata, Santa Lucía *Zurbarán.* La Fábula de las Abejas *Bernard Mandeville.* Gargantúa *François Rabelais.* Signos *Maurice Merleau-Ponty.*

Referencias en la obra de Lacan *14*

La Condición Humana *René Magritte.* Viaje a Montbard *Hérault de Séchelles.* Acerca del Estilo *Conde de Buffon.* Discurso ante la Academia *Conde de Buffon.* La "humanización" del hombre *Louis Bolk.* La belleza será convulsiva *André Breton.* El Extasis *John Donne.*

Referencias en la obra de Lacan *15*

Semíramis construyendo Babilonia *Edgar Degas.* Tragedia *Aristóteles.* Diario de un escritor *Fedor Dostoyevski.* Antígona *Aristóteles.* Los Nueve Libros de la Historia *Herodoto.* Esbozo de una serpiente. *Paul Valéry.*

Referencias en la obra de Lacan *16 El Amor cortés*

Los Cátaros *René Nelli.* Libro de los dos Principios *Juan de Lugio.* Consolamentum Acerca del Gay Saber *Gérard de Sède.* Trovadores Occitanos *Marcabrú y Arnaut Daniel.* Arnaldo Daniello *Dante Alighieri.* Minnesinger

Referencias en la obra de Lacan *17*

El juicio de un loco *Imaginería de Epinal.* Del Arte de conversar *Montaigne.* La verdad de parto *Baltasar Gracián.* Cogito *Descartes.* Rondels *Stéphan Mallarmé.* Noches Aticas *Aulo Gelio.*

Referencias en la obra de Lacan *18*

Erótica India. Epicuro y sus dioses *A. J. Festugière.* La propiedad es el robo *Pierre—Joseph Proudhon.* El Deseo atrapado por la cola *Pablo Picasso.* Leyes de Manú. Rig Veda. Himno de la Creación.

Referencias en la obra de Lacan *19*

Bocca di leone. Anfitrión *Plauto, Molière.* Santo Tomás *Gilbert K. Chesterton.* La vida nueva *Dante Alighieri.* Miedos *Anton Pávlovich Chéjov.* El loco por Elsa *Louis Aragon.*

Referencias en la obra de Lacan *20*

Grotescos *Francisco de Goya.* Ondina *Jean Giraudoux.*

Referencias en la obra de Lacan *21*

Eros y Psyché *Iacopo Zucchi, André Masson* Carta sobre los ciegos... *Denis Diderot.* Un drama muy parisino *Alphonse Allais.* La gravedad y la gracia *Simone Weil.* Ulises y el cíclope *Homero, Luciano.* El círculo de Popilio *Thodor Mommsen.* Historia de medio pollo.

Referencias en la obra de Lacan *22*

La develación del falo. Heptamerón *Margarita de Navarra.* Alrededor del Heptamerón *Lucien Febvre.* Griselidis *Boccaccio.* Bundling *Stendhal.* Poemas *Catulo.*

Indice de la colección por autor

Autor	Título	Vol.
Allais, Alphonse	Un rajá que se aburre	3
Allais, Alphonse	Un drama muy parisino	21
Alighieri, Dante	La Divina Comedia	5
Alighieri, Dante	La vida nueva	19
Apollinaire,Guillaume	Las tetas de Tiresias	8
Apollinaire, Guillaume	El Encantador pudriéndose	10
Apolodoro	El tonel de las Danaides	11
Apolodoro	Sobre Tiresias	8
Apuleyo	El Asno de Oro	1
Aragon, Louis	El Loco por Elsa	19
Arcimboldo	El Bibliotecario	5
Aristóteles	Tragedia	15
Aristóteles	Antígona	15
Arnaut Daniel	Trovadores Occitanos	16
Aulo Gelio	*Noches Aticas*	17
Bolk, Louis	La "humanización"del hombre	14
Borges, Jorge Luis	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Boccaccio	Griselidis	22
Breton, André	El Amor Loco	6
Breton, André	La belleza será convulsiva o no será	14
Buffon,Conde de	Acerca del Estilo	14
Buffon, Conde de	Discurso ante la Academia	14
Caillois, Roger	Mimetismo y Psicastenia Legendaria	2
Calvino, Italo	La camisa del hombre contento	11
Caravaggio	Bacco	3
Caravaggio	El sacrificio de Isaac	11
Carpaccio	San Giorgio Combattente	2
Catulo	Poemas	22
Chesterton, Gilbert K.	La verdadera vida de Santo Tomás	19
Chéjov, Anton Pávlovich	Miedos	19
Cicerón, Marco Tulio	Sobre la naturaleza de los dioses	11
Colette	El niño y los sortilegios	6
Christophe	El axioma de M. Fenoulliard	1
Chuang-Tzu	El sueño de Chuang-Tzu	3
Dante Alighieri	Arnaldo Daniello	16
Degas, Edgard	Semíramis construyendo Babilonia	15

De Sède, Gérard	Acerca del Gay Saber	16
Descartes, René	Cogito	17
Diderot, Denis	Carta sobre los ciegos...	21
Donne, John	El Extasis	14
Dostoyevski, Fedor	Diario de un escritor	15
Eliot, T. S.	El sermón del fuego	8
Eluard, Paul	Los pequeños justos	3
Eurípides	Hécuba	1
Febvre, Lucien	Alrededor del Heptamerón	22
Festugière, A. J.	Epicuro y sus dioses	18
Giraudoux, Jean	Ondina	20
Goethe	Fausto	6
Goya, Francisco de	El sueño de la razón produce monstruos	9
Goya, Francisco de	Grotescos	20
Gracián, Baltasar	La verdad de parto	17
Harundsu	Estampa japonesa	6
Heidegger, Martin	Lo Bello	1
Heidegger, Martin	La Cosa	2
Heine, Heinrich	Cuadros de viaje	9
Heráclito	El Oráculo de Delfos	12
Herodoto	Los nueve libros de la Historia	15
Hérault de Séchelles	Viaje a Montbard	14
Hesíodo	Mito de Pandora	6
Hesíodo	Sobre Tiresias	8
Homero	Ulises y el cíclope	21
Horacio	El tonel de las Danaides	11
Hugo, Víctor	Booz Endormi	2
Imaginería de Epinal	El juicio de un loco	17
Jarry, Alfred	Ubú Rey	7
Jones, Ernest	Temor, culpa y odio	7
Juan de Lugio	Libro de los dos Principios	16
Kant, Immanuel	Ensayo sobre las magnitudes negativas	9
Lagache, Daniel	El Psicoanálisis y la Estructura de la Personalidad	5
La Rochefoucauld	Máximas y Sentencias	12
Lessing,Gotthold Efraim	Laocoonte	3
Longo	Dafnis y Cloe, I	2
Longo	Dafnis y Cloe, II	3
Luciano de Samosata	El tonel de las Danaides	11
Luciano de Samosata	Diálogos de los muertos	8
Luciano de Samosata	Ulises y el cíclope	21

Lutero, Martin	Por medio de la ley...	2
Lutero, Martin	La voluntad determinada	4
Magritte, René	La Condición Humana	14
Mandeville, Bernard	La Fábula de las abejas	13
Marcabrú	Trovadores Occitanos	16
Margarita de Navarra	Heptamerón	22
Marx, Harpo	El rostro de Harpo Marx	12
Masson, André	Eros y Psyché	21
Mauss, Marcel	Teoría general de la Magia	12
Meng-Tsé	El libro de Mencio	7
Merleau-Ponty, Maurice	Signos	13
Montaigne	Del arte de conversar	17
Mallarmé, Stéphan	Rondels	17
Molière	Anfitrión	19
Mommsen, Theodor	El círculo de Popilio	21
Munch, Edvard	El grito	7
Nelli, René	Los Cátaros	16
Nietzsche, Friedrich	Antes del nacimiento del sol	4
Ovidio	El tonel de las Danaides	11
Ovidio	Las Metamorfosis	8
Palladio, Andrea	Teatro Olímpico	4
Pascal, Blaise	Pensamientos	3
Pascal, Blaise	Discurso acerca de las pasiones del amor	7
Picasso, Pablo	El Deseo atrapado por la cola	18
Picasso, Pablo	No busco, encuentro	4, 5
Alighieri, Dante	La Divina Comedia	5
Plauto	Anfitrión	19
Pobers, M.	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Poitiers, Guillaume de	Tres poemas	9
Prévert, Jacques	Pater Noster	4
Prévert, Jacques	La Pesca de la Ballena	5
Proudhon, Pierre-Joseph	La propiedad es el robo	18
Proust, Marcel	El mito de Albertina	9
Quincey, Thomas de	El asesinato considerado como una de las bellas artes	4
Rabelais, François	Apólogo de las palabras heladas	9
Rabelais, François	Gargantúa	13
Rimbaud, Arthur	A una razón	1
Sade, Marqués de	Sistema del Papa Pio VI	1
San Juan de la Cruz	Noche oscura	6

San Pablo	Epístola a los Romanos	2
Sartre, Jean-Paul	La Mirada	11
Séchelles, Hérault de	Viaje a Montbard	14
Stendhal	Bundling	22
Tito Livio	Apólogo de Menenio Agripa	11
Valéry, Paul	Esbozo de una serpiente	15
Virgilio	La Eneida	5
Weil, Simone	La gravedad y la gracia	21
Wordsworth, William	Odas	7
Zucchi, Iacopo	Eros y Psyché	21
Zurbarán	Santa Agata, Santa Lucía	13

Se terminó de imprimir en Laf Gráfica, Loyola 1654, Buenos Aires.
Octubre de 1998.

Iconos

Dios ha muerto *Martin Heidegger, Friedrich Nietzsche*

Si Dios ha muerto *Fedor Dostoievski*

El Misántropo *Molière*

De la naturaleza de las cosas *Lucrecio*

Las despiojadoras *Arthur Rimbaud*

FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO EN LA ARGENTINA